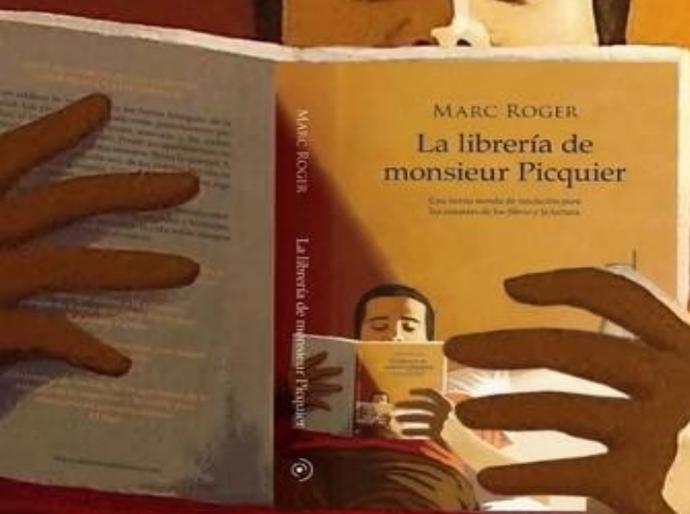


MARC ROGER

La librería de monsieur Picquier

Una tierna novela de iniciación para
los amantes de los libros y la lectura



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



LA LIBRERIA DE MONSIEUR PICQUIER

MARC ROGER



Duomo ediciones
Barcelona, 2020

Título de la edición original: Grégoire et le vieux libraire

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2019, Marc Roger

© 2020, de la traducción: Juan Vivanco

Créditos de la cubierta: *En la cama con Chéjov*, de Pablo Gallo

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de

Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore

Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-18128-00-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Corinne

«Los libros solo se escriben para, por encima del propio aliento, unir a los seres humanos,
y así defendernos frente al inexorable reverso de toda existencia: la fugacidad y el
olvido».

Stefan Zweig, *Mendel, el de los libros*, 1929,
traducción de Berta Vías

«En un niño que aprende, hemos ganado un hombre».

Victor Hugo,
Escrito tras la visita a un presidio, 1881

1

Antes de subir me lo explicaron bien. Nada de familiaridad. Nada de tutearlos. Les hablas de usted y te diriges a ellos como señor y señora seguido del apellido. Ya lo verás, está apuntado en su caja de pastis. Apellido, nombre, número de habitación y otros datos más técnicos para el personal sanitario, pero de esos no te preocupes.

Desde que, hace un mes, trabajo en la cocina, es mi primer servicio personal. 11.17 horas. Habitación 28. Joël Picquier. Residencia Les Bleuets. Segunda planta de un edificio que se extiende a la orilla del canal. La puerta está cerrada. Una inscripción. Letra cursiva. Escrita a mano. *Pauca meæ*. No sé lo que quiere decir. Aparco el carrito junto a la pared y piso los dos frenos. Llamo a la puerta. Tres golpes. Muy nítidos. Enseguida una voz, cascada pero llena de sorpresa, casi vivaracha:

—¿Ah, ya? Un momento, por favor.

Espero unos segundos. Cuatro bandejas de comida, en el carrito, también esperan. Un vaho ligero se forma en cada campana transparente que cubre los platos calientes. Aguzando el oído, oigo ruido de papeles ordenados apresuradamente.

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya está! Entra...

Abro la puerta. Cuando me ve entorna los ojos, vacila, y luego, al asegurarse de que no soy la cuidadora habitual:

—¿Ah, un chico nuevo! ¿Béatrice está enferma?

—No, pero tengo entendido que su niña no se encuentra bien. Se ha cogido el día libre. Encantado de conocerle, señor Picquier. Me llamo Grégoire.

—Bueno, pon eso allí —me dice señalándome la esquina de una mesa llena de libros y papeles—. No te sorprendas si te tuteo, aquí tuteo a todo el mundo.

—No me molesta.

Y diciendo esto, bandeja en mano, entro en la habitación.

Una caja. Un antro. Cuatro paredes cubiertas de libros de arriba abajo. Ocho metros cuadrados en el suelo. Entre la mesa, la cama, la silla, la butaca, la cómoda, el perchero empotrado y la mesilla de noche, un solo pasillo para moverse, muy estrecho, de la anchura de dos bastones ortopédicos de tres patas. Junto a la entrada, ahora detrás de mí, una silla de ruedas, plegada y arrimada a la pared justo al lado de una puerta plegable que da al baño (plato de ducha, lavabo e inodoro). La ventana, medio tapada con pósits y recortes de periódico que no puedo leer desde donde estoy, deja pasar a cuentagotas la luz del jardín que bordea el canal. Un amago de ataúd para ese hombre viejo, de pie delante de mí, como hecho a la medida de ese espacio. Un

señor en medio de sus posesiones, vestido de un modo impecable. Ni suficiencia ni presunción, «simplemente dignidad con uno mismo», les dice a los que se sorprenden. En los pies lleva unos calcetines finos de algodón oscuro y unos mocasines de piel negra. Prefiere los zapatos de lazada, pero sus manos ya no pueden hacerla.

Los compañeros ya me habían avisado, pero aun así no salgo de mi asombro. Confuso, lo sigo. Todo está limpio, en orden, nada que objetar, pero me ahogo. El olor a detergente, a papel viejo, la calefacción, yo qué sé. Me ahogo. Al viejo le hace gracia.

—Es sorprendente, ¿verdad? Tómame tu tiempo, míralo todo, no te cortes —y, acercándose a su bandeja, levantando apenas la campana isotérmica, echa un vistazo a su plato caliente—. Veamos qué nos ha guisado el Gran Jefe —dice con guasa al ver sus dos tajadas de pierna de cordero medio cubiertas de puré.

El olor que desprende el plato me recuerda las otras tres bandejas que esperan en el pasillo.

—Buen provecho, señor Picquier, en cuanto termine volveré a verle.

—¡No te fies de las gallinas viejas! Temen al zorro pero les gustan los pelirrojos. Esa carita tuya seguro que les encanta.

Suelto una risita de circunstancias.

—¡Tendrás que acostumbrarte al humor del viejo!

El humor del viejo, sí, me he acostumbrado.

Aunque de cara a la galería debemos llamar a cada cual por su apellido, entre nosotros siempre estamos de broma. No podían faltar los motes, algunos poco halagadores, pero a veces de una ternura delicada y no carente de poesía para destacar una cualidad o un defecto de alguien.

Al señor Picquier todos le llaman el Viejo Librero, con ese extraño respeto que inspiran las personas cuya valía se les supone sin que se sepa muy bien de dónde ha salido, como una leyenda que se transmite de un auxiliar a otro. El señor Picquier, el Viejo Librero.

Hace siete años lo vendió todo. La librería L'Ittéraire Bis pasó a ser un restaurante de comida rápida. Yo, personalmente, no guardo ningún recuerdo de ella.

2

Acabo de cumplir dieciocho años. Del colegio al instituto y de allí, al mundo del trabajo, de cabeza. Me la pegué. Es sencillo: según las cifras, al ochenta por ciento de los candidatos les aprueban la sele. Yo, sin prisas, me quedé en el otro veinte por ciento. Ni siquiera está claro que aparezca en sus estadísticas: los profesores ni se enteraron. Cualquiera que fuese la asignatura, ¿Grégoire Gélin? ¡De presente a ausente! Un perfecto fantasma.

Desde mis primeras entrevistas de orientación, con trece años, sentí pánico. Todos esos oficios para los que se necesitaban años y más años de estudios superiores..., y qué sé yo, para mí solo eran una larga serie de puertas en las narices. Se lo comenté a mi madre:

—¡El orientador no se entera! Le dije que me gustaban los árboles y me habló de Recursos Hídricos y Bosques: bachillerato científico. Las matemáticas se me dan fatal, ¿qué puedo hacer?

Y mi madre, siempre tan pragmática:

—¡Te pondrás a trabajar como hice yo a tu edad!

Como en el ayuntamiento faltaban manos, acabé en Conservación de Zonas Verdes. La verdad es que podría haber estado a gusto —el aire libre es lo mío—, pero mi trabajo consistía en pasar todo el día cortando el césped y soplando las hojas secas; y cuando terminaba, recogía las cacas de los perros con una pala y los cascotes de botellas rotas las mañanas de partido. Me harté enseguida. Mi madre conocía al señor Théron, el concejal de Asuntos Sociales, y movió algunos hilos. Me mandaron a Les Bleuets. Oficialmente en mi nómina pone ASH, agente de servicio hospitalario. Treinta y cinco horas semanales. La señora Masson, la directora, decidió personalmente mi sueldo. Un poquito menos que el salario mínimo, para remarcar mi condición de aprendiz. De todos modos, no tuve elección. Mi madre me dijo:

—¡Por fin voy a respirar tranquila!

Participo en los gastos de casa con mi paga. Eso, oficialmente. Porque a un trabajo así yo lo llamo ASTPT, aprendiz sin técnica para todo. El Viejo Librero lo llama «factótum». Al final, le he encontrado su gracia.

Me puse el gorro de cocinero un primero de febrero. Había un hueco en la cocina, y fui para allá. Fuera hacía un frío que pelaba. Tres o cuatro grados, como mucho. Dentro era como una sauna, veintisiete y hasta treinta antes de la hora de comer, cuando Jean-Mi, el jefe de cocina, dio el toque final al menú del día. Al cabo de un mes de trabajar allí comprendí que las cocinas son cualquier cosa menos un chollo.

Sesenta cubiertos, mañana y tarde. Cuarenta en el comedor y veinte servidos en la habitación. Dos mujeres ayudan al jefe de cocina, Marie-Odile y Chantal, y yo les facilito las cosas como puedo, sudando a mares mientras corro del almacén a sus puestos de trabajo. Me gusta. Pelo

patatas, lavo la lechuga. Oímos la radio a un volumen verbenero. Nos reímos, pero a veces las chicas se quejan:

—¡Tendríamos que ser cuatro! Siempre reduciendo personal, nos revientan a trabajar.

Y claro, como soy el nuevo, pues claro, me toman como testigo. Es verdad que dos personas, o incluso una más, aliviarían nuestra carga de trabajo. Sobre todo después de servir, cuando hay que fregarlo todo y colocarlo perfectamente en el ruido y el vapor de los lavavajillas. Es agotador. Cuando terminas estás empapado y con una peste que da ganas de vomitar.

En el comedor son siete, cuatro mujeres y tres hombres, que se reparten según la jerarquía de sus dependencias. He contado a cuatro personas a las que hay que dar de comer con cucharilla. Algunas se las arreglan como pueden. El final de las comidas, ¿cómo explicarlo?, me recuerda al comedor escolar y al jaleo que montábamos los días que había guisantes. Después, cuando se curra allí, también entra en juego el cerebro. Cuando el anciano no quiere saber nada, se atraganta, se queja de todo; si eres propenso a hacer el payaso, a ser amable pase lo que pase, perfecto. Pero si no, por impaciencia, enseguida te vuelves un borde, o incluso un maltratador, como lo llaman. Malo no, sino amargado, por tener que controlar todo el tiempo la suavidad de nuestros gestos y el tono de nuestra voz. En el peor de los casos, si la cosa se pone fea llamas a un colega para que te sustituya, fumas un pitillo o te tomas un café. Porque si no hay solidaridad, el ambiente pronto se vuelve malsano. Con los jefes encima de nosotros repitiéndonos todo el tiempo:

—¡No olvidéis que estáis al servicio de personas!

—¡No olvidéis que nosotros también somos personas! —les replican algunas, agotadas.

Para las comidas en la habitación, son cinco. Cuatro residentes para cada una. Un calvario. Porque en este caso ya no es la cuchara sino incluso el embudo. El señor Picquier es de los que comen en planta. Podría bajar al comedor, pero su avanzada enfermedad de Parkinson complica sus desplazamientos. Y, sobre todo, desea comer solo. El restaurante de los mugidos, como él lo llama, le deprime. Quiere dejar claro que no es por esnobismo ni por condescendencia hacia nadie, sino porque moralmente es algo superior a sus fuerzas:

—Cuando uno está en pleno declive, como me pasa a mí —dice—, y se mantiene lúcido, como me pasa a mí, sufre menos estando solo. El espectáculo de los demás te recuerda inevitablemente tu propia decadencia.

Hace ocho años, cuando el médico de familia diagnosticó su enfermedad, se negó a creerlo en un principio. Luego los síntomas se fueron acumulando y once meses después no tuvo más remedio que tomar la decisión que le aconsejaba su médico. Casa, coche y librería: vendió todos sus bienes para hacer frente a lo que paga hoy a la residencia: 2.500 euros mensuales con gastos incluidos. Pero de todo eso, lo que más le duele es haber tenido que separarse de sus miles de libros. Cuando vuelvo a su habitación, después de haber cumplido con las vecinas, me habla de su biblioteca como si hablara de un ser querido muerto hace poco. Con un ademán circular de su brazo derecho me muestra las paredes de su habitación. Con voz triste y desolada, me explica el letrero de su puerta:

—Pauca meæ es latín. Quiere decir ‘lo poco que me queda’. Lo que ves aquí es la décima parte de lo que más quería en el mundo. ¡Ay, qué doloroso fue tener que escoger estos tres mil y en detrimento de los otros! Una tortura que comparo con la que experimentan los amputados. ¿Conoces el síndrome?

—...

—El síndrome del miembro fantasma. Sí, a veces el miembro amputado te pica y no puedes

rascarte, y eso se convierte en una pesadilla. ¡Imagínate! Veintisiete mil libros que no puedo hojear.

¿Cómo iba a imaginarlo? No puedo decirle: «¡En mi casa los libros ni los olemos!». Sin pensármelo, le doy el pésame:

—Me habla de ellos como si fueran su familia o sus amigos.

—¡Tú lo has dicho!

—Señor Picquier, pásame la bandeja, tengo que irme. Las chicas me han dicho que no me entretenga.

—Sí, tienes razón, pero vuelve cuando quieras. Yo de aquí no me muevo.

Siempre que puedo paso a verle. No me entretengo mucho, después del trabajo estoy reventado. Pero el Viejo Librero confinado en su habitación me atrae como un imán. Es muy curioso, una vez al día tengo que ir. Salvo el pequeño círculo en el que me muevo, mi trabajo en Les Bleuets o en casa con mi madre, soy consciente de que no conozco nada. Él es una cabeza, una vida, llena de libros, una suma inagotable de experiencias. En el fondo, ¿qué es lo que busco? ¿Qué hago allí en compañía de ese viejo rodeado de sus libros? Por otro lado, me cuido mucho de tocarlos o abrirlos. ¿A qué le tengo miedo? No lo sé. El trauma del colegio, seguramente. El Viejo Librero hace como si no se diera cuenta. Pero no me engaña, lo veo venir. Esa cubierta dejada a la vista. Ese título, en vez de otro, que puede captar mi atención. Es un juego entre nosotros: yo, le hago creer que la lectura, no gracias; él, que tiene cosas más importantes en la cabeza que tratar de convencerme. Muy torpe tiene que ser la enseñanza para que, dos años después de dejar de estudiar, todavía esté rechazando lo que mejor la simboliza, esos libros que me fascinan a la vez que la idea de hojear uno me parece repugnante. Al señor Picquier le encantaría, estoy seguro. Pero por ahora me mantengo firme; nuestro juego es tácito, este statu quo nos conviene y durará varias semanas, hasta la siguiente frase pronunciada en tono seco y pretencioso.

—Señor Picquier, usted siempre dice que un día sin lectura no vale nada, pero desde que le conozco nunca le he visto leer.

—...

Parece que he dicho una estupidez. Su silencio dura por lo menos treinta segundos. No me atrevo ni a mirarle.

—No te apures, tu observación no es muy delicada, pero no deja de ser atinada. Si no leo es, sencillamente, porque ya no puedo hacerlo. Mira mis manos, mira cómo tiemblan. Sí, ya sé lo que estás pensando, podría sujetar el libro en un atril, pero mis ojos me han abandonado. El glaucoma ha ganado. Ya no sirven de nada ni las gotas ni el láser, ni siquiera un libro electrónico con letras grandes. Lo he intentado, no creas. Se acabó la lectura. Me queda la música.

Incapaz de decir o hacer nada, me quedo quieto, me encojo todo lo que puedo. El señor Picquier acerca la mano derecha al lector de CD que ha hecho instalar al lado de su silla de ruedas, pulsa la tecla play —CD 1— y sube el volumen. La pantallita se enciende. De derecha a izquierda van pasando, en verde fluorescente, Mahler, Sinfonía n.º 5, Adagietto. La muerte. Para echarse a llorar. ¿Por qué digo esto? Si no sé nada. En fin, una paliza de música. Una cosa viejuna. Pero, curiosamente, tengo un nudo en la garganta. El corazón encogido. Y sobre todo siento vergüenza.

—¿Grégoire? —El señor Picquier se fija en mi cara de perro triste—. Grégoire, dime una cosa: ¿sabes leer?

—...

—Cuando vuelvas, hablamos. Ahora déjame solo.

3

He tardado un par de días en digerirlo, en repasarla una y otra vez, reviviendo la escena a mi favor para no parecer tan patético. Por fin, cuando vuelvo a verlo, llamo a la puerta como de costumbre y espero. Atendiendo a su invitación, entro en el cuarto. Está sentado en su silla de ruedas. Me acerco y le tiendo respetuosamente la mano.

—Señor Picquier, lo que le dije la última vez no fue adecuado, le ruego que me disculpe.

Me doy cuenta de que le he despertado. Inclina la cabeza, me dirige una mirada risueña y me tiende una mano temblorosa que estrecha la mía con una suavidad nueva para mí. Su piel. Como la cinta de una caja de perfume de lujo. Echando hacia atrás los hombros encogidos, se endereza lentamente.

—Grégoire, acepto tus disculpas. Estos dos días sin verte se me han hecho más largos de lo que puedas imaginar.

Por una vez tengo claro lo que quiero decir.

—Señor Picquier, seré sincero con usted. La lectura no es lo mío, y en cuanto al trabajo que hago aquí...

Me interrumpe.

—No me has contado nada que no sepa.

—Así que...

—¿Qué?

—¿Usted se lleva bien con la directora?

—Me atrevería a decir que sí.

—Entonces mi idea es leerle durante una hora todos los días, sería genial, ¿no? A usted le soluciona el problema y a mí me conviene: una hora menos en la cocina, ¿se da cuenta? ¡Sería solo una hora! Señor Picquier, ¿se lo pedirá?

El tono de mi voz oscila entre la duda y la súplica, las ganas de agradecerle, es evidente, y la impresión de elegir lo malo para evitar lo peor, de condenarme yo mismo a una actividad que siempre me ha dado cien patadas. Pero el viejo no se plantea esos dilemas: su cara se ilumina.

En cuanto ha podido, el señor Picquier ha bajado a la oficina de la directora. Todo un acontecimiento. La señora Masson no se lo puede creer.

—¡Señor Picquier, qué sorpresa!

Estamos en el mes de mayo.

—¡Va a nevar!

Ella aparta las dos sillas que tiene enfrente. El Viejo Librero hace rodar la suya hasta que

apoya el antebrazo en el escritorio que le separa de la directora. Le gusta el contacto.

—Mi pequeña Catherine, es acerca de Grégoire.

—¡Ah, ese Grégoire, su favorito! Le escucho.

—Sé que tus horarios están muy ajustados, pero... —El señor Picquier busca la mejor manera de decirlo—. Si él pudiera escaparse de vez en cuando de la cocina, una hora al día, por ejemplo...

Se interrumpe, vacila.

—¿Para qué? —pregunta ella, impaciente.

—¿Cómo que para qué? ¡Para leerme!

—¡Señor Picquier! ¿Grégoire? ¡Qué ocurrencia! Si ese pobre chico no sabe lo que es un libro.

—Eso es asunto mío, Catherine. Nunca te he pedido nada.

Catherine Masson, una cuarentona segura de sí misma, de las decisiones que toma todos los días, se concede unos instantes para reflexionar.

—Su petición es delicada, señor Picquier. Es un doble favor. Si es por usted, digamos que de acuerdo, incluso con mucho gusto, pero en cuanto a Grégoire, se puede armar un buen lío, a partir de mañana tendré al equipo de cocina en el despacho. Jean-Michel y las chicas van a poner el grito en el cielo.

—Pues que griten.

Vaya si gritaron. Marie-Odile, Jean-Mi y Chantal fueron a protestar. La directora se mantiene firme. Seamos claros, más que por mí, el empleado, lo hace por él, el cliente.

—Sepa usted, Grégoire, que este privilegio, porque se trata de un privilegio, se le puede retirar en cualquier momento. El personal está al límite...

—Lo sé, lo sé, señora Masson.

Por dentro estoy eufórico: «¡Señor Picquier, ha dicho que OK!»). Corro a llamar a su puerta y casi sin esperar la respuesta hago una entrada triunfal en la habitación.

—¡Señor Picquier, ha dicho que OK! ¡Ha dicho que OK!

Un bailecito de victoria alrededor del anciano, cuyas manos tiemblan un poco.

Acordamos el primer lunes del mes de junio para la sesión inaugural, dando tiempo para que la cocina se vaya haciendo a la idea. Durante quince días me ponen mala cara. Toda una serie de faenas y comentarios groseros:

—Parece que hay rollo...

No precisan si se refieren a mí y a Masson o bien a mí y al viejo. Me da igual. Me digo a mí mismo: «¡Tranquilo, Grégo! Que se jodan. Dentro de quince días, una hora menos en la cocina».

La gran pregunta: ¿cómo lo haremos? Seguro que el Viejo Librero ya tiene una idea. No le oculto mi impaciencia. ¿Qué libro escogerá para mi primera lectura? ¿Se dejará llevar por la nostalgia de una emoción que sintió cuando él mismo era un joven lector, o está pensando en un libro que me guste a mí? ¿Puede combinar las dos cosas? El Viejo Librero es muy astuto y combinará las dos cosas.

4

Primer lunes de junio. Habitación 28. 16.50 horas. El señor Picquier me está esperando. En la planta baja, en la cocina, acabo de colocar las verduras en el contenedor. JeanMichel no me suelta. El horario es el horario. Dijeron que a las cinco. Sintonía de la tele. Boletín informativo. Acaba gruñendo:

—¡Lárgate, cabrón!

El delantal y el gorro están hechos una bola en mi taquilla. Me dejo puestos los zuecos de plástico azul made in China. Subo la escalera de cuatro en cuatro para reunirme con mi salvador. Su puerta está entornada.

—¡Entra! ¡Entra! Te estaba esperando. Ya está todo listo.

Está sentado en su silla de ruedas. Antebrazos apoyados en los brazos de la silla. Una esfinge. Me indica que me siente. Me quedo de pie. Sin pronunciar palabra me señala con un movimiento de cabeza un libro que está bien a la vista encima de la mesa. Alargo la mano. Vacilo.

—¿De qué habla?

—Por detrás tienes un resumen.

Me decido, cojo el libro, miro el título y el nombre del autor. Le doy la vuelta. De pie junto a la mesa, a varios pasos del Viejo Librero, leo lo que él llama la contracubierta. Concentrado como nunca. Me interrumpe:

—¡En voz alta, por favor! Se supone que haces de lector para un anciano que ya no puede leer. Ese es el contrato, creo yo.

—Sí, es verdad, tiene razón.

Suelto una risita forzada. La presión es más fuerte. Un montón de malos recuerdos me vienen a la memoria: «¡Gélin, sigue tú!». En el instituto, en Lengua, leíamos en voz alta, dos o tres minutos cada uno. A lo largo de media hora, seis o siete alumnos escogidos por el profesor en un orden perversamente aleatorio que nos obligaba a estar siempre atentos por si nuestro nombre salía de su boca: «¡Gélin, sigue tú!». Y siempre pasaba lo mismo: yo estaba en las nubes. Muy lejos de lo que se leía en ese momento. Una palabra, otra. Lo adornaba a mi gusto. Por supuesto, nunca al gusto del profe: «¡Gélin!».

—Grégoire, ¿me estás oyendo?

La voz dulce del Viejo Librero me saca de mis pensamientos.

—Disculpe..., voy a sentarme, será mejor. ¿Me acerco a usted o así ya va bien?

—¡Venga, venga! Así está perfecto.

Empiezo: «El guardián entre el centeno, de J. D. Salinger se publica hoy en una nueva

traducción, una ocasión de descubrir o volver a descubrir las aventuras del joven Holden, a quien los profesores han expulsado del colegio tres días antes de Navidad...» 247 páginas. Trago saliva. Empezamos bien.

—¿Cuántas sesiones harán falta?

El señor Picquier trata de tranquilizarme.

—No más de diez. ¡Tenemos todo el tiempo del mundo, no te preocupes por eso! Te escucho.

Cierra los ojos y, con la cabeza algo inclinada, después de una larga inspiración, añade:

—Estoy listo.

No puedo echarme atrás. «Capítulo 1. Si de verdad quieren que se lo cuente, entonces seguramente lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue mi deplorable infancia...» Mi voz no es muy firme, es lo menos que puedo decir. Miro de reojo la cara del Viejo Librero. Sereno. Ojos cerrados. ¿Se habrá quedado dormido? Carraspeo. Frunce los párpados.

«¡Grégoire Gélín, sigue tú!», me sopla una vocecita.

Al principio me engancho con los nombres propios. La historia transcurre en América. El señor Picquier me aconseja que los pronuncie a la francesa y que el english correcto, pronunciado como Dios manda, «lo veremos más adelante». Me empieza a gustar. Ese chico enfrentado al establishment soy yo. El episodio del ejercicio de historia con sus comentarios estúpidos sobre los grandes faraones. Qué fuerte. Y cuando habla de sus compañeros, a cuál más grosero. El que se tira pedos en la capilla durante el discurso del benefactor. Me meo de risa. No puedo seguir leyendo. El señor Picquier se seca las lágrimas. Ya ha pasado una hora. Tengo que irme, si no, me van a echar la bronca. Exclamo con no poco orgullo:

—¡Tres capítulos, señor Picquier! No está mal, ¿verdad?

Y con el pulgar, impresionado por mi hazaña, hojeo las veinte páginas que acabo de leer. El Viejo Librero me observa mientras resoplo como un potro en la pradera.

No pensaba que se pudiera vivir así, en la aventura de otro. La angustia que te entra cuando el futuro se presenta ante ti. La inquietud de Holden es la mía. Me ruborizo con los pasajes sobre las chicas y el sexo. Hasta el 15 de julio los hechos y los gestos del protagonista de Salinger me pertenecen. Al llegar a las últimas palabras del libro me siento conmovido. Conmovido por una sensación de vacío. De repente, la habitación del viejo parece desierta. Holden ha desaparecido, su voz ha callado y el silencio del Viejo Librero me agobia. Puede que esté pensando en el libro siguiente. Eso no será un problema; a nuestro alrededor hay tres mil. Miro larga y lentamente a mi alrededor, como haciendo un travelling pero, extrañamente, me ahogo. La habitación se estrecha. Veo brazos que se abren, historias que me llaman; he caído en el fondo de una trampa donde destella una luz de increíbles promesas. De repente, tengo mucho calor. Me levanto.

Julio. Sol. La vida vuelve. Sus contingencias: «Recuerda que tienen que beber con regularidad. Ellos no lo tienen presente, ¡tienes que acordarte tú!»

¿Y yo? ¿Cómo no voy a tener sed después de leer durante una hora en pleno julio, en la habitación de un viejo? El señor Picquier se burla de mí. Con un tono farsante y pícaro, me habla de usted:

—Beba, Grégoire, beba, ya conoce las recomendaciones del ministerio de Sanidad. ¡Tiene que beber!

Bebo.

5

Tres días después. 18 de julio. Despacho de la señora Masson. 9.24 horas en el reloj digital. Me invita a sentarme. Replanteamiento de los horarios. De julio a finales de agosto, un hueco de ocho semanas de vacaciones que hay que cubrir. A razón de tres semanas por persona por equis personas, desde los médicos, pasando por las enfermeras, los fisios, la recepcionista, hasta la plantilla de mantenimiento. La octava parte de todo esto se va a tomar el sol todas las semanas. Haz la cuenta. Un quebradero de cabeza. Porque los servicios prestados se tienen que mantener en el mismo nivel. La veo venir, a la Masson, con ojos de espanto:

—¡Grégoire, es una emergencia! Le voy a pedir un gran favor. Hasta septiembre le traslado de la cocina a la lavandería, en el sótano.

—¡Señora Masson, no puede hacerme eso! ¡Eso no! La lavandería, usted lo sabe, es el infierno.

—Rebecca y Daniel ya están avisados. Le esperan. Su hora de lectura con Picquier no cambia.

«El señor —pensé para mis adentros—, ¡el señor Picquier!»

La lavandería. El infierno. Sobre todo Daniel, el lavandero. Dany Basura. La flor y nata de Les Bleuets en camiseta de tirantes de algodón blanco talla very small. Músculos tatuados con gilipolleces que son el hazmerreír de todos. Sobre todo las tetas de una pin-up que se levantan cuando infla los bíceps. Para troncharse. Por no hablar de la poesía que las acompaña.

—¡Eh, cerebritito! ¡Muévete, que esto no es La Gran Librería!

No veo desde dónde me habla.

—¿Dónde estás?

—Ven, no tengas miedo.

La bestia se mueve por encima de mi cabeza, en un estrecho pasillo que rodea la sala. Un cable tendido entre varillas de hierro hace de barandilla. Los neones proyectan su blanco lechoso sobre una masa de aire saturada de vapor que en algunos lugares desprende reflejos irisados. A media altura, un tragaluz abierto deja ver las ruedas de los coches estacionados en el aparcamiento.

—Te presento el crucero. En el nivel uno, donde estoy, las secadoras. Hay siete. Y puedo decirte que no son demasiadas cuando a las yayas les da por cambiarse de calzón el mismo día. En el nivel cero, donde estás, las doce lavadoras. Las dos planchadoras y todo el detergente almacenado en los armarios. Supongo que te lo habrá dicho la señora Masson, aquí solo se lavan las prendas pequeñas. Lo gordo, las sábanas, los manteles, los empapadores, va directamente a la zona artesanal. ¿Tienes tu pase?

—Todavía no.

—¡Mierda! Siempre me está jodiendo. La sargenta y el mariquita, vaya par. Seguro que os entendéis divinamente. ¿Dónde está Rebecca?

—¡No lo sé! ¡Y déjame en paz! No vuelvas a llamarme mariquita, ¿entiendes? El señor Picquier es un buen tipo, con él aprendo un montón de cosas.

—Es lo que le decía a Jean-Mi, los cerebritos son todos unos inútiles.

—¡Vale ya! Dime qué tengo que hacer y lo hago ¡y cierra el pico!

Solo llevo un mes leyéndole al Viejo Librero y ya me llaman «cerebrito», caso cerrado. La jauría es envidiosa, cada cual va a lo suyo.

—Una hora de cascársela con el viejo, ¡ya me gustaría a mí que me pagaran por eso!

Pues ya tienen su revancha. La lavandería. Dany Basura, conocen al pájaro. Un crack en el curro pero fuera de sus máquinas más inútil que un calcetín desaparejado. Los programas específicos de cada tipo de encaje, eso el señor lo domina. El material humano, eso al señor le importa un pimiento. Tiene el don de sacarle a uno de quicio. Yo hago todo lo posible para demostrarle que el «cerebrito» no es un inútil. Me reviento a trabajar. Pero es una batalla perdida.

Y Rebecca, ¡qué miseria! Pies descalzos en sus feos zuecos de goma, gorro encasquetado sin gracia, siempre empapada en sudor y cagada de miedo. Una víctima. Intento hacerle ver que Daniel no es más que un pobre tipo, pero es inútil, se somete. Toqueteos bajo la bata, sin la bata. La tumba sobre las pilas de ropa limpia. ¿Cuántas veces me habré preguntado si mi silencio era omisión de socorro a una persona en peligro? Pero nunca he dicho ni pío. La verdad es que yo también estoy cagado de miedo.

Todas las mañanas la sigo por los pasillos. No vemos a los residentes. Recogemos los sacos que nos preparan las cuidadoras. Apestan a mierda. A sangre. A vómito. Todos los humores que emanan del relajamiento de los cuerpos. Sacos de lona numerados en un carrito. Contenido anotado en un cuaderno para el encargado. En cada prenda personal, como en las colonias de vacaciones, su nombre correspondiente. El único placer que me depara esta tarea es pasar en sentido contrario para devolverle a cada cual sus prendas bien dobladas, planchadas, oliendo a jabón. Blusas, chalecos tejidos a mano, a máquina, camisones acrílicos, ropa interior de fantasía, chales, pijamas, camisetas, pantalones, vestidos, pañuelos, medias. El señor Picquier lo llama «la fanfarria de las bragas». Yo agito una campanilla, un cencerro minúsculo con repiques de aire fresco y de montaña. Los yayos permanecen distantes, corteses, eso sí, sin dar apenas importancia a esos detalles de logística. En cuanto a las personas con alzhéimer, nivel cero en la escala de lo viviente, ninguna respuesta al cencerro, a mi «Buenos días», ni sienten ni padecen, todo lo tiene que hacer uno. Colocar la ropa en los cajones, colgar los vestidos y los pantalones en las perchas. Soñolientos, tumbados en la cama o sentados en la silla de ruedas, guardando un silencio de planeta dormido, observo cómo acaban estas vidas de la peor manera. Solo las yayas todavía vivarachas me reciben como un nieto al que solo ven en Navidad. Me achuchan con ese dulce afecto que ha quedado vacante. Me prodigan sus «¡Ah! Mi cielo... Grégoire, ricura, pon eso en la cómoda, luego lo colocaré todo.»

Me dio por pedir una mascarilla para inhalar menos porquerías. Olores, vapores, polvo o fibras: me parece normal protegerme. ¡En mala hora se me ocurrió!

Dany Basura alardea de la dureza de su trabajo, un orgullo redoblado con el placer sádico de hacérselo aún más duro e ingrato a Rebecca, su cosa, y a mí, su mariquita. De nada me vale rebelarme, su fuerza física siempre tiene la última palabra. Debo aguantar sus vejaciones y sus

gestos groseros. Palmadas en el culo. Manos en los huevos. Papirotazos en las orejas. Tengo derecho al lote completo. Imagino que lo empujo dentro de una secadora. Cierro la puerta. Y programa caliente. Muy caliente. Algodón.

¡Ah, el mundo del trabajo, qué alegría! ¿A quién puedo quejarme? ¿A mi madre? Imposible. ¿Al señor Picquier? No quiero aburrirle con eso, la lectura es sagrada. Aprieto los dientes y, poco a poco, todas las veces funciona, esos nudos que me amarran, al leer en voz alta, se desatan. Página a página, todas las humillaciones de ese tirano se esfuman una tras otra. Al final de la sesión estoy tranquilo, sereno, sin rastro de cabreo, a mil leguas de Les Bleuets y de mis broncas con Dany. Por inmersión, me olvido de todo. Con un olvido que, acabada la lectura, me devuelve a la realidad, lavado y aclarado, pero feliz. Al Viejo Librero le daría un abrazo. Por ahora nos estrechamos la mano. Somos colegas. Cómplices.

6

Un día la señora Morel, exprofesora de música en un colegio, durante su peregrinaje por los pasillos del brazo de la señora Giroud, agricultora jubilada, ambas vecinas del Viejo Librero, me sorprende con una proposición:

—Dígame, Grégoire, nos hemos enterado de que usted le lee al señor Picquier. ¿Podríamos sumarnos nosotras, la señora Giroud y yo? Nos vendría muy bien.

Las dos amigas intercambian codazos. Sospecho que están impacientes por visitar la habitación del Viejo Librero para comprobar qué hay o no de cierto en lo que se cuenta acerca de la disposición.

—¡Imagínese! Ha optado por no tener televisor para poder guardar cincuenta libros más. Al parecer, cuando entras ahí te ahogas. A mí, sabe usted, con dos o tres baratijas me basta. Necesito espacio. Nuestras habitaciones son muy pequeñas.

El señor Picquier, de entrada, no dice que sí. Les da largas, amablemente. Le gusta hacerse de rogar. Soy yo quien se lanza:

—Señor Picquier, ponemos otra silla aquí y otra más allí. Sí, estaríamos un poco apretados, pero sería guay, ¿no?

—Déjame pensarlo.

Ya está pensando que sí, pero no quiere precipitarse. Tres días después, al final de una sesión:

—Grégoire, hay que leerles a Maupassant.

—¿Quién es ese?

—Guy de Maupassant, un notable autor del siglo xix. Más de trescientos cuentos. Seis novelas. Mira en la M. Todo está clasificado por orden alfabético.

Miro. Malaparte. Marivaux. Maupassant. Obras completas.

7

Uno de septiembre. Se acaba la pesadilla. Por fin vuelvo a la cocina. Los últimos días de agosto, con Rebecca de vacaciones, Dany ya solo me tenía a mí para divertirse. Recogida, selección, lavado, secado, planchado, devolución al remitente; yo lo hacía todo, yo solo. El señorito, repantingado en su sillón, supervisaba el trabajo mientras jugaba al solitario en su móvil. Todo lo que me hacía insoportable el trabajo en la cocina hace seis semanas (los olores, el tufo, el calor de los fogones), hoy me da casi ganas de cantar. Mi buen humor divierte al señor Picquier.

—¿No estarás enamorado?

—¡Qué va! Me he librado de un canalla. No se imagina el alivio que siento.

De una tacada, se lo suelto todo: acoso contra Rebecca, contra mí, del silencio de los colegas, el intocable Dany, protegido por la directora. El señor Picquier, boquiabierto, no soporta ese silencio cómplice. Va a verla a su despacho, la segunda vez en varias semanas. La entrevista será breve. La señora Masson no se inmuta:

—Señor Picquier, hágame un favor: encuéntreme a alguien que haga las cosas tan bien como él y luego hablamos. En lo que a mí respecta, no veo problema alguno.

Francamente, la directora lo decepciona. Contrariado, pero sin darse por vencido, con mirada pícara, el Viejo Librero me asegura:

—No te preocupes, Grégoire, ya encontraremos una solución, confía en mí.

Y asegurándose de que no me aburre con sus arrebatos y sus ideas anticuadas, como él dice, a propósito de mis recientes desdichas el señor Picquier me habla de él:

—Convicciones de otros tiempos, Grégoire..., convicciones..., convicciones... A los veinte años, ya sabes, nos encantan las grandes frases. «¡La injusticia es el destino de quienes la aceptan!» Esas eran las cosas que yo decía cuando era estudiante, pero si lo piensas bien decir eso y no decir nada es lo mismo. Toda la vida tienes que luchar. Yo fui militante, sí, Grégoire, creí en la Revolución, ¿te sorprende? ¡Ja, ja! Sí, creí en el Gran Día, en la llegada de tiempos mejores. Era rojo, rojo oscuro, casi negro. No te preocupes, que la vida te atrapa y te hace cambiar. Pasé del rojo oscuro al escarlata para acabar en rosita pálido, pero gracias a ti estoy recobrando los colores, desvaídos, sí, es verdad, pero algo es algo.

Me encanta cuando se emociona. Todo en él rejuvenece.

—Porque antes de ser librero fui tipógrafo. En la prensa. Aprendí sobre la marcha. Fue el único trabajo que encontré cuando terminé los estudios. En el periódico nos hacían doblar el lomo como condenados. A más de doscientos que éramos. No tardé en sindicarme y convertirme en un militante de primera línea. No podía aceptar la injusticia de esos ritmos de trabajo con los salarios que cobrábamos. Aguanté diez años. Con treinta y cinco aún podía elegir: seguir luchando

eternamente y en vano o pasar por el aro con la jubilación como meta. Sintiendo asco de mí mismo. Opté por el cambio, la emoción, la aventura, montando mi propio negocio. Anhelaba ser librero. Pensaba que con los libros podía propagar mi idea de lucha final. Cuando está hecho es fácil verlo claro, pero al principio tampoco vas en línea recta, te mueves por instinto. El caso es que la lectura de autores como Bourdieu, Barthes, Foucault, Freud, Marx y toda esa panda me dio ideas y ganas de transmitir las.

El señor Picquier ya no es el mismo. Su enfermedad de Parkinson le da una tregua. Ya no le tiembla nada excepto la voz, por un entusiasmo que a mí también me convierte en otro distinto del Grégoire que era hace un momento. Después de semanas de maltrato callado, oír a este viejo, que me aturde con una jerga fuera del alcance de mis neuronas, me entusiasma, me produce una sensación de renacimiento, un ardor delicioso a la altura del pecho. No cabe duda: respiro de un modo distinto.

—Cuando militas, cuando crees en algo, cuando te aferras a una idea, tu pretensión de luchar por la felicidad de otro sin preguntarle qué piensa al respecto es un problema, un verdadero problema. Cuando lo dejas, esa limitación es muy evidente. Cuando eres librero, por ejemplo, siempre lees antes que los demás. No deja de ser pretencioso eso de leer antes que los demás y decidir qué es importante y qué no. ¿Con qué derecho? ¿Quién te ha dado el poder de difundir unos textos en vez de otros? ¿De dónde has sacado esa legitimidad? ¡Es entonces cuando te inventas un papel que te autoriza a decir según tus gustos, tus entusiasmos y tus caprichos «Lee este libro» o «No lo leas»! Como más o menos vas conociendo a tus clientes, sabes a qué atenderlos. Siempre tendrás grandes y pequeños lectores, adultos, niños, hombres, mujeres, curiosos, apresurados, mirones, y todos los que no acuden, porque no se atreven o simplemente porque no saben.

Tiene cuerda para dos horas. Es imposible interrumpirle.

—Más allá de la aventura intelectual, lo que palpas todos los días es la pasta humana. Y cuanto más tocas esa pasta humana más te alejas del dogma. Empiezas con el póster del Che detrás de la caja y acabas poniendo las fotos de tus autores preferidos en PLV. Es radical. ¡Cambio de posición!

—¿En PLV?

—Perdona, cada oficio tiene su jerga. PLV: publicidad en el lugar de venta. Cuando llegas a esa etapa es que te has vuelto un librero adulto. Antes solo eres un librero adolescente. El libro es un camino que te lleva hasta el otro, y como no hay otro más cercano a ti que tú, lees para llegar a ti, aunque haciéndolo intentes huir de ti, como en una suerte de otredad autocentrada.

No estoy seguro de haberlo entendido todo, así que hago un intento:

—¿Se refiere a lo que he vivido con El guardián entre el centeno?

—¡Exactamente! Por eso me he tomado mi tiempo con las dos vecinas, el mismo que tomo contigo. Hay que nivelar la jerarquía de los oídos con la de los textos, para evitar combinaciones fallidas. Nos encantaría que todo fuera adecuado para todo el mundo. Lo que digo es odioso, pero no se lee cualquier cosa con cualquiera. ¡Próxima sesión, Guy de Maupassant!

8

Objetivo: seducir a las dos mozuelas. En el índice de las obras completas de Maupassant, Picquier me señala veintitrés cuentos. Narraciones cortas, divertidas y entretenidas para que den ganas de leer más. Esta vez, el Viejo Librero quiere que yo me lo prepare. Se acabó la improvisación. Pasamos al nivel superior.

—Llévate el libro a casa y entrénate. Cronométrate y así sabrás cuántos cuentos podrás leer en una sesión.

Además de Maupassant, me presta todo lo que le pido. Poco a poco mi cuarto se va llenando de libros. ¿Por qué hasta ahora nunca tuvieron cabida en mi casa? ¿Por qué motivo? Me gustaría contestar sin que me oiga mi madre. Es costurera a domicilio, un mundo de mujeres y trapos. Siempre sin llegar a fin de mes. Mi padre se fue, como dice ella, a consecuencia de un flemón en la garganta. No le conocí; yo tenía un año. Así no me da tanta pena.

Para mi madre imagino que la lectura debe de ser un lujo, lujo de dinero, lujo de tiempo. Por las noches se deja los ojos en sus labores. Sus clientas: amigas, conocidas y otras mujeres que a veces acuden de lejos. Su fama de habilidosa corre de boca en boca en peticiones de mano, bodas, bautismos y primeras comuniones. Trabaja sin parar. Pobre pobre no es, pero siempre anda justita. Como los libros son caros, es mejor no comprarlos.

Cuando se lo cuento, el Viejo Librero estalla:

—¿Por qué tu madre no te ha apuntado a la biblioteca?

En nuestra pequeña ciudad hay una mediateca y un anexo, cien mil libros para treinta mil habitantes. Todo gratis.

—Los promotores del libro, bibliotecas, liceos, colegios, escuelas y librerías, hemos arrimado el hombro año tras año, codo con codo, y mira con lo que nos salen. No me lo puedo creer. Nuestras campañas, nuestros eslóganes. Libros para todos, en todas partes. Creemos en ello. Al final, ¿para qué?

—Si se va a enfadar, señor Picquier, no le cuento nada más. Las cosas son como son. Ese rollo suyo no nos va a todos. Pero estoy aquí; eso es guay, ¿no? ¡Con usted me estoy desquitando!

—¡Tienes razón! ¡Tienes razón!

9

Todos los días, a las 16.30 horas, según lo acordado, Madeleine Giroud y Célestine Morel se unen a nosotros. Yo respeto todos los consejos del Viejo Librero. Como no tengo ordenador anoto en un cuaderno el tiempo de lectura para cada cuento.

El collar - veinte minutos.

Toine - veinticinco.

El bicho de Belhomme - veinte.

Una venta - veinte.

También anoto en pocas palabras la forma de cada uno, no la de los textos sino la salud mejor o peor de mis tres oyentes, porque de eso depende su escucha y a veces su ausencia. Una visita al fisio. Una radio o un análisis. Luego están los cuentos casi tan largos como novelas.

La casa Tellier - en dos sesiones de una hora.

Bola de sebo - en una sola.

—Grégoire, no es que lo diga yo, lo dicen los lingüistas. El habla es tiempo. El esfuerzo que tú haces lo hacen también tus oyentes. Procura no leer demasiado tiempo seguido. Ya no estamos los dos solos, delante de ti tienes a tres personas. Es el principio de un grupo, y un grupo se agita, respira, discute. Uno: descifras. Dos: oralizas. Tres: lo digerimos. Y todo eso casi al mismo tiempo. ¿Te das cuenta del esfuerzo? A eso se le llama retroacción.

Es difícil llevarle la contraria, porque lo compruebo felizmente con Madeleine y Célestine, mis nuevas oyentes. Ya sean herencias, adulterios, crímenes pasionales, hijos secretos, todas estas historias revueltas, sacadas de las horribles páginas de sucesos que inspiraban a Guy de Maupassant, que involucran en una misma sesión a notables, obreros y campesinos; todos los horrores de que es capaz el ser humano cuando se pervierte amenizan nerviosamente a las dos mujeres y dan pie a comentarios y debates que a menudo ocupan un tercio del tiempo de nuestros encuentros. Al final de un cuento un poco más... «¡olé, olé!», como jalea, cloqueando, la señora Giroud, el Viejo Librero me guiña discretamente el ojo y me asegura justo antes de que se vayan:

—¡Grégoire, las tienes en el bote!

De sesión en sesión, me convierto en todo un lector. Sin que tenga que decirme cómo debo entonar, cómo dar viveza a un diálogo, en el espacio cerrado de su habitación, yo solito me transformo unas veces en un notable, luego en una vieja campesina; me recreo en pasar del uno a la otra solo con el timbre de mi voz, que matiza los tonos agudos, medios y graves. Madeleine y Célestine aplauden cuando se hace justicia, se indignan con la actitud de un hombre violento, se implican y le piden su parecer al Viejo Librero:

—¿No pensará usted, señor Picquier, que este hombre tiene razón, caramba! Maupassant exagera, ¿no?

Se conmueven con los dramas más variados, aunque prefieren los amorosos. Al final de cada lectura solo tenemos un afán, ellas y yo: reproducir la emoción del relato, esa lucecita minúscula que tranquiliza al niño que llevamos dentro, asustado con la idea de quedarse solo en la oscuridad.

10

El Viejo Librero se había propuesto enseñarme, iniciarme en la lectura.

—Fíjate, es mucho más que un punto. Es una suspensión. Respira. Toma aire. Es vital. Para ti, claro está, pero sobre todo para el texto. Ningún libro se escribe de un tirón. La escritura no es más que una suma de rectificaciones. De un pábilo a otro. Dale tiempo a la llama para que prenda.

—¿Usted escribe?

—Déjame terminar. El arte de leer en público consiste en hacer que el texto se escuche como recién escrito. Es cierto que ya está ahí, en el libro abierto que tienes en la mano, pero búscalo como lo hizo el escritor cuando la página estaba en blanco. Como si fuera la primera vez.

—Entonces, ¿tengo que fingir, tengo que leer de modo que parezca que lo descubro?

—Algo así.

Voy aprendiendo, y para aprender me lo digo a mi manera. En el instituto, en los dictados, era un desastre: ortografía y gramática, cero; conjugación, cero; poesía recitada, cero. Aquí lo bordo. Adivino instintivamente el giro que sacude las mentes. Sé modular la voz en los pasajes que lo requieren. El señor Picquier me explica su famosa jerarquía.

—Entre los textos, tienes los que yo llamo «Los de las Crestas», los de las grandes aventuras de la lengua, en los que se adivina a distancia la invención de las auroras. Ya sabes, todas esas luces que entusiasman, el fugaz rayo verde al salir o ponerse el sol, la explosión de las nubes a todas horas en las corrientes de aire caliente y el sueño ampliado de los buitres en el lento remolino de sus alas. Soledad. Altura. Y abajo, si buscas, encontrarás las «Vaguadas», los discretos, que avanzan sin hacer ruido desde el nevero más pequeño que cede su primera gota al deshielo, en movimiento, sin detenerse, hasta el fondo de los valles, hasta el final de la llanura, hacia el mar donde lo más desconocido es posible. Y por lo general es en ellos donde están los hombres. Al menos, la mayoría. Te corresponde a ti abrirte camino entre las Vaguadas y Los de la Cima; hay libros de sangre mezclada que resplandecen en los archivos.

11

El señor Picquier es gay, todo el mundo lo sabe; es un secreto a voces, y el viejo representa el papel con malicia. Su edad se lo permite. No hay pulla ni broma soez que no haya oído, empezando por las de sus padres.

Cuando se enteró de su homosexualidad, su padre le dio una paliza con una saña increíble. Sin una lágrima, sin inmutarse, el joven Joël Picquier agachó la cabeza y lo encajó como pudo, recogió las pocas cosas que apreciaba y que había dejado en casa de sus padres cuando se marchó a la gran ciudad para matricularse en la facultad de letras, y se fue sin despedirse. Profundamente dolido.

No ha vuelto a verles nunca más. Ellos, por su parte, tampoco quisieron saber qué había sido de él. Ni siquiera su madre, a la que quería y a la que nunca le perdonaría su deserción cuando el amor materno debería haberse enfrentado a la violencia del padre. Para él, ese silencio equivalía a traición y complicidad. Cuando su padre le pegó, ella no dijo nada, ni una palabra para defenderle, ni un gesto para parar los golpes. Más que los golpes, fue esa deserción lo que lo convirtió en huérfano.

Cuando recuerda esa herida incurable, el señor Picquier llora discretamente. Haciendo visera con la mano derecha sobre los ojos, se esconde como puede, con la cabeza inclinada hacia las rodillas, que se ponen a temblar ligeramente. Aunque sus confesiones revelan una gran confianza, hacen que me sienta incómodo, no sé qué decir:

—Eso ya quedó atrás, señor Picquier, ¡hay que olvidar!

—Ya me gustaría a mí, pero sigo creyendo que no se puede borrar nada.

En cambio, para divertir al personal, nos cuenta sus calaveradas de joven estudiante. Sus años locos del amor, antes de que el sida calmara el juego dramáticamente. Algunos se burlan. Sigue habiendo prejuicios. Otros le escuchan con ternura y pasan por alto sus excentricidades, pues al fin y al cabo el señor Picquier, para ellos, no es más que un viejo con la sexualidad anulada por el tratamiento para su enfermedad de Parkinson.

Aunque su cuerpo es una ruina, aunque ya solo nos puede enseñar, como él dice, «el corazón y las pepitas», es fácil imaginar que ha sido muy guapo, y las mujeres, empezando por sus vecinas Madeleine y Célestine, no le perdonan que prefiera a los hombres. Como el objetivo de una cámara que se centra en un detalle y excluye el resto, su gran poder de seducción se ha refugiado en esa mirada de cielo azul que conserva el brillo de sus veinte años. El señor Picquier es un galán, y pocos se le resisten.

A mí lo que más me impresiona es la dulzura con que empieza sus frases cuando habla de su gran amor. Su voz es como una caricia que busca dónde posarse. «Aquel día, con mi amigo...» Y

entonces derrama un torrente inagotable de palabras cariñosas. Ya puede presumir de haber tenido a lo largo de su vida los amantes más guapos de la tierra: para mí que su amor por ese hombre, que resiste el paso de los años, relega a todos los demás al papel de extras.

Poco a poco, «su amigo» casi lo es también mío, pero no sé cómo se llama. El señor Picquier no quiere mancillar un jardín tan íntimo. Siempre dice «mi amigo». Una foto en su mesilla de noche los muestra muy acaramelados en una playa de guijarros. Lo único que sé es que era un pintor de origen portugués. La verdad es que este amor omnipresente me perturba. ¿No estaré celoso? ¿Qué es lo que estoy esperando? ¿Cuáles son mis expectativas? ¿Ocupar un lugar especial en el presente de este anciano? ¿Colega? ¿Discípulo? ¿Amigo o confidente? Mis compañeros me llaman «el cerebritito». Otros usan la expresión de Masson, para quien yo soy «el favorito de Picquier». Luego viene la guinda del pastel, con la que se regodean los más imbéciles; por supuesto me refiero a los tíos, a los tíos de verdad, a los machotes, siempre a los tíos, nunca a las mujeres, que se burlan de mí por los pasillos con una voz de loquita afeminada: «Qué, ¿cómo va la putilla?». Que me llamen la putilla de un hombre tan mayor como el Viejo Librero me parece el colmo. No tanto por el insulto como por no entender la sencillez de una relación cada vez más fuerte. No soy la putilla de nadie, como tampoco él será nunca ese padre o ese abuelo que algunos me adjudican. El señor Picquier es un viejo que me da una oportunidad. Gracias a él soy lector.

12

Habría podido decir que no. Dije que sí como un desafío a todos esos imbéciles. Desde hace varias semanas, según nuestra jerga, el señor Picquier va a la baja. Es el eufemismo que usamos para hablar de que un residente está a punto de palmarla. Su corazón está en las últimas, le falta el aliento. Cuando anda, o por lo menos cuando va de la silla de ruedas al baño agarrándose a los estantes que recubren las cuatro paredes de su habitación, se inclina hacia delante, encorvado, buscando un centro de gravedad que parece escapársele a cada paso. Volverse una ruina, además de dejarle exhausto, le come la moral. Pero curiosamente, al contrario de muchas personas ancianas, sigue dando importancia a su aseo. Estar limpio. Sentirse fresco. Controlar, si fuera posible, su imagen social en este lugar donde los vínculos se deshacen. Una ducha diaria es lo mínimo que exige. La de su habitación, como todas las de Les Bleuets, tiene un revestimiento antideslizante, un taburete de plástico con respaldo y unos asideros en tres de los lados. Ya no puede ducharse solo. Bastaría una caída y adiós. Fractura. Inmovilización. Escaras. La espiral. Le resulta indispensable la ayuda de otra persona, pero la reclama muy pocas veces.

—Grégoire —titubea para decirme lo que quiere—, arréglatelas para la ducha. Me gustaría que a partir de hoy, si es posible, te encargaras tú. Las chicas son amables pero sus miradas me agobian. Se ha convertido en un incordio.

En mis ojos debe de leerse la sorpresa.

—Ya lo he hablado con las chicas. Han sonreído. Sin comentarios. Sí, ya sé, los rumores... No hagas caso. ¡Nunca te librarás de los imbéciles!

Me callo. En mi cabeza ya están todos los gestos profesionales necesarios para una ducha segura. En este sentido, mis colegas mujeres son amables y me enseñan los truquillos. No hablo de Jean-Mi ni de Dany Basura; sus rebuznos me resbalan. También en mi cabeza están todos esos gestos íntimos que no deben generar incomodidad. ¿Cómo lo haré? Hasta hoy, en la lectura, estábamos frente a frente, a veces uno al lado del otro, sin tener un contacto real, a parte del idioma, el de los libros, por los que nuestro pacto funciona. Ahora vamos a tocarnos o, mejor dicho, yo, vestido, voy a tocar al señor Picquier desnudo bajo la ducha. ¿Cómo he llegado a esto?

Cuando hace falta, el señor Picquier va al grano:

—No te pido que me manosees, aún soy capaz de enjabonarme los huevos. Tu tarea en este asunto es ayudarme a mantenerme de pie y lavar donde yo no puedo alcanzar sin partirme la crisma. La espalda, las piernas, por ejemplo. Ya no puedo agacharme.

Por lo menos ha quedado claro. Cada uno tenemos nuestra manopla. Es inútil poner más reglas, el resto se sobreentiende. Yo enjabono y enjuago ese cuerpo que el viejo, según me confiesa, ya no conoce.

—Uno acaba teniendo una imagen ideal de sí mismo. Para eso las fotos son muy útiles. En una foto sacada hace más o menos tiempo te ves guapo. No le des más vueltas. Tu cuerpo está hecho un desastre pero tu mente sigue aferrada a esa imagen. Es como un asidero sin el que no soportarías tener algo que ver con ese desconocido que te mira en el espejo. Algunas personas piden que los retiren. A veces, es la familia. Yo me niego terminantemente. Te confieso que me gusta conversar con ese tipo al que apenas conozco. Me burlo de él. No hay ternura entre nosotros. Una nueva compañía. Es algo que me estimula cuando estoy deprimido. Frente a los demás es fácil mantener la ilusión. La ropa disimula. Si sabes arreglarte, el peinado en las mujeres (a nosotros, los hombres, nunca nos queda nada en la cabeza), la cara y las manos dan el pego. «¿Cuántos me echa?». Yo nunca entro en ese juego. Que me echen los que quieren; bajo la camisa, es horrible.

Lo confirmo, bajo la camisa es horrible. En pequeños círculos por los brazos, por la espalda, mi mano enfundada en una manopla rebosante de espuma va de las axilas a su pecho. Me detengo en el ombligo y por la espalda, en los riñones. Me agacho y sigo por los muslos, hasta los pies. Sus dedos chapotean. La piel le cuelga por todas partes. Le cuelga bajo el cuello. Bajo las tetillas. Por detrás de los brazos. El señor Picquier cierra los ojos. Canturrea. Yo trato de ser lo más delicado posible y al mismo tiempo frío y profesional, con los movimientos precisos de un factótum que, viéndolo todo, no piensa en nada de lo que ve. Me enderezo, con la cara salpicada de gotas de agua y de sudor, satisfecho de mi trabajo. El señor Picquier, un hombrecillo de espuma, me lo agradece con una amplia sonrisa. Luego lo enjuago, dejando que la alcachofa de la ducha le haga largas caricias por todo el cuerpo. El agua se va pero delante de mí permanece el viejo, que se sujeta con las dos manos a la barra.

—Gracias, Grégoire. Somos un equipo.

Pacientemente, le seco como haría un entrenador con un atleta que promete. Hace diez minutos que no digo una palabra.

—Es curioso. Tiene la piel del cráneo la mar de suave, muy, muy fina.

Se ríe. Yo no veo qué tiene de graciosa mi observación. Me explica que le recuerda al cuento de Caperucita Roja.

—¡Es para seducirte mejor, pequeño!

Dany y Jean-Michel dicen cualquier barbaridad a nuestras espaldas. Están desatados. Según ellos, él me paga y la dire se lleva su comisión. La señora Masson les para los pies.

—¡Señores! No vayan a creer que Les Bleuets es una casa de citas. Están muy equivocados. Grégoire hace su trabajo. Y por lo que tengo entendido, lo hace bien.

Ya, pero mi sueldo está congelado.

13

Para Todos los Santos hacemos balance. El señor Picquier tiene un plan:

—Grégoire, se acerca Navidad. Es el momento de dar el gran golpe. Las sesiones entre nosotros son importantes. Estoy decidido a ampliar el círculo.

—...

—Todos los años la casa organiza una fiestecita en el salón. El abeto, las guirnaldas. Para la ocasión acuden las familias al completo con los nietos y bisnietos. Ya verás, Grégoire, qué horterada. Todos se creen obligados a cantar Tino Rossi. Todo el mundo besa a todo el mundo. Es para echarse a llorar. Y por supuesto, las fotos con Papá Noel. Delante de él, a su lado, sentados en sus rodillas. Los regalos. Los caramelos. No falta nada. ¿Y la guinda del pastel? A ver si lo adivinas, Grégoire. Detrás de la barba y enfundado en el abrigo, ¿quién crees que está detrás, ¿eh? ¡Dime!

—¡No..., no le creo!

—¡Dany Basura!

—¡Alucino!

—Tu peor enemigo, Grégoire. Esa escoria en persona. ¡Hay que tener valor! ¡Me he propuesto vengarme de él y a fe mía que lo haré!

El Viejo Librero lo decide todo. Yo estoy a sus órdenes. Voy a hacer una lectura para los críos y los mayores, y para no jorobar al personal, como dice él, leeré cuentos infantiles. Dos o tres, no más. Los peques estarán más que impacientes por los regalos. Me explica que durante varios años una actriz acudía a su librería los miércoles para leerles a los niños. Cómo se escondía detrás del libro con el texto por detrás, copiado por ella para que las criaturas vieran las imágenes. Parece una tontería, pero hace falta cogerle el truco para saber cuándo hay que pasar la página. A pesar del temblor de sus manos, me muestra cómo debo colocar las mías. Rápidamente aprendo las sutilezas del paso de página, que debe adaptarse al ritmo de la narración.

Residencia Les Bleuets. 16.30 horas. Sábado por la tarde, tres días antes del 25. En el salón de la planta baja, como todos los años, se ha congregado todo el mundo salvo los residentes que no se pueden mover. Un gran abeto grande toca el techo. La resina huele bien. Las guirnaldas parpadean. Han soltado a los de la guardería y los chiquillos corren por todas partes tratando de esquivar las manos de los viejos, que quieren atraparlos al vuelo.

—¡Qué ricos son!

Los padres se enternecen. El personal y los matrimonios que han venido a la fiesta con su prole hablan de todo, de nada, mayormente de cosas ligeras. La señora Masson toma la palabra:

—Gracias a todas y a todos por estar hoy con nosotros para celebrar la Navidad. Su presencia me llena de satisfacción, y sus padres lo agradecen. Como todos los años, Papá Noel va a venir. —Gritos de júbilo de los niños—. Cuando todos hayan recibido su regalo compartiremos la tarta de Navidad que Jean-Michel, Marie-Odile y Chantal han preparado para ustedes. La degustaremos con zumos para los niños y champán para los mayores. —Aplausos—. Pero antes el señor Picquier, que ha regentado durante treinta y cinco años la librería L'Ittéraire Bis, que quizá hayan conocido algunos de ustedes, y Grégoire, que le lee desde hace unos meses, les han preparado una sorpresita.

Aplausos.

Algunos cuchichean:

—Grégoire, ya sabes, el de la costurera.

El señor Picquier, en su silla de ruedas, junto al abeto, se mantiene al acecho. Yo me adelanto. El Viejo Librero me lo ha repetido mil veces:

—No empieces nunca antes de que el público se haya instalado. Los más jóvenes sentados en el suelo, los adolescentes donde quieran. Los yayos, las yayas, en las sillas de ruedas y sin ruedas. Detrás, de pie, los padres y el personal. Lleva su tiempo, pero vale la pena, porque pone al público en situación.

Abro Perro azul.[1] Doble página. Una niña en el umbral de una casa, con una muñeca en las rodillas, alcanza un trozo de pastel a un perro azul, de pie a dos pasos de ella, con la cabeza inclinada y una expresión triste en la oreja y en los ojos. «Pobre perro azul —dice ella acariciándolo—, pareces abandonado. Compartió con él su pan con chocolate.» El silencio cunde en la sala. Algunos ¡chissss! han ayudado. El público, boquiabierto. El final feliz del cuento desata aplausos calurosos. Estoy empapado en sudor, rojo de una emoción mezclada con sorpresa y secreta satisfacción: «¡Me los he ganado!».

Doy las gracias, como me ha dicho él. Prosigo. ¡Caca de vaca![2] causa sensación. Aplausos pidiendo más. Silbidos. «¡Otro, otro!» Papá Noel está esperando. Creo haberle visto en el pasillo que comunica el vestíbulo con el salón. El señor Picquier toma la palabra:

—Antes de que Papá Noel se una a nosotros... —Gritos de los niños—, Grégoire os va a leer un cuento que me gustaría dedicar especialmente al encargado de la lavandería de la residencia.

En las filas de los compañeros, un rumor discreto. Con una medio sonrisa, la señora Masson frunce el entrecejo. Conociendo a «su Picquier», teme un escándalo. Las familias guardan silencio. Sorprendido por ese anuncio que le concierne, Dany-Papá Noel levanta la cabeza y presta atención.

—Como Dany está enfermo, no ha podido venir, y es una lástima, pues conociendo su buen humor sé que este cuento le habría encantado. Le deseamos una pronta mejoría.

Algunas risas falsas de los colegas. Rebecca me mira, aterrada. Encogimiento de hombros y pequeña mueca de disculpa para indicarle que soy un mandado.

—Cuando venga Papá Noel le daremos el libro para que se lo entregue. ¡Grégoire, por favor!

Anuncio el título: En la boca del monstruo.[3] Carcajadas de los colegas. Como una válvula que deja salir el vapor retenido durante mucho tiempo: Dany Basura, las chicas le detestan, los tíos se acobardan. Masson solo ve una cosa. La planificación de los horarios. Ante las familias de los niños, incrédulas, se representa la tragicomedia de Les Bleuets. Escondido tras el libro, no veo nada ni oigo las reacciones del interesado. A punto está de arrancarse la barba blanca de

algodón y dejarnos plantados a todos, panda de tarados. Discretamente, la señora Masson se le acerca y le dice, un poco tensa:

—¡Daniel, atégase a su papel de Papá Noel, haga el favor!

Mientras tanto, la historia del monstruo, de su boca pequeñita que se vuelve grande después de una operación y del ojo del culo que se le ha quedado chico chico chico, llega a su fin, para regocijo de todos pero especialmente de cada uno de mis colegas, que ha captado el sutil pitorreo alusivo a Dany: «Cuando le vieron muerto, los animales del bosque se pusieron a cantar: ¡Oh! ¡El muy malvado ha comido demasiado! Ha entrado por arriba y no ha salido por abajo. Le está bien...». Corto silencio efectista. Con una mano invito a las familias, a los niños, a los yayos, a las yayas, a terminar el cuento conmigo: «¡Le está bien...». Rebecca, los colegas, todos a coro, con una voz llena de alegría: «... empleaaado!».

Antes de que la euforia decaiga, desde el sitio donde se mantiene apartado, el Viejo Librero empieza a corear lo bastante fuerte como para que le oiga toda la sala:

—¡Papá Noel! ¡Papá Noel!

La silueta de Dany-Papá Noel, seguida inmediatamente por los chiquillos sobreexcitados, sale del pasillo y entra en el salón. Con el espinazo doblado bajo el peso del cesto repleto de regalos, Dany Basura avanza con andares de viejo apacible, con ademanes lentos, acariciando a su paso las caras de los peques audaces que osan acercársele, mientras que otros, agarrados a la pierna de papá o mamá, prefieren observarlo desde muy lejos, como hago yo también, tratando de esquivar su mirada fulminante y no ver cómo su puño se cierra al pensar en una venganza que está ansioso por cobrarse.

—Los cuentos de Navidad siempre acaban bien —me asegura el señor Picquier.

Parece que es verdad. Rebecca ha cambiado de turno y, de momento, Dany Basura me deja en paz. Total que, ufano por este primer éxito, en casa, en familia, cuando me preguntan a qué me dedico, ya no titubeo, les contesto que soy lector de compañía. Mi madre se encoge de hombros y alza los ojos al cielo como diciendo: «¡Lo que hay que oír!».

La señora Masson, un lince para los negocios, saca cuentas. La función de Navidad ha causado sensación. La reacción positiva de las familias y el buen ambiente recuperado en el equipo han catapultado al Pelirrojillo. Está decidido, a partir de enero, mitad y mitad. Por la mañana, en los fogones. Por la tarde, una lectura en el salón para un grupo a convenir.

Mi madre se entera de todo en boca de dos de sus clientas.

—¡Su hijo, señora Gélín, nos ha dejado literalmente encantadas!

Sin levantar la nariz de la máquina de coser ni pedir más detalles, estos rumores elogiosos a los que no la tengo acostumbrada no dejan de sorprenderla.

—¿Qué historia es esa de la lectura? Creía que estabas en la cocina.

Todas estas semanas de intensos preparativos, los libros cada vez más abundantes en mi cuarto..., mi madre no ve nada. Trabajo solo. No considero necesario darle explicaciones.

14

Último capricho del señor Picquier: que me presente voluntario para el turno de Nochevieja. No debería ser un problema; tampoco es que haya tortas por acudir. Sé muy bien lo que le espera si declino su sugerencia. Una copa de espumoso vomitivo y una rebanada de fuagrás a las seis de la tarde. Con eso ya están despachados. Apagado de luces. Para los más temerarios, la caja tonta. Sisí emperatriz y su enésima reposición, a no ser que Michel Drucker o Patrick Sébastien[4] hayan preparado alguna perfusión vitaminada de su cosecha. Para un hombre como el señor Picquier, morriña asegurada hasta bien entrada la mañana siguiente, y toda la noche oyendo los ecos sordos de la ciudad, que en esta ocasión juega a la euforia. La juerguecita del personal de guardia en la planta baja que se consuela como puede con tímidos lanzamientos de serpentinas en la sala de descanso. Se empieza a oír algo en Radio Nostalgia. Y sobre todo, no asomarse al pasillo. La luz lechosa de los apliques. El luminoso verde manzana de las salidas de emergencia. Las litografías en las paredes. Las marinas y los campos de lavanda. Todas esas birrias.

Lo que me espera a mí tampoco es mejor. No pienso pasar la Nochevieja con mi madre. Los colegas, las colegas, un rollo.

Yo nunca estuve en la onda. Música. Modelitos. Alcohol. Petardos. De marcha en las discotecas junto a la estación. Ciclomotor y cerveza a la orilla del canal. De vez en cuando, pastillas. No, gracias. Prefiero estar solo. Con dieciocho años resulta chocante. Este chico no es normal. Dije que sí.

—¡Señor Picquier, lo celebramos juntos! ¡Yo le traigo el champán! ¡Con la extra de Navidad!

A las 22.00 horas, con en el cambio de turno, cuando los más afortunados se dan el piro quitándose a toda prisa la bata y los zuecos de goma, y corren a sus casas, se ponen de tiros largos, se arreglan y se reúnen con sus amigos para no perderse el principio de los ágapes; las 22.00 horas, en la noche, habitación 28, empieza el fiestón. El mejor fiestón del Viejo Librero y su lector favorito.

—¡Descorcha ese champán, Grégoire, o te violo!

Echo un vistazo al pasillo para comprobar que Les Bleuets están en coma. Una paz completa. Preámbulo de la paz eterna. Los muertos vivientes están sobando.

Descorcho la primera botella.

—Páseme la copa, señor Picquier. Vamos a brindar por su tembleque.

El señor Picquier me pasa su copa. La lleno hasta arriba. Lleno la mía. Brindamos.

—¡Por mi tembleque! —grita.

Se le derrama la mitad. Bromeamos. Nuestro contrato es genial. Por nosotros, por nuestra juerga.

—Pongamos música. Vamos a bailar.

—¿Algo clásico?

—No, bobo. Busca por ahí. Hay rock. Hay pop. Hay folk.

Alucino, ¡ya va ciego! Busco por ahí. Hay rock. Hay pop. Hay hard. Flipo, Trust. ¡Vamos allá, abuelo! Antisocial a tope. Curras toda la vida para pagar la lápida de tu tumba / Te tapas la cara cuando lees el periódico. Copa vacía en la mano, sentado en su silla de ruedas, el señor Picquier se balancea a su ritmo. Yo me retuerzo al pie de la cama. Parezco un punki con sobredosis de Nutella. Me desgañito con el final: En fin, el tiempo perdido que ya no se recupera / Antisocial, antisocial, antisocial, antisocial. Mi bata azul. Mis zuecos de goma. ¡Fuck! ¡Fuck! ¡Fuck!

—¡Descorcha la segunda!

Me acerco a la mesa dando tumbos.

—Dígame versos mientras la descorcho.

El señor Picquier me mira. Comprueba si hablo en serio.

—¡Seguro que se sabe algunos!

Se endereza. No, ¡no se le ocurrirá ponerse de pie, en su estado! Si se parte la crisma, yo caigo con él. Pero me sorprende. Más digno que nunca en su tweed, abre los brazos como un trágico griego. La botella se me resiste. Mi motricidad pastosa no acaba de pillar que el alambre se desenrolla en el sentido contrario a las agujas del reloj. Las doce menos cuarto. Residencia Les Bleuets. Habitación 28. Estamos en un teatro antiguo. El señor Picquier declama:

—¡Feliz fin de año a todas y a todos! ¡Al sol, a la lluvia y a los dos reunidos! ¡Que vuestra puerta se abra de par en par a los manuscritos salvajes!

No entiendo nada pero al cabo de dos segundos salta el tapón.

—Galáxicamente hablando, con un pijama color negro castillo lleno de lagos, el Papá Noel y su fémina están en su punto álgido de las locuras iluminosas...

One. Two. ¡Champán! El chorro aterriza en las sábanas. Imperturbable, su voz llena de guijarros declama:

—Imáginese que un día, en la sociedad de amigos de los bailes de Año Nuevo, les vi como emborrachaban con la aritmética entera a un gentil mozo con corazón de judía verde.

Me apunta al pecho con la copa y canta como un soldado en una taberna:

—Cotiledones cubiertos de espuma de afeitarse rosa.

Asisto al espectáculo sin saber si es el champán, un sueño o una falla espacio-temporal en la que ha caído mi mente. El Viejo Librero se desgañita:

—¡Así que la fuerza, ¿eh?. Pues claro. Eh, sí! Tantas salpicaduras cosmo-cómico-nebulosas le llevaron resueltamente la cara a la garganta, y en el vaivén del orgasmután, al mar se lo llevó el viento, paraíso que levanta regalos de elocuencia que, por despecho de no tener ni pies ni cabeza, afrontó como si fuera una experiencia del universo gritando...

Hace una pausa; me temo lo peor. Parada cardíaca o qué sé yo. Nada de eso; hace una pausa para coger aliento antes de seguir gritando aún más fuerte:

—¡El ascensor está averiado! ¡La charanga leucémica! ¡Los bollos de crema!...

Mi cabeza pasa por veinte fases de asombro. Al final me río. Me relajo. Ya no le detiene nada.

—En fin, una publicidad de pájaro no lo habría hecho mejor. Al extremo que unos

estremecimientos de pachulí me florecían en la piel, qué quiere que le diga.

Entonces, de repente, cambia de tono. En su voz, en su cuerpo, es terciopelo y ganchillo. Un crooner con velcro. Me agarra la nuca. Apoya su frente en la mía. Usa mi cabeza como si fuera un micrófono.

—Ya que a veces, en ciertas pistas de aviación, un mordisco dado a las nubes por un caballo al despegar aún recuerda después de mucho tiempo a ese chico raro que, creyendo que la medianoche era una hora adecuada para contar hasta doce las oportunas estrellas, se perdió de felicidad en un bonito y sangrante filete de oro y de luna. ¡Feliz fin de año a todas y a todos! ¡Al sol, a la lluvia y a los dos reunidos! ¡Que vuestra puerta se abra de par en par a los manuscritos salvajes!

Todo se detiene; él se derrumba. Yo aplaudo a rabiar.

—¿De quién es el poema?

Le alcanzo la copa.

—Eso forma parte de mis secretos. Lo escribí yo, debía de tener tu edad. Vuelve a ponernos música, si no esto va a derivar en recuerdos de la Gran Guerra y lo detesto.

Camisa hawaiana. Vaqueros descoloridos. Grégoire DJ, achispado pero grave, vuelvo a los platos. Every breath you take / primeros compases, Sting en el bajo, empieza a cantar, Every move you make / Every bond you break / Every step you take / I'll be watching you / ¡Oh, no, está llorando! ¡Picquier, no llores, estamos de fiesta! ¡No llores, pongo un rock! Playlist. Message in a Bottle. I'll send an SOS to the world. El champán se derrama. Las doce menos un puñado de segundos.

—Un selfi, señor Picquier. Para la posteridad.

—¿Un sel qué?

—Una foto de los dos.

—...

—Juntos, que no parezca un funeral. ¡Pataaata!

—¡Pataaata!

Clic. El resultado es feo. Tenemos jetas de sapos aplastados. Un brazo estirado para sostener el móvil; yo estoy en equilibrio sobre el brazo de su silla de ruedas y él está sentado, encogido, temiendo que me caiga encima de él si el alcohol me tumba.

—Una más, señor Picquier.

Mi cuenta atrás digital marca ¡cinco-cuatro-tres-dos-unocero-cero-cero-cero! Le abrazo la cabeza.

—¡Feliz año, señor Picquier! ¡Mucha salud!

Lo que nunca se debe decir en un asilo de ancianos. Pero he perdido el control. El señor Picquier me da las gracias.

—La vida te espera, muchacho, no pierdas el tren.

En la mímica de sus labios, que vacilan entre la sonrisa triste y la mueca dubitativa, pese a mi estado semicomatoso, noto que tiene ganas de añadir algo, no sé qué. El año empieza, tengo todo el tiempo del mundo. Espero. Mi intuición es buena; con un murmullo apenas audible, suelta amarras:

—Verás, me he pasado la vida leyendo y a fin de cuentas creo que he... —Duda un instante—. Creo que me he perdido... —Vuelve a interrumpirse—. Creo que me he perdido la vida, la

verdadera.

Con la poca lucidez que me queda, me sorprende. ¿Por qué no dice «mi vida»? Él prefiere ese la..., esa manera de decirlo, la vida, la verdadera. Mi cabeza. Mis pies. El champán está en todas partes. Tengo un instante de lucidez. De pronto, es evidente: tratar de librarse de la vida me parece tan duro como tratar de entrar en ella. Nunca he tenido ocasión de hablar de ello. Es el momento.

—¿Y qué es la verdadera vida, señor Picquier? A mí la vida me da miedo. ¿También se lo daba a usted, a mi edad?

La cosa se anima, claramente.

—¡Por supuesto! Yo estaba aterrorizado con la idea de tener todo ese tiempo delante de mí sin saber qué iba a hacer con él. Estaba delante de mí. No tenía fin. Apeataba a vacío. No, peor que eso, apeataba a aburrimiento. En ese sentido no me equivoqué, las tres cuartas partes de mi vida me he aburrido. Amar los libros, vale, perfecto, de cara a la galería es bonito, es agradable. ¡Pero dedicar tus días a venderlos, eso mata el amor! ¡Hacer cuentas! ¡Ganar un sueldo! Los pedidos, las entregas, el archivo, la contabilidad.

¡Eh, un momento! ¿Adónde quiere ir a parar el Viejo Librero?

—Señor Picquier, es el primer día del año, le ruego que no me haga un balance de su ejercicio contable.

Eso es lo que alcanzo a decirle en mi cabeza, pero el champán me bloquea. Soy incapaz de articular sonidos. Le dejo estar.

—Las rentrés literarias. La presión que te meten. Fingir que has leído. Aconsejar libros sin conocer ni la primera línea. Por suerte siempre me gustó aconsejar al cliente. Hasta puedo decir que tenía un don para eso. Una clienta... oye esto, que te va a gustar: «Me siento bien en su tienda, es usted mi esteticista». No está mal, ¿eh? Porque en realidad, se diga lo que se diga, amo a esos malditos libros. Nos mejoran un poco el aspecto. ¿Has visto nuestras jetas? Y no trates de hacerme decir que los prefiero a las personas, a las de verdad. Eso nunca, ¿me oyes? Porque los libros y las personas van a la par. Verdadero-falso. Juntos. La vida.

Con ademán de actor trágico atascado en el texto, o en suspenso, me mira, el índice amenazador. Parece un borracho peleándose de tú a tú con la Luna. Me echo a reír. Estoy tirado en el suelo, con la cabeza apoyada boca arriba en el brazo de su silla de ruedas. Ya no veo nada. Me acaricia el pelo con un gesto tierno y a la vez rabioso.

—La vida. Lo único que cuenta. No ser librero. No. Tonterías. La única, la verdadera vida que cuenta para mí es el viaje, es la carretera, el camino, L'Ittéraire Bis, la única adrenalina que puede burlar el hastío, el vacío, a pie, en coche, en tren, como quieras. Avanzar. No sé cómo fui capaz de dejarme atrapar en esa ratonera. Soy un idiota redomado. Una cosa lleva a otra. Te abandonas y cuando te quieres dar cuenta, crac, la puerta de la habitación 28 se cierra sobre todas tus ilusiones. No estás muerto pero ya no vives. Se te pudren los isquiones. ¡Ah! Esa afición al movimiento que he tenido y sigo teniendo, hasta el final. Maldita sea. Encamado. Caramba con la palabrita. He vivido sedentario y termino encamado. ¡Menuda carrera! ¡Grégoire, no pierdas el tren! Lee Whitman, Jack Kerouac, Jack London, Los caminos del mundo, de Nicolas Bouvier. Hazme ese favor.

Soy un alga con burbujas alrededor de la cabeza. Su furia no percute mis neuronas; al contrario, me arrulla. Déjalo ya, Picquier, nadie te escucha.

—Para ser sincero, tengo muchas ganas de morirme, y cuanto antes mejor. La broma ya ha

durado demasiado. Por otro lado, creo que soy como todos. Sí, me da miedo la muerte. Es una angustia legítima. Pasas de un estado a otro sin saber lo que te espera al otro lado. Qué cómodo me resultaría creer en algo, saber que después de la muerte tengo la opción del infierno, el purgatorio o el paraíso. Todas esas gilipolleces que me metieron en la cabeza cuando era joven. Por desgracia, no creo en nada. Nada ni nadie ha logrado convencerme de que existe una fuerza superior, un gran todo, una divinidad cualquiera, llámala como quieras, que gobierna nuestras almas. Porque creo en el alma, pero ¿de qué me sirve? No, lo que más rabia me da en este asunto es dejar tras de mí deseos, planes que nunca podré llevar a cabo, decenas de conflictos que no he sabido manejar y me han dejado mal sabor de boca, a todos esos imbéciles que conocí y dejé pasar sin partirles la cara, con lo que me habría gustado, y luego tantos disgustos; cada vez que lo pienso prefiero no volver a ver la película, me haría daño, y para qué. Ya fuera en el amor, en los asuntos de mi trabajo, en el afán de conocer todo lo que puede conocerse por el placer de saber, ocasiones perdidas..., todo. Pero ¿qué es realmente eso de tener una vida plena? ¿Puedes decírmelo, tú que empiezas la tuya?

—...

Mi cabeza ha debido de rodar sobre mis rodillas. No sé. Creo que duermo.

—Por todos estos motivos, aunque no tengo mucho margen, todavía miro al frente. Para consolarme, tú estás aquí, sigues conmigo. No tengo hijos. Los chicos, cuando la cosa no se tuerce demasiado, tranquiliza cuando llega el momento de irse. Te dices que el jugo de tus cojones traza su ruta en el negocio. Pero la verdad es que, viendo el panorama y el nivel de los hijos de los demás, me digo que he hecho bien siendo un maricón. ¿Cómo puedes morir en paz con toda esa rabia? Esa vanidad que tenemos de considerarnos un eslabón indispensable en la cadena de la vida. Antes de uno, poca cosa. ¿Y después? No future. Desde luego que sí, hay future. Una broma pesada.

Sigue. Sigue así. ¿Cuánto tiempo? El señor Picquier. El Viejo Librero y su favorito, que ronca. En mi pelo, los dedos de un señor mayor. El sueño de un juerguista bienaventurado. Cuando me despierto no reconozco la habitación. Una princesa negra me pasa una manopla de agua fría por la cabeza. Me da palmaditas en la frente.

—¡Pues sí que empiezas bien el año!

Gruñidos incomprensibles. Esta es la traducción:

—¿Qué demonios hago tú aquí? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Quién eres?

Me frotó el pelo para recordar. La ropa blanca. Dialika es su nombre. Dialika me pone al corriente:

—Menuda has armado con el viejo. No te preocupes, está dormido.

Me incorporo en el asiento. Varios segundos de pánico. Me espabilo.

—Masson no tiene que enterarse. Si me pone de patitas en la calle, buena la he hecho.

—Sería una lástima —me susurra ella—, acabo de llegar. Ponte la bata. Toma, los zuecos.

¡Increíble! Me pillo una curda con un pavo de más de ochenta años y me despierto en brazos de una princesa negra que me besa en la boca para celebrar el Año Nuevo. Eso me recuerda un poema: «¡Feliz fin de año a todas y a todos! ¡Al sol, a la lluvia y a los dos reunidos!...». ¿De dónde ha salido? He debido de oírlo en alguna parte. No sé dónde.

15

Dialika trabaja aquí desde el 1 de diciembre. Quizá me la haya cruzado un par de veces sin prestarle atención, concentrado como estaba en la función de Navidad. Qué tonto: al lado de Dialika, la lectura, francamente...

En la sala de reposo le pido que se suelte el pelo. Para hacerlo levanta los brazos. Bajo la bata blanca, sus pechos suben frotando la tela. Se le marcan los pezones.

—¿Qué miras?

—Tu pelo, camarada enfermera. Te puede salir caro no llevar sujetador.

—¿Por ejemplo?

—Te mandaré la factura por SMS. Chao, chao, El señor Picquier está pachucho y no es momento de dejarlo solo.

SMS y lectura. Dialika/Jack London. Martin Eden a mi derecha. Una novela colosal, pero la partida está amañada. Dialika a mi izquierda, es el top de la jet. Me entreno para leer mientras tecleo mis SMS. Eso requiere un gran dominio del campo visual y un cerebro dividido en dos, cualidades esenciales para quien pretende leer en voz alta: trato de convencerme, pero el argumento no se sostiene. El Viejo Librero se resigna. A veces se impacienta. En general, comprende que hay rollo.

«Habitación vacía en el tercero. N.o 31. Tengo la llave. Dia.»

«Yes! 31 a las 18. Greg.»

A las 18.00 horas. Regla number one. Ser discretos total, de lo contrario, sin preaviso, a la puta calle. Somos discretos. Regla number two. Desde la habitación, Dialika me da la señal. El señor Picquier sonrío.

—Ya está bien por hoy. Jack London puede esperar. Mañana trata de concentrarte un poco más.

—¡Yes, yes, Mister Picquier! See you...

En el pasillo, en la escalera, con cara de póquer, corro como un loco. 31 a las 18. 31 a las 18. Abro la puerta de la habitación 31; 18 horas. Ella está allí. Sonriente. Una playa de arena fina en un decorado sin alma. La habitación espera a su siguiente víctima. Nadie sale de aquí vivo. Es así. Pero para nosotros es todo lo contrario. El 31 es nuestro nido. Nuestra guarida de traficantes. Aquí volvemos a nacer en quince minutos cronometrados. A menudo en menos. La regla number three, la más intransigente: no desatender la señal. Tenerla siempre a la vista o al oído. Eso mete tanta presión como un videojuego. La premisa de la casa es responder en el minuto siguiente a la llamada. Sesenta segundos más uno, y estás muerto. Es genial. No te desnudas nunca. Estiras los

botones a presión para abrir la ropa y obtener el máximo de contacto; desabrochas lo mínimo. A veces estás a punto de correrte o acabas de correrte y zuuum, la luz roja parpadea. Jadeos. Risas. Sin hacer nunca más ruido que una luciérnaga encandilada. Caricias silenciosas. Ella me magrea. Yo la magreo. Ella se vuelve a poner las bragas. Los botones de la bata. Sesenta segundos más uno. Y ahí está, digna del gran mito de la enfermera delicada y servicial.

—¿Diga, señora? ¿Ha llamado usted? ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Qué huelo a amor? Creo que es normal, Grégoire acaba de leerme. Lo adoro.

El amor. El deseo de amar. De ser amado. ¿Eso con qué se come, señor Picquier? ¿Qué nos dicen los libros? ¡No dicen nada! ¡Nada! No cuentes con ellos para que te enseñen por qué cada vez que te cruzas con Dialika en el pasillo algo se te alborota en el pecho y en los vaqueros. Y ella sabe que yo sé que ella lo sabe. Que todo pasa en nuestros ojos. Que nos tocamos sin tocarnos cuando nos pasamos una botella de coca-cola.

—¿Qué música escuchas?

Dialika me alcanza un auricular. Tiro del hilo. Veinte centímetros. Mi pelo naranja muy cortito justo al lado de su pelo largo crespo. Ella escucha a su ídolo. Tiken Jah Fakoly. Ni siquiera le da tiempo a hablarme, nuestras bocas se atrapan. Ya no se sueltan. Hace diez días yo era virgen, eyaculaba en todos mis sueños. Llevo menos de un año trabajando en Les Bleuets y soy príncipe y amante de una mujer diez años mayor que yo. Descubro a Venus y sus puntos culminantes. Territorios calipigios. No me hartó de mirar. No me hartó de sobar. El señor Picquier me da clases de lectura; Dialika, de geopolítica.

Dialika es enfermera. La señora Masson le paga el sueldo de auxiliar. Las dos partes están de acuerdo. Ventaja para Les Bleuets. Gana un tercio menos que los demás pero diez veces más de lo que le pagaban en Dakar por el mismo trabajo. Manda parte de su sueldo a su madre muy anciana, me dice. Yo, por mi parte, me pregunto si será mejor envejecer aquí, en Les Bleuets, o a orillas del río Senegal. Cuando se lo pregunto, Dialika me confiesa que le resulta chocante la suerte que nos espera cuando ya no servimos para nada en nuestra sociedad supuestamente avanzada. Esta forma que tenemos de amontonar a los viejos fuera de la vida del pueblo, del barrio donde están todas sus ataduras materiales y humanas, de estacionarlos en alturas como si estuviéramos manipulando productos, y sobre todo nuestra forma de explotar el final de la vida creando servicios igual que se gestionan productos. Ni remotamente piensa envejecer en Francia.

Sus gestiones para convalidar su diploma senegalés están en punto muerto. Nacida en Dakar, aprovechó un intercambio entre la escuela de enfermería senegalesa y una de Marsella con el mismo plan de estudios. Pagaban el viaje y los costes de alojamiento. Las dos ciudades, hermanadas, organizan operaciones de este tipo una vez al año. Al cabo de tres semanas, Dialika decidió que se quedaría ilegalmente en Francia y se las arreglaría para obtener un permiso de trabajo no-falso (permiso de residencia y santo grial del inmigrante clandestino): un matrimonio de conveniencia con un nativo de pura cepa o de adopción de la familia extensa para sacarse un carné de identidad con sello République française. Cinco largos años de desaires y disgustos de los que no habla nunca. «¡Yo miro hacia delante!», dice.

16

Las palabras del Viejo Librero son las de un profesional que se dirige al futuro aspirante. Las palabras de un entrenador empeñado en que su atleta alcance el nivel más alto.

—¡Te prometo que pronto leerás doce horas sin parar igual que respiras!

Mis lecturas de salón, como las llama la directora, congregan a una veintena de personas, nunca más, sobre todo mujeres. La parte masculina del público se reduce a su porción correspondiente por dos motivos: el primero, que no dan demasiada importancia a esas «historias para mujeres», y el segundo, porque los hombres viven menos. Sin afirmar que el segundo motivo se deduce del anterior, el señor Picquier cita muy a propósito a Christian Bobin: «Mientras alguien nos hable, morir es imposible».

Contando las familias de visita, mi audiencia sube a veces a veinticinco espectadores. Me instalo en el salón delante de la pantalla de la tele, que he apagado previamente. La señora Giroud y su amiga la señora Morel, ahora obligadas a bajar un piso, añoran nuestras sesiones íntimas en la habitación del Viejo Librero. La dirección no ve con buenos ojos el privilegio de esa intimidad. O se aprovechan todos, o no lo hace nadie. El compromiso es sencillo: una vez al día, lectura para todos en el salón, y durante el tiempo que me queda, lectura vis a vis, de habitación en habitación, para personas que ya no pueden moverse. Se puede decir que soy víctima de mi éxito. Leo sin parar, y Jérémy, el médico de Les Bleuets, lo tiene claro: con la aprobación de la señora Masson, prescribe mis lecturas como si fueran antidepresivos.

—Ah —le dice a uno o una que cae en la neurastenia—, ¡ya sé lo que necesita! ¡Le envío a Grégoire!

Avisa a Grégoire. Con el libro debajo del brazo, acudo y leo todo sin distinción. El periódico, el tiempo, el santo del día, las necrológicas, los nacimientos, las memorias de De Gaulle y las cartas de amor que me sacan de los cajones, hasta una de ruptura. Leo todo lo que me piden y, por supuesto, las estrellas en ascenso de mi joven repertorio. Corto aún, es cierto, pero que va tomando cuerpo, y a este respecto el Viejo Librero no deja de darme la brasa:

—Una buena voz sin repertorio no vale para nada. El repertorio hace al lector. Tómate tu tiempo. No te impacientes. Novela tras novela, libro de cuentos tras libro de cuentos, encontrarás perlas sobre los temas que más te gustan. Empieza por explorar tus propios gustos. Solo se lee bien lo que se ama. Escoge los textos divertidos o serios que desees compartir y poco a poco se forma una telaraña y tú te mueves como Pedro por su casa desde el centro. Entonces puedes crear programas por géneros o temáticas, regiones del mundo o nombres de autores. Caben todas las combinaciones posibles. No tardarás en aficionarte a ese juego. Es apasionante ver cómo los textos se hablan entre sí. Cómo a partir de una palabra piensas en un párrafo de otro libro que has

leído antes. Considera la literatura como una obra colectiva que mana continuamente, renaciendo cada vez de sus reflujos. Si llega a entrar en sintonía con la vida, entonces has dado con la obra maestra.

Hoy el médico, cuando visita al Viejo Librero, ante su ritual toma de tensión y sus preguntas habituales «¿Come bien? ¿Duerme bien? ¿Va bien al baño?»; no puede evitar este comentario:

—Señor Picquier está haciendo muy buen trabajo con su discípulo. Seis meses más y no harán falta farmacias.

—Pierde cuidado, abriremos librerías.

En el salón leo durante tres cuartos de hora. La mayoría oyen mal: no leo, me desgañito. Hoy, en el programa, la serie de los Pagnol.

Temporada 1 - La gloria de mi padre.

Temporada 2 - El castillo de mi madre.

Temporada 3 - La edad de los secretos.

Temporada 4 - La edad de los amores.

A su lado, Hollywood es poquita cosa. De una temporada a otra se olvidan de todo. Yo recuerdo los hechos. Quién es quién en la familia del niño Marcel. De este modo voy pasando sin darme cuenta del papel de lector al de narrador; eso cuando no paso al de actor, encarnando al padre, a la madre o a uno de sus abuelos.

En el salón de Les Bleuets, residentes, familiares de visita y colegas ríen a carcajadas, comentan y meten bulla.

El señor Picquier no asiste a mis lecturas.

—¡Demasiado esfuerzo! —me dice.

Pero se informa para comprobar mis avances. Somete a temibles interrogatorios a mis compañeros. Basta con que hayan asistido un momento para que el señor Picquier les fría a preguntas. ¿Se me ha oído bien? ¿Hasta el fondo de la sala? ¿He entonado bien cuando hacía falta? ¿Se han hecho una imagen de los personajes? ¿Del ambiente? ¿De las escenas? ¿Les ha gustado a las familias? ¿Me han aplaudido? ¿La sesión era muy larga? ¿Habría que acortarla? ¿Qué historia les había gustado más? ¿Había dejado que el texto viviera por si solo, sin ocupar yo todo el espacio? Porque, a diferencia del narrador o el actor, que debe llenar la pantalla para encarnar a su doble, defiende la idea de una presencia transparente del lector, desaparecido por completo en las palabras que proyecta. Solo el libro, irradiando.

¿El mejor elogio? Me lo hace Chantal, mi compañera de la cocina. Cuando puede, al acabar su turno, viene a escuchar. No durante mucho tiempo; tiene unos críos esperándola.

—Lo he visto todo, Grégoire, sí, lo he visto todo. La abuela, el abuelo, el viaje a París. Al final, cuando me he despertado, porque tu lectura es pura hipnosis, cuando me he despertado y me he dado cuenta de que eras tú quien nos llevaba a donde querías, me he dicho que tienes un don. ¡Con decirte que estuve a punto de olvidarme de mis hijos!

Esta noche, en la cena, la señora Raynaud rompe su silencio. En afasia total desde hace muchas semanas, parece que mi lectura en el salón ha vuelto a abrir una puertecita por la que se cuela hasta nosotros una palabra, una sola.

Está en la mesa, en su sitio de siempre, al lado del ventanal que da al jardín de Les Bleuets. Con las manos a ambos lados de su plato, espera a que le sirvan mirando la punta del tenedor. Con una voz prácticamente inaudible, balanceando la cabeza adelante y atrás, repite esta letanía:

«Flauta, flauta, flauta». Nos da igual lo que significa para ella esta palabra. ¿Será la flauta que hacía Lili, el personaje de Pagnol, justamente? ¿La del flautista de Hamelín? Vaya usted a saber. El señor Picquier está eufórico:

—Es lo que yo digo, los libros hablan a lo más profundo de nosotros —se burla del médico—, con su permiso, mi pequeño Jérémy, y con el permiso de los presentes, está lejos de mí la idea de alterar la política del ministerio de Sanidad, pero dese cuenta: con Grégoire se enjuga el déficit de la seguridad social. ¡A la mierda sus moléculas! ¡Viva la lectura! ¡Grégoire, sigue así! No lo olvides. ¡Empatía, empatía con tu público! ¿Sigues anotando los tiempos de lectura?

Mi cuaderno de notas, que me recuerda el instituto. Qué lejos ha quedado ya esa pesadilla. Mi cuaderno de notas es mi cuaderno de bitácora. Siguiendo los consejos del Viejo Librero, el principio siempre es técnico. Casi telegráfico. Fecha. Hora y lugar. Salón. Habitación, número... Señora Tal. Señor Cual. Luego, inspirado en Guy de Maupassant, que a menudo empieza sus relatos con el parte meteorológico, escribo unas palabras sobre el tiempo. Eso sirve para refrescar la memoria de ciertas personas sensibles a la luz del cielo: «¡Recuerde, cuando le leí este poema de Jacques Prévert lucía el sol!», o: «Era esa tarde de tormenta, cuando de repente se hizo de noche». A mí me viene muy bien porque, de lo contrario, lo mezclo todo. Los días. Las personas. Las lecturas.

En cuanto a los textos, apunto los títulos, el nombre de los escritores y el de su traductor. El Viejo Librero me ha enseñado a citarlos siempre para hacer justicia a su trabajo. Sin ellos, sin esa labor de intermediarios entre dos lenguas, muchas obras estarían siempre fuera de nuestro alcance. Con mis palabras, transcribo sus consejos.

—Te lo he dicho muchas veces, pero insisto: no sometas a tu audiencia a sesiones demasiado largas. Por si no lo sabes, escuchar es duro. Sobre todo aquí. Todo está gastado. Y si se duermen, que se duerman. Si tu voz llega a uno de cada diez, ya es un triunfo. ¡Apunta alto, muchacho! No estás en mi habitación. Tienes que hacer cine. Convéncete de que si ves lo que lees, entonces seguro que ellos ven lo que oyen. Al final de una lectura debes tener agujetas en los ojos. ¡Articula! Déjame ver tus mejillas. ¡Aprieta los labios! ¡Te faltan músculos! ¡Tienes que ser un atleta!

Es duro, pero de buen corazón. Gracias a él avanzo. Por ahora, ningún libro que no haya elegido él. Soy una «voz armada», como se dice de un brazo. Al final del invierno tengo las cuerdas vocales más musculosas que los muslos. Pero todavía me falta lo más importante. En las frases largas me quedo sin aliento.

—¡Ventila, Grégoire! ¡Ventila! ¡Los abdominales!

—¿Qué tienen que ver?

—Es de ahí de donde sale —trata de explicarme. Me señala el diafragma con el índice—. El pneuma. El viento. La columna de aire. Tu aliento tiene que apestar a sintaxis como algunos apestan a cebolla o a alcohol. Tu aliento, tu pneuma, es el vector de las herramientas del idioma. De las vocales, de las consonantes. Las vocales son el canto. Las consonantes son el sentido. Retórica básica. Tú transportas todo eso. Pero no son más que síntomas. La causa está oculta y para que salga, para que viaje lejos, para que se comparta, necesita el aliento. Aquí, en la cintura abdominal, como cuando gritas de punta a punta de la tierra frente a la oscuridad sideral: «¿Hay alguieeen?»).

—Señor Picquier, sea más claro. De acuerdo, me quedo sin aliento. En su habitación, cara a cara, a tan poca distancia, todo va sobre ruedas. En el salón, sin micrófono, me agoto.

—¿Te gusta nadar?

—¡Sí, claro! Soy un chico del canal, ya lo sabe.

—Para el aliento hay que nadar.

—En invierno no sé dónde, la piscina está cerrada.

—¡En el canal!

—¿Está usted loco?

—Te compras una máscara, un traje de buceo. Si quieres, te los pago yo.
Está loco.

17

Mañana de domingo. 10.00 horas. Día 24 de febrero. Temperatura exterior: cinco grados. Hace un año y tres semanas que trabajo en Les Bleuets. Es mi día de permiso. A pesar de eso, cita en el vestíbulo. Cuello de piel hasta las orejas, sombrero de fieltro gris claro en su cráneo pelado, el señor Picquier me espera en su silla de ruedas. Breve saludo. Está tenso. Yo, concentrado.

En dirección al canal. La parte trasera del edificio, en el extremo del jardín, da al camino de sirga. Dialika está de guardia. Es ella quien le ha vestido.

—El Señor Picquier no quería ponerse el sombrero. ¡Dile que está elegantísimo con él!

Malhumorado, no contesto; pienso más bien en lo que me espera, pero su entusiasmo es a prueba de bomba.

—Este señor Picquier es genial, ¡mira que querer entrenarte! Al señor Picquier no le importa el qué dirán.

Como ambos seguimos con cara de póquer, Dialika nos regaña cariñosamente:

—¿Qué pasa, niños, estáis de morros?

Dialika, mi Colina de Dulzura, mi Valle de Gentileza, mi Claro del Bosque generoso, te dedico la más adorable de mis sonrisas, con esos hoyuelos que se forman a cada lado de mis labios. Toma, mi Encanto.

—¡Claro que no! Estamos concentrados, eso es todo.

—Sí, ya lo veo.

Cuando vamos a salir le digo:

—No cojas frío, estaremos de vuelta a la hora de comer. ¿Vale?

Dos puñetazos cómplices en lo alto de mi pecho.

—¡Vale!

Treinta segundos de silencio. Mis pupilas en sus ojos. El Viejo Librero:

—¿Bueno qué, Grégoire? ¿Vamos?

—Sí, sí, vamos...

El canal está inmerso en la niebla. Las hojas muertas del otoño se pegan a las ruedas. El camino está embarrado en algunos trechos. Empujo con esfuerzo al señor Picquier. El Viejo Librero calla. Escucha: la grava bajo las ruedas, el silencio que se abre, que se cierra detrás de nosotros, el goteo que cae de las ramas y el cuchicheo de sus pensamientos. Nos acercamos al sitio que he localizado para el entrenamiento. Al venir de casa he dejado mi equipo en la esclusa de los pescadores. Hoy estaremos solos.

De pronto exclamo con aire falsamente festivo:

—¡Tampoco es que haga mucho calor!

El Viejo Librero, a lo suyo:

—¿Te sabes el texto?

Un texto de cuarenta y seis alejandrinos firmado por Victor Hugo, Escrito tras la visita a un presidio, que llevo dos semanas ensayando. Tiene que salirme sin pensar. Él confía en que sí, que saldrá. Yo también confío en ello.

Antes, al llegar al sitio, me retuerzo como un demente para enfundarme en el traje de buceo nuevecito. Estoy helado. Cuando he terminado, el Viejo Librero se aleja de mí para ver la pinta que tengo en mi uniforme de combate. Le dedico una sonrisa. Él me dedica un guiño. Me aseguro de que el freno de la silla está bien puesto. Menudo plan si se cae al canal. Protesta:

—¡Tú a lo tuyo! Esto es asunto mío.

Vale, ya voy. Atravieso las cañas y, poco a poco, voy bajando. La orilla es inestable. Mucho cieno. Me hundo hasta las rodillas. A medio muslo, miro al viejo.

—¡Qué fría está, joder!

Bromeo para darme ánimos.

—No te apresures. ¡Ve despacio! —me dice el Viejo Librero.

Noto en él un breve estremecimiento. Solo ahora se da cuenta de lo disparatado de esta aventura. Pero mi voluntarismo le tranquiliza. El agua me llega ya a las caderas. El agua me llega a los hombros. Su abrazo helado, poco a poco, se afloja. Se calienta en contacto con mi cuerpo y me envuelve de tibieza. Gracias, neopreno. Las dos esclusas entre las que he decidido entrenarme están separadas, unos trescientos metros.

—¡Señor Picquier, ya voy entrando en calor!

—¡OK! ¡OK! —Asiente con la cabeza—. ¡Yo también! —me grita, frotándose vigorosamente las rodillas, los brazos, el pecho y los hombros.

Solo falta que pille una pulmonía.

Para hacer el ejercicio al que me quiere someter el Viejo Librero, me muevo despacio, me tumbo en medio del canal y aprieto su espejo inmóvil. Braza ondulante. Esmerada. Silenciosa. Mis manos empujan una arruga que dibuja un triángulo hasta las orillas haciendo temblar el agua cenagosa bajo su banco de niebla. Sus fumarolas, sacudidas momentáneamente, se rehacen detrás de mí. Noto que yo mismo desaparezco en el ambiente. De presente a ausente. El señor Picquier no ha podido seguirme; me está esperando. Media vuelta. Le vislumbro de nuevo a través de mi máscara chorreante. El agua es turbia. Hace frío. No me importa. Dentro-fuera, con el diapasón del agua y de la niebla, le hago una señal. Respuesta afirmativa. Pulgar levantado. Empieza el ejercicio.

Es sencillo. Braza ondulante. Fuera del agua: inspirar. Cabeza bajo el agua: declamar de un tirón los catorce pies del primer alejandrino, proyectando hacia el fondo. Espirar el aire que queda. Fuera del agua: inspirar. Cabeza bajo el agua: declamar de un tirón los catorce pies del segundo alejandrino, y todos los que le siguen, haciendo lo mismo. El señor Picquier me asegura que si soplo con fuerza él puede oír el texto desde la orilla. Yo no estoy tan seguro, pero I am ready y I go. Cabeza bajo el agua: «En un niño que aprende...» —burbujas, burbujas, burbujas—, «... hemos ganado un hombre» —burbujas, burbujas, burbujas, bocanada, cabeza bajo el agua—, «... Cada cien presidiarios, hay noventa ladrones...» —burbujas, burbujas, burbujas, bocanada, cabeza bajo el agua—, «... no fueron a la escuela ni tan siquiera un día...» —más burbujas,

bocanada, cabeza bajo el agua— «... y no saben leer, y con una cruz firman...» —bocanada, cabeza bajo el agua. Una gallineta de agua, muy sorprendida por el jaleo que estoy armando esta mañana de domingo, chapotea justo delante de mí, pico en ristre, patas en el agua. Me muero de miedo. Me enderezo, pataleo y toso como un perro despavorido. El Viejo Librero, desde donde está, no ve nada. Se alarma:

—¿Va todo bien?

—¡Una gallineta de agua!

—Dile que es de Victor Hugo.

—Disculpe, señor Picquier, creo que se le están hinchando los..., las alas.

—¡Venga ya, Grégoire, conmigo puedes decir cojones!

Cabreado, me pongo a gritar:

—¡Señor Picquier, creo que a la gallineta le importa tres cojooones su Victor Hugo!

—¡Pues muy bien! No siempre se tiene el público que se quisiera. ¡Sigue!

El frío se apodera de mí. Aprieto los dientes. De pie en el agua, sin avanzar, me recito la segunda estrofa: «Dios de cuanto se escribe es el autor primero / y puso en esta tierra de hombres aturdidos / las alas de los ángeles en páginas de libros. / Cuando un hombre abre un libro encuentra alas que puede / abrir y volar alto, donde el alma se mueve. / Santuario es la escuela no menos que los templos. / El niño con el dedo repasa el alfabeto / y en cada letra halla una virtud; se enciende / el corazón con esa luz tan humilde y leve. / Dad pues al pequeñín un libro pequeñito. / Id, portando la lámpara, y que pueda seguiros».[5]

Vale, vamos allá. Impulso. Me inclino. Brazos estirados. Piernas estiradas. Cabeza en el agua. Me tumbo. Una brazada. Dos brazadas. Creyendo que dejo atrás al Viejo Librero en la niebla, echo un vistazo fuera del agua para ver si todo va bien. ¿Qué es lo que veo? A mi Picquier en el camino de sirga, la cabeza agachada, las manos en las ruedas, empuja que te empuja para mantenerse a mi altura y gritarme con voz de cómitre:

—¡Fuera! ¡Dentro! ¡Fuera! ¡Dentro! ¡Vamos! ¡Victor te está escuchando!

Yo declamo y nado. Inspirar el oxígeno. Espirar el poema. Intercambio gaseoso. Y debido a la sobreoxigenación, empieza a dar vueltas, la cabeza. Colocón. Ciego perdido. Un segundo. Sacudo mis neuronas. Respiro normalmente. Vuelvo a controlar. Me acerco a la orilla. Congelado, a cuatro patas, casi sin aliento, salgo del agua como puedo y subo por el talud. Consigo, mal que bien, quitarme mi traje de buceo. El señor Picquier rueda a mi encuentro.

—¡Toma, tu toalla! No cojas frío. Todos se me echarían encima.

Me seco. Me tiembla todo el cuerpo. Me castañetean los dientes. Articulo a duras penas:

—¡No se preocupe, señor Picquier! ¡Esto me gusta!

De la bolsa que lleva sobre las rodillas saca un termo que ha preparado Dialika. Un té caliente y dulce. ¡Genial! Me visto lo más rápido posible. El señor Picquier trata de desenroscar el tapón del termo. Irritado por el temblor de sus manos, renuncia.

—¡Sírvelte tú! Ni siquiera esto soy capaz de hacer.

Eso le exaspera. Sentado en el suelo sobre mi bolsa de deporte, termino de atarme los zapatos. Luego, con la taza de té en la mano, oigo cómo late mi sangre. Una impresión, muy fuerte, de estar vivo de la cabeza a los pies. Las once y media. Todavía demasiado grogui para hacer ningún comentario. Parece que el Viejo Librero quiere decir algo pero ese algo no acaba de salir. Veo que sus labios mascullan. Su memoria está buscando. Ya está, ya sale:

—«Las voces del agua son apenas metafóricas, el lenguaje del agua es una realidad poética directa, los arroyos y los ríos sonorizan con una extraña fidelidad los paisajes mudos, las aguas ruidosas enseñan a los pájaros y a los hombres a cantar, a hablar, a repetir, en suma, hay continuidad entre la palabra del agua y la palabra humana...». Tráeme una piedra plana —dice sin transición.

Miro a mi alrededor. Un trozo de pizarra.

—¡Aquí tiene!

Con las manos sobre las rodillas, sostiene un libro. Le alcanzo la piedra. La coge. La palpa un momento. La sopesa dos o tres veces con ademán de jugador de tabas. Parece que sirve para su propósito. Yo le miro, muy intrigado. Mete la piedra como un marcador entre las páginas del libro que acaba de abrir. Luego, convencido de que no se saldrá, siempre mudo, sin decir nada, vuelve a cerrar el libro. Yo veo, boquiabierto, cómo tira el libro al agua. El libro casi no rebota, por el poco impulso que el viejo ha podido darle. El libro vacila. Da tiempo a leer su título. El nombre de su autor. El agua y los sueños. Gaston Bachelard. Lastrado por su piedra plana, el libro se hunde por completo.

—Ya leerás eso más adelante. Venga, volvamos. Dialika nos está esperando.

18

Célestine se va a morir. La epidemia de gripe no perdona a Les Bleuets. El señor Picquier sale del apuro con unos rasguños, si se puede decir así, una bronquitis aguda que le convierte en un espectro. La señora Morel no tiene tanta suerte.

Lo bueno de las campañas de vacunación otoñales es que nos inoculan la culpabilidad: «Eres tú quien decide —parecen decir—, ¡pero si no te sacrificas, corres un grave riesgo!». El cien por cien de los residentes y el cien por cien del personal se sacrifica. ¡Viva la sanidad pública! Siete muertes a principios de febrero. Una ruina colectiva a beneficio de los grandes laboratorios farmacéuticos.

—Puede que sea —se plantea el señor Picquier— una campaña de eutanasia encubierta. El parque inmobiliario de la vejez es tan deficitario como el de las plazas de guardería. Hagamos sitio. Mutualicemos. ¡Bebés, abueletes, la misma lucha! Unamos fuerzas. Se llama «lo intergeneracional». Fíjate, cada vez abren más asilos de ancianos con guardería incorporada. Si consigues un empleo en la primera infancia o en la gran senescencia, puedes trabajar toda la vida pasando de una a otra sin cambiar de edificio.

De pronto se sume en un silencio de muy corta duración.

—No hagas caso de mis tonterías.

La rabia de sus palabras trata de ocultar en vano su tristeza. No es poca cosa ser vecinos en un asilo de ancianos. Eso crea vínculos. Las personas simpatizan. Se hacen pequeños favores. Charlan cortésmente, de lo divino y lo humano. Y desde nuestras lecturas en la habitación, una amistad sincera unía al Viejo Librero y su vecina. La lectura hace el cariño.

Les Bleuets no está preparada para atender hasta el final a las personas moribundas. Cuando la señora Morel entra en coma es inevitable que el servicio hospitalario se haga cargo de ella. La ambulancia aparcada con el portón abierto delante del vestíbulo de entrada siempre provoca el mismo comentario:

—¿A quién le ha tocado esta vez?

Varios cuellos descarnados se estiran. Se relajan. Resignadas, las cabezas oscilan. La ambulancia cierra el portón. Arranca sin poner en marcha la sirena ni la luz giratoria, con una confesión de impotencia e inutilidad, porque urgencia ya no hay. El señor Picquier va al grano:

—La señora Morel no tiene familia, ningún pariente. Me dictó estas palabras. Una última voluntad que tuve la precaución de hacerle firmar para que no hubiera ambigüedad. Ponte de acuerdo con tu querida directora; la señora Morel lo deseaba con toda su alma y sería una pena que se le negara este favor.

El señor Picquier me acerca un sobre blanco que contiene una hoja de cuaderno doblada en

cuatro. La desdoble. Reconozco la letra del Viejo Librero y, debajo, la firma de Célestine Morel, temblorosa pero perfectamente reconocible. «Querida señora Masson: Me gustaría que Grégoire me acompañara con la lectura lo más lejos posible. Gracias. Célestine Morel.»

—¡Grégoire! —La voz del Viejo Librero quebrada por un ataque de tos—. ¡No es el momento de llorar!

Me trago las lágrimas como puedo. Es la primera vez que me enfrento a la muerte de una persona querida. Nuestras reuniones de lectura nos hicieron cómplices, quizá por error, con una complicidad de nieto y abuela. No es fácil saber guardar las distancias cuando cada momento compartido te invita a dar tanto como recibes.

—A la señora Morel —prosigue el Viejo Librero— solo le quedan unas horas de vida. Le he pedido a Jérémy que escriba, iba a decir una «ordenanza», pero no exageremos, mejor una «recomendación». En el hospital te dejarán en paz.

El asunto está claro y no tiene vuelta de hoja.

—Ahí no se dice qué tengo que leerle.

—Lo que creas que más le ha gustado desde que asiste a tus lecturas. Lo que, tú también, tengas a bien ofrecerle.

—...

No contesto inmediatamente. Me remito a mi cuaderno de notas y, consultándolo en silencio, repaso títulos, autores, temas.

—¡Novecento, la leyenda del pianista en el océano, de Alessandro Baricco! Recuerdo que le gustó mucho.

—¡Excelente elección! No busques más. ¿Cuánto tiempo?

Consulto mi cuaderno.

—Una hora treinta y cinco.

—¡Perfecto!

La señora Morel había sido profesora de música en un instituto y había dedicado su vida a transmitir su amor a la música. Su amor a las músicas. Procuraba prestar atención a todos los géneros, aunque algunos le arrancaran un mohín dubitativo que parecía decir:

—No te puede gustar todo. Prométeme que no se lo dirás nunca a nadie —me exigió, confesándome que detestaba las músicas y las canciones llamadas de su época—. A fin de cuentas, Grégoire, puestos a cantar hay más cosas aparte de La Java bleue y Mon amant de Saint-Jean. Mira, haz la prueba de tararear las primeras notas de esas canciones inocentemente cuando pases por el salón. Ya verás lo que tarda en levantarse un coro de tarareos que añoran los viejos tiempos. A mí ese ambiente de vejestorios me deprime.

Una vez le pregunté si había compuesto su propia música, si había interpretado la de los demás y, en caso afirmativo, qué instrumento sabía tocar. Me reveló, con una voz llena de nostalgia, que solo el piano familiar, del que se separó al llegar a Les Bleuets, había acogido sus modestas veleidades de intérprete. Los relatos, los cuentos y las novelas que tenían algo que ver con la música, siquiera remotamente, le encantaban más que cualquier otra temática. Sobre todo el jazz. Me habló con pasión de «esa música degenerada que cruzó el Atlántico en 1918», precisaba con ese tono didáctico de profesora que no podía desprenderse de un oficio ejercido durante cuarenta años. «Las tropas americanas acababan de sacar a Europa de su cenagal y por entonces el viejo continente todavía estaba bajo tutela católica, una mentalidad mezquina que tú no puedes ni

imaginar. Veinte años después, en 1938, los nazis decían que el jazz era una música de negros, una música del diablo.» La señora Morel era inagotable, pero todo lo que me enseñaba sobre esa música de la que yo no tenía la más mínima idea me sorprendía menos que verla sentada, allí, acurrucada en su silla de ruedas, hablando con voz transfigurada, con la ropa más convencional de la vejez del lugar, falda recta, negra o gris, no sabría decirlo, dobladillo a media pierna, medias de contención hasta la rodilla, blusa malva de abuela bajo una mantilla cruda puesta sobre los hombros, juventud esfumada de su falda de lunares blancos muy ceñida a la cintura y ahuecada en corola de la cintura a las rodillas, que el swing la invitaba a llevar la noche de los sábados y los domingos en los clubes donde se tocaba la locura de moda, la locura de sus veinte años. Yo no podía entender aquel naufragio que solo hallaba compensación en el tiempo limitado de una lectura cara a cara. No le gustaban las lecturas en el salón. «¡Me gusta tenerte para mí solita!».

19

Al día siguiente. Hospital Ambroise-Paré. 15.25 horas. La señora Morel está sola. En el mismo momento, Grégoire Gélin. De presente a presente. Más solo todavía. Al menos esa es la impresión que tengo a unos metros de su habitación. La señora Masson y Jérémy han convalidado su última voluntad. La recepcionista, las enfermeras y los dos médicos gerontólogos del hospital están al corriente. Desde mi llegada a la recepción hasta esa habitación de color blanco inmaculado, es como si se desenrollara una larga alfombra a mi paso. Soy el joven lector de *Les Bleuets* que viene a leerle a Célestine Morel. Cada cual a su manera me hace una seña de complicidad. Algunos me miran con circunspección, quizá pensando que el gesto es noble pero a su juicio innecesario. «Ya verás, todo va bien. La morfina hace su trabajo. Ella no sufre y a juzgar por sus curvas, la señorita no tardará en estirar la pata.» Dicho así suena un poco bruto, pero creo que no anda lejos de la verdad. La señora Morel aún puede considerarse afortunada por no morir en una camilla arrumbada de cualquier manera en el pasillo de urgencias.

La enfermera que me acompaña comprueba que todo va bien a nivel de aparatos.

—Si me necesita, puede llamar tocando aquí.

Me muestra una perilla-timbre que cuelga en la cabecera de la cama y luego dice, con una sonrisita dubitativa:

—Le dejo.

Se retira. Cierra la puerta tras de sí. La señora Morel no se ha movido. Me quedo plantado como un bobo entre la puerta y el pie de su cama sin abrir la boca durante un siglo. El señor Picquier me ha aconsejado que sea natural. Nada más fácil.

—Buenos días, señora Morel.

—...

Mi voz sale distorsionada. Fracaso total. Empezamos bien. Como si tuviera que dejar un mensaje en el contestador de una persona con la que esperaba hablar de viva voz. Sin caer en algo del estilo «¡Tranqui, Célestine, soy Grégoire!»; no, en serio, ¿qué tono dar a la voz cuando te diriges a una persona sumida en un coma profundo?

Justo al lado de la cama, dos goteros enchufados en el hueco de su brazo izquierdo burbujan alternativamente y el tit-tit exasperante del monitor cardiaco marca las variaciones de un desfile de curvas que se desplazan de izquierda a derecha por una pantalla. De pie, con los brazos caídos y la bolsa de tela en bandolera, a solo unos centímetros de la mano derecha de Célestine, que posa, inerte, sobre la sábana embozada hasta la mitad de la manta bajo la cual adivino su silueta, al lado de esa cosa irreal, me pregunto si estoy realmente donde estoy y sobre todo por dónde voy a empezar mi diálogo. Me quedo ahí pasmado, no sé por cuánto tiempo.

Por suerte, el rebote y la indignación se acaban imponiendo. ¿Qué mierda de sociedad es esta, con tanta técnica, si no somos capaces de cogernos la mano cuando tenemos miedo, como se tiene miedo cuando se va a morir? Para eso no hace falta tener estudios. Basta con usar el coco. A la señora Morel le gustaba el jazz. No hace falta ser una lumbrera. Por fin mi voz es la justa:

—Señora Morel, he buscado en YouTube. Le he encontrado viejas piezas de Jelly Roll Morton, ¿recuerda?, el pianista en el que se inspira Baricco para representar en su libro el famoso duelo con Novecento.

No esperar una respuesta. Parece que es terrible, para quien ya no puede dialogar, el hecho de no poder responder. Continúo:

—Voy a ponerle los auriculares. No pondré el volumen muy fuerte. Ya verá. Tengo otros para mí y así podremos escucharlo juntos.

Lo tengo todo previsto. Dialika me ha prestado su extensión de dos salidas. Puedo quedarme sentado a su lado. Todos estos detalles superconcretos me dan aplomo.

—Después le leeré. Tenemos tiempo.

Sé que iba a los clubes de jazz. Me habló de ello muchas veces. Sus primeros trabajos de profesora la pasearon por las afueras de París. La noche de los sábados se lo pasaba bomba. Durante toda su vida, cuando oía a los grandes y a los menos grandes, sobre todo a los saxofonistas, vete a saber por qué, se hacía siempre la misma pregunta. Una pregunta que te hacía a ti si te habías ganado su amistad y su confianza.

—Si tuvieras que elegir, Grégoire, ¿qué preferirías? ¿Ser la música, el instrumento de la música, el músico o el que escucha?

Disfrutaba viendo los abismos de perplejidad que se pintaban en la cara de su interlocutor. Sin pensármelo dos veces, le dije que preferiría ser la música. Ella se rio, dándome un golpecito en la mano.

—Lo mismo que yo, Grégoire, a mí me gustaría ser la música. Sin instrumento ni músico, ni el que la oye, la música no existiría. Esa libertad de desaparecer a la vez que se crea, ese eco que perdura en el momento de su muerte, los obtiene solo gracias a los otros tres. La vanidad del músico al final de la pieza es tanta como la tristeza por haber terminado, y solo tiene un afán, volver a tocar. El instrumento está vacío como un lago seco que suplica un cielo azul, y el que escucha vibra aún con una felicidad que ya no está. Solo la nota es el instante sin futuro ni pasado. El presente absoluto, imposible para el humano. Y sin embargo no hay nada más impregnado que una pieza musical. Ayer, hoy y mañana se juntan en ella, expresados con una sola vibración del aire que la rodea.

Decía esto con voz de campanilla de invierno. Se olvidaba de su habitación, de sus dolores intratables. Volvía a empezar en sus recuerdos.

Su treinta cumpleaños. Plaza del Bateau-Lavoir, en el París bohemio, a la sombra de los castaños. Su cita en uno de los bancos. Llega puntual y él también. Enamorados, los dos. Se besan. Se cogen de la mano. Se acarician el pelo. Él le pasa el brazo por encima de los hombros y, con su voz de gran seductor, empieza así: «Esta noche he tenido un sueño».

Ella le escucha.

«Él podía hacer que crecieran tomates en la luna», eso decía ella.

«... he tenido un sueño en el que estábamos en este banco, abrazados como lo estamos ahora, abrazados, y al pie de la escalera que tenemos enfrente», le dice él, señalando la escalera con el

dedo, «una extraña figura, como salida de la muchedumbre, subía los escalones uno a uno avanzando lentamente hacia el banco donde estamos. Como llevaba una máscara blanca sin expresión e iba vestida de frac, no podíamos saber si era un hombre o una mujer. Lo único cierto era que llevaba en la palma de la mano izquierda una bandeja con una botella y dos copas. A diez metros de nosotros. Silenciosa. Andrógina...». Célestine no dice nada. Célestine está en la gloria. Se acurruca un poco más en el hueco de sus brazos. La voz de él se vuelve aún más cálida y más mimosa.

«... Y la extraña figura se inclina cortésmente ante ti, escanciadora silenciosa de una botella que nos ofrecía para celebrar tus treinta años. Cuando de repente, enderezándose, su pecho se abrió con este sonoro grito: “¡Champán!”».

Célestine, completamente embelesada, no da crédito a sus ojos y oídos cuando, a un par de metros del banco donde están abrazados, una figura idéntica a la descrita en el sueño aparece delante de ellos y con voz potente, grita: «¡Champán!».

Ella da un respingo, incrédula. Sus manos delante de la boca abierta expresan sorpresa y alegría a la vez cuando por fin se da cuenta de que la ha engañado. La figura de la máscara blanca es un amigo que se ha prestado a una representación perfectamente orquestada. Entonces se echa a reír con una alegría de cuento mientras bebe el champán que le sirve su amante, y mientras dura ese instante de felicidad el amigo posa la bandeja en el banco, igual que su doble del sueño, con los mismos ademanes elegantes, se pasa por el hombro un saxo alto, lo empalma, chupa la boquilla mientras coloca el instrumento sobre el negro de su frac y bajo sus dedos se desliza una serie de notas tan suaves como la mano del amante que acaricia el pelo de la amante.

Célestine me ha contado esta escena un montón de veces. Era su hazaña amorosa. Era su gloria.

Está con un pie en la tumba. Jelly Roll Morton se desmadra al piano. Yo golpeteo las notas en el borde de su muñeca. Necesito tocarla. Hacerle ver que no está sola en esta pecera. El Grégoire de Les Bleuets la acompaña hasta el final, como pidió por escrito. Después, piensa lo que quieras. Que se ha enterado. Que no se entera. Te da lo mismo. Te sientes bien por estar ahí. Es tu duelo por adelantado. ¡Oh! ¡Los muertos os vais, nosotros nos quedamos! ¿Y qué hacemos con nuestra pena? Mi pena voy a leérsela, Célestine. Baricco, el grandioso. Novecento, la leyenda del pianista en el océano. Abro el libro. Tenemos para dos horas en el barco. El Virginian. Rumbo a América. Los años veinte y el jazz. Célestine está radiante. Lo sé. Me lo digo una y otra vez. Me gustaría que el libro no terminara nunca. Retrasar la sentencia durante mil y una noches. Retenerla, Célestine, con toda la fuerza de las últimas palabras del libro repetidas con insistencia hasta que la fatiga, la pena, la tristeza, apaguen mi voz. Cuando paro de leer solo queda el glu glu de las dos perfusiones. Es horrible. En la pantalla la línea verde ya no se mueve.

20

La señora Giroud, su vecina, la misma con la que recorría los pasillos de Les Bleuets para mantener largas charlas sobre asuntos tan dispares como la música, la ganadería o la agricultura, la señora Giroud acusa el golpe. La muerte de Célestine la sume en una tristeza inconsolable. Ese paso contado y regular que imprimía a sus interminables discusiones, brazo arriba, brazo abajo, a veces con las manos, los dedos, enlazados en una ternura tan suya, ese paso ya se acabó; la señora Giroud está postrada, con la mirada perdida en pensamientos desconectados del mundo de los vivos. El señor Picquier ya no puede convencerla de que baje al salón a escuchar mis lecturas. El mecanismo se ha roto. Su contador se ha parado. La señora Giroud ni siquiera sale a los senderos del jardín como solía hacer para descubrir las primeras señales de la primavera. Como campesina de una pieza, sincera y sin dobleces, esa relación con una mujer de condición distinta a la suya iluminaba sus viejos días cuando ya su familia había dejado de hacerlo mucho tiempo atrás. La señora Giroud, al tratar con la señora Morel, se había fabricado un escudo, un escudo frágil de pequeñas alegrías sumadas contra el asalto de la desesperación en esta casa donde nada invita a esperar el paso de los días. La señora Giroud era una mujer dispuesta a vivir hasta el final, a toda costa. Sin que nadie pudiera imaginárselo, nos engañó a todos.

Para entrar y salir de Les Bleuets hacen falta dos códigos, el del portón exterior que da acceso al aparcamiento del personal y las familias, y otro para entrar en el vestíbulo. Estos códigos solo los conocen los parientes de visita y nosotros, los empleados. Tenemos orden de no facilitárselos a ningún residente. En realidad pocas veces tenemos que pulsarlos, porque Marie-Claire o Brigitte siempre están ahí para abrirnos desde la garita donde vigilan el trasiego de personas tanto en persona como a través de las pantallas. Hay cuatro. Una para cada cámara, que graba las idas y venidas siete días a la semana, veinticuatro horas al día. El único fallo del sistema es la puertecita que hay al fondo del jardín, con un código para los que quieran ir a la estación a pie siguiendo el camino de sirga: allí no hay cámara. Hasta ahora nadie se había preocupado de eso. Cuando la señora Giroud desapareció, la reacción lógica fue visionar las grabaciones de las cámaras de vigilancia de las doce horas transcurridas desde el supuesto momento de su desaparición, cuando Dialika habló con ella por última vez. Queda el misterio de la cancela por la que seguramente salió del jardín. ¿Cómo se enteró del código? ¿Alguien la había cerrado mal?

Domingo por la mañana, las ocho. Cambio de turno. Transmisión de consignas. Sin novedad. Puede que Les Bleuets recuerde a una cárcel, pero por suerte aún no tenemos mirillas para comprobar en cualquier momento la presencia o ausencia de los residentes en su habitación. La señora Giroud debe de estar lejos, pero de momento todos decidimos no llamar a la directora con la esperanza de que para la hora de comer todo haya vuelto a la normalidad y la señora Giroud

haya entrado sensatamente en el redil de Les Bleuets. La información me llega por SMS a las nueve y media:

«Ni rastro de la señora Giroud. Comprueba en las orillas del canal. Gracias. Día.»

Día de permiso. Grégoire pedalea. Maldita sea mi estampa. No creo que se haya ido a presumir al centro de la ciudad, con el bajón que tiene; lo que creo es que ha vuelto a sus tierras, a ver su granja, que está a cinco o seis kilómetros. Fue allí donde nació. Donde se casó. Donde crio a sus cuatro hijos. Toda una vida en vilo para que crecieran sanos y fuertes. Para que las vacas dieran terneros y leche. Para que el heno y la paja se recogieran a tiempo antes de que la lluvia los pudriese. Nada de vacaciones y menos aún de ternura en una pareja que no podía entregarse al placer ni un instante. En cambio, un amor al trabajo que nunca flaqueaba. Por eso me dirijo a las tierras de la meseta que domina la curva del canal, donde está la granja Bois-Petit, explotada hoy por un yerno y una hija que se desentienden del estado de salud de la vieja. Ha valido la pena llegar a este mirador. Parcelas de trigo verde. Trozos de un bosque amputado por inmensas extensiones de tierra amarilla donde, en el fondo de las vaguadas, afloran cicatrices de creta diseminadas de pedernal. Y por todas partes caminos que surcan las promesas del mes de marzo. Pedaleo con los pulmones llenos del olor de las primeras flores de los sauces, esperando divisar, cada vez que empieza una línea recta al fondo del camino de sirga, la silueta minúscula de la señora Giroud, empecinada en caminar hacia esta tierra que la imanta como el norte hace girar la aguja roja de las brújulas. Al cruzar la pasarela de la esclusa, una corola de luz extendida sobre el agua negra me fulmina. Frenazo reflejo. La rueda de atrás, bloqueada en seco, derrapa. Recupero el equilibrio. Con las manos aún crispadas sobre los frenos de mi bici, boquiabierto, no me muevo, miro.

La señora Giroud, brazos y piernas separados, cara contra el fondo del canal, flota en medio de su vestido rodeada de una veintena de pequeños bolsos de fantasía de vivos colores, algunos hechos de cuentas, con el brillo de abalorios, que se ponía sobre las caderas, el pecho y el vientre para salir de paseo. ¿Cómo creer en la realidad de lo que ven mis ojos? Ni siquiera puedo gritar. La impresión me lo impide. Durante una décima de segundo, la estampa me parece magnífica. La ligereza de un cuerpo que atravesaría un cielo de tormenta con esa aureola de bolsas, los famosos bolsos que arrancaban sonrisas en Les Bleuets. La señora Giroud y su fortuna inestimable. La señora Giroud y sus secretos. No salía nunca de su habitación sin haber pasado un buen rato escogiéndolos de entre las cerca de veinte que tenía. Con su lógica particular que obedecía a su escala de desplazamientos. Tres o cinco bolsitos para circular y conversar por los pasillos de la residencia en compañía de la señora Morel, y dos más como mínimo para adentrarse en los senderos del jardín. Para este último viaje, conté catorce en la superficie del agua, como una cabellera abandonada en el espejo de un pavo real. La Vouivre[6] de Les Bleuets ha dejado de vivir allí donde sigo, esperando ver pasar El agua y los sueños de Bachelard.

21

Habitación 24. Finales de marzo. Operación desinfección posdefunción. La señora Morel no tiene descendientes ni familia a la que entregar los pocos enseres que ha dejado, vestidos, baratijas, que debemos tirar sin contemplaciones. Hay fotos y documentos escritos archivados en un armario. Una etiqueta indica: Memorias de nuestros antepasados. Nombre. Apellido. Fechas y señas de cada persona difunta. Quince días después se repite la historia en la habitación 25. La única diferencia es que por primera y última vez los cuatro hijos de la señora Giroud se han desplazado hasta aquí. Cuatro buitres sobre una tibia blanqueada con lejía. Nada que rascar.

En descargo de conciencia y por si las moscas, la más joven verifica los contenidos de la bolsa, colocada bien a la vista sobre la cómoda. Me sorprende el esmero que ponen las personas, cuando pueden, en su último mensaje. En medio de un fajo apretado de esquelas mortuorias, cuidadosamente recortadas, amarillentas por los años, que anuncian la muerte de un centenar de personas, parientes, vecinos, conocidos lejanos, por lo que dicen sus hijos, que han quedado pasmados ante semejante lote, en un papel que llama la atención por su blancura, la señora Giroud les deja sus últimas palabras: «La vieja ha dejado de joderos. Que os den».

La habitación está vacía. Bueno, quedan la cama, la mesilla de noche, la cómoda, la silla de ruedas, la otra silla, la tele fijada a la pared de enfrente de la cama. Eso es todo. Me asombra la facilidad con que este mobiliario impersonal induce al olvido, más allá del fuerte olor de desinfectantes. «¿La señora Giroud, dice usted? ¡No la conozco! ¿La señora Morel? ¡Tampoco!» La habitación espera otra historia, otra vida a punto de venirse abajo en alguna parte de la ciudad o en el campo de los alrededores. El expediente de la señora o el señor, que ha estado durante semanas o meses sobre la pila, y por fin se despacha. La familia está impaciente. La persona en cuestión, no necesariamente. Si no sabe la que le están preparando, lo que viene la deja indiferente. La hora de la verdad.

Has vivido en una casa de dos pisos con garaje, trastero y desván, cuarto de invitados, cuarto de estar, cocina... Has pasado sesenta años de tu vida en un piso enorme o minúsculo y ahora tienes que hacer una selección de tus cosas. A partir de este momento vas a pasar tus últimos días en un espacio de siete u ocho metros cuadrados, para ti solo con suerte. Adiós al aparador de la bisabuela del comedor, adiós a la vajilla que contenía, adiós a todas esas cosas que ocupan demasiado. No van a caber en tu habitación. Tienes que elegir. Tendrán preferencia los objetos pequeños, no necesariamente decorativos, de esos que se van reuniendo a lo largo de una vida y se exhiben aquí o allá sobre una repisa de chimenea, una mesita baja o una vitrina. Cada objeto plantea una pregunta: si decides conservarlo porque forma parte de tu vida o te desprendes de él sin pena ni gloria porque ya no te trae ningún recuerdo especial. Las fotos son prácticas. Incluso

las analógicas en papel. Una caja. Grande o pequeña. Como mucho varios álbumes. Mañana, sin duda, nuestra vida se almacenará en algún dispositivo electrónico diminuto.

22

El señor Picquier es una excepción. A parte de los tres mil libros salvados del naufragio al llegar aquí, solo ha conservado algunos de esos objetos irrenunciables. Una brújula que está siempre encima de su primer diccionario. Primer premio de poesía en el último curso de primaria. Un Larousse elevado a la categoría de tótem.

—Un diccionario, Grégoire. Un diccionario y una brújula. Con ellos te sientes tranquilo, tiene sentido.

Y luego, para clasificar los tres mil títulos de su biblioteca alfabéticamente según el nombre de autor, veinticinco guijarros recogidos durante sus paseos. Veinticinco piedras con forma parecida a la de un libro para separar las veintiséis letras del alfabeto francés. Una historia por piedra.

—Cógelas, verás que son pesadas. La mayor parte las he encontrado en derrubios, en esos canchales que hay al pie de las paredes vertiginosas cuando caminas por la montaña. Pedazos, fragmentos, arrancados por el efecto combinado y alternado del viento, el agua, el hielo y el sol, aprovechando una grieta, una ranura insignificante entre dos estratos de varios milenios. Sabiduría mineral y vanidad humana. Mira este canto de basalto. Es negro. Pero antes de ser así de negro ha estado incandescente. Viene de Auvernia. Esta caliza cubierta de helechos. Fósiles. Este sueño vegetal me fascina. Colocada entre Bernard-Marie Koltès e Isidore Lucien Ducasse, conde de Lautréamont, me hace dudar de la fórmula «Al principio era el verbo y al final su corolario». Somos unos payasos.

Además de estos objetos, las piedras y los libros, existe un documento, incunable donde los haya, que tiene mucho interés en mostrarme. Un documento que, según dice, no le sobrevivirá si se cumple su voluntad de ser incinerado. Un documento de un valor simbólico enorme, afirma. Un documento que no ha vuelto a leer desde que se escribió, hace ahora unos cincuenta años.

—¿Me intriga, señor Picquier!

¿Será a causa del choque afectivo por la muerte de la señora Morel y el suicidio de la señora Giroud? ¿La angustia de morir sin haber contado un secreto que hoy considera demasiado pesado como para no compartir con alguien su carga? No lo sé. Pero una vez más, aunque la escenificación del Viejo Librero no es como la de la señora Giroud, me la tomaría a broma si no fuera conmovedor enterarse de una parte de su vida que ha ocultado con tanta astucia. Es bien sabido que el crimen perfecto, a menudo, incita a su autor a provocar a la policía para que descubra la sutileza de su estrategia. Pero ¿por qué hoy?

Me da un billete.

—Creo que llegará. Tráeme una luz ultravioleta. A ser posible una linterna.

Sin hacer preguntas le consigo el objeto y le devuelvo el cambio. Él coloca la linterna en la mesilla de noche.

—¿El sábado por la noche estás de guardia?

—Es lo que he visto en el horario.

—Ven a mi habitación a las diez.

A las diez de la noche del sábado me asomo por la puerta entornada y veo al viejo dormitando. La luz del baño se ha quedado encendida. Voy hacia su cama, me acerco mucho a su oreja, a la que se supone que oye mejor y, haciéndome el gracioso, le cuchicheo:

—¡Señor Picquier, soy el sereno!

Se incorpora con cara de pocos amigos. Me da miedo.

—¡Ah no, Grégoire, no es el momento!... Apaga la luz del váter.

—¿Le parece divertido darme esos sustos?

—Escúchame en vez de rezongar. Quítame la chaqueta y ayúdame a desnudarme el torso.

Su voz febril, sus gestos nerviosos, algunos desordenados, delatan una tensión inusitada.

—¿Es un estriptis?

—Sí, si lo quieres ver así.

En el borde de la cama, el señor Picquier se enrolla sobre sí mismo como un brote de helecho. Con las manos bajo las axilas, estira la piel de su espalda a lo ancho y me dice con voz autoritaria:

—Enfoca la espalda con la linterna.

—¡Señor Picquier, le froto la espalda todos los días, esto es un abuso!

—No te pido que me frotes la espalda, te pido que enfoques el hombro izquierdo con la linterna.

Lo hago a regañadientes; a veces los caprichos del Viejo Librero me tocan las narices.

—¡Ya va, ya va! Un poco de paciencia, señor Picquier.

Me peleo un momento con el interruptor y, ya está, un haz de luz ultravioleta ilumina su hombro izquierdo.

—¿Lo puedes leer?

—¡No me lo puedo creer! ¡Un tatuaje!

—¡Sí, señor! Un tatuaje hecho con tinta invisible. Echa un vistazo a lo que está escrito. Quiero que lo sepas. Hace cincuenta años que arrastro ese cilicio en la espalda.

Solo hay texto. Las letras están hundidas en la dermis.

«¡Oh, cuántos grandes palacios, cuántas bellas moradas, cuántos nobles edificios, otrora llenos de familias, de señores y de damas, se vaciaron hasta el más humilde servidor!» En la inserción del hombro, una arruga me impide seguir leyendo.

—¡Estira! Es fuerte, más fuerte que el papel.

Con la linterna en la mano izquierda, estiro la piel con la derecha. Letra a letra. Palabra a palabra. A la luz de los rayos ultravioleta, se revela el segundo párrafo:

«¡Oh, cuántos memorables linajes, cuántas vastas haciendas, cuántas ilustres riquezas se quedaron sin sucesor legítimo! ¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas damas, cuántos donosos donceles, a quienes no otros sino Galeno, Hipócrates o Esculapio habrían juzgado en perfecta salud, almorzaron por la mañana con sus padres, compañeros y amigos, y al llegar la

noche cenaron en el otro mundo con sus difuntos...»

El texto se interrumpe con tres puntos suspensivos.

—¿Cuál es el mensaje?

—Florencia, Grégoire, la peste negra, 1348.

—...

—La peste negra en el Decamerón, de Don Giovanni Boccaccio, también conocido como Juan Boca de Oro. No te dice nada.

—Pues no.

—Para los gais, esa historia de sida, ese castigo justo según dicen algunos comemaricas, para nosotros, el paralelismo con el libro era llamativo. Boccaccio daba en el clavo. Poner en escena la flor y nata de la juventud florentina y hacer que rechace, en el contexto de la época, los rezos y las contriciones, al parecer los únicos medios de salvar los cuerpos y las almas según la gazmoñería católica, fue una jugada genial. Siete mujeres jóvenes. Tres hombres jóvenes. Salvados de la peste. Todos más hermosos que los dioses, y por supuesto ricos, se exilian a varios kilómetros de la ciudad y se proponen inventar un relato cada uno, uno por cada día de los diez que van a estar allí. Diez por diez igual a cien. Una creación falsamente oral, meditada y pensada para ser un libro que se oponga al castigo divino. Al principio era el verbo, uve minúscula. ¡Basta de mayúsculas! El sida nos diezma. Y nosotros éramos unos descreídos. Y mi amigo que se contagia por mi culpa, una historia complicada, pues yo mismo no contraí el virus; te ahorro los detalles de una época en que vivíamos peligrosamente, en que no se anunciaba aún, como hoy, la molécula o la vacuna milagrosa que se disputan los científicos y los laboratorios. Esa enfermedad solo tenía un final. Fatal. La palabra nos hacía brillar en un resplandor pasajero. Adelantábamos por la derecha, por el arcén. Amábamos la muerte. Cuando conduces, normalmente no te imaginas la de estupideces que llegas a cometer por pura desesperación. A mi amigo le juré que me aprendería de memoria los cien cuentos de Boccaccio si él salía con vida. Seis meses después se murió. Me puse a darle vueltas a cómo expresar mi dolor, mi culpabilidad indeleble. Un tatuaje. Hartazgo. La expresión literal. Mi hartazgo de su cuerpo. Del mío. El impedimento de nuestras pieles. El contacto sesgado. Delante de ti. La decadencia infernal. Asco de mí mismo. Sintíéndome el único culpable. Mi amor inocente. Su última mirada. Yo, vivo. Por todo eso, decidí pincharme con agujas, esperando que en la punta de las agujas las palabras borrarán lo indecible con ese texto formidable, casi expiatorio, imperceptible a simple vista, que solo un haz de luz ultravioleta revelaría si un día quería que se revelara.

El tatuaje termina con esta frase: «Para siempre en la piel».

¿Cuántas veces he pasado la manopla del baño sobre este juramento sin sospechar su presencia silenciosa y fosforescente? ¿Cuántos amantes lo han agarrado con la fuerza de su abrazo? El señor Picquier solo tuvo un amor, y a ese amor, él lo había matado.

¿Impresionado? La palabra se queda corta. Lo que acaba de confesarme y el secreto que me impone me abrumba a mis veinte años. He olvidado apagar la linterna. Lleva dos horas y media transformando todos los objetos de la habitación. Las sábanas. Los dientes. El blanco de los ojos. En medio de un silencio insoportable, el señor Picquier no puede contener las lágrimas. Sé que no le gusta mucho, pero es la única respuesta que se me ocurre. Lo abrazo muy fuerte. Mi móvil no deja de vibrar. Cada timbrado silencioso hace temblar la tela de mi bolsillo. Una llamada por minuto. Dialika. Dialika. Dialika. Estaba acordado. A las doce y cuarto de la noche en la habitación 31. Diez minutos de retraso. Él acaba sonriendo.

—Me parece que te espera otra sesión de lectura. ¡Corre!

23

Dialika. Dialika. Norte. Este. Oeste. Sur. Azimut y brújula. Dialika. Ya dura más de seis meses. Por SMS. Amor flashmob. En el cuarto de la ropa blanca cuando no está Dany. En las habitaciones que esperan un nuevo inquilino. Sin una palabra. Nos escabullimos, huimos de las miradas. El señor Picquier nos recomienda que seamos prudentes. Si la cosa se llegara a saber, podría acabar mal. El 13 de julio. Los dos en la azotea de Les Bleuets. Alrededor, la ciudad, y allá a lo lejos, en los muelles del puerto deportivo, la muchedumbre que mira al cielo y grita: «¡Ooooooh! ¡El azul, qué bonito! ¡Ooooooh!»». Nosotros en pelotas sobre la grava de la azotea, a la que está prohibido subir salvo para el mantenimiento de la climatización. El cuerpo brillante de los paraguas de fuego se abre sobre nuestras cabezas. La negra, qué bonita. El blanco, qué bonito. Bailamos. Derribamos nuestras bastillas sobre la cabeza de los yayos y las yayas atiborrados de calmantes, de soledad y de desamparo, que no oyen nada de la vida ni de nuestros gritos. Nos damos un revolcón y, como quien no ha roto un plato, muy formalitos, vamos a reunirnos con nuestros compañeros en la sala de descanso.

Bajamos de la azotea por la escalera de servicio que da al pasillo del segundo piso. Dialika se para en seco. Me coge el brazo y, con una señal silenciosa de la cabeza, me indica la presencia de una silueta frente a nosotros, al fondo del pasillo. Una silueta masculina. ¿Un compañero de ronda? Imposible, la única que tiene guardia en esta zona es Dialika. ¿Un residente? Eso parece. Reconozco al señor Roubaud. ¿Qué hace ahí? El señor Roubaud se aloja en el primer piso. Joder, esto sí que es un notición: sin llamar a la puerta, entra en la habitación de Michèle Berthelot, la señorita Alzheimer que tiene menos de sesenta años. Linda como una flor, pero sin nada en la cabeza. Dialika aprieta los labios y se pone el dedo índice delante. Top secret. Nos miramos. Nos echamos a reír silenciosamente. Presumíamos de ser los únicos que follábamos en Les Bleuets, ¡qué equivocados estábamos! Aquí hay viejos que todavía se empalman, viejas cachondas y algunos que disfrutan de lo lindo montándose juntos.

Mi ingenuidad sorprende a mis compañeros.

—¿Dónde crees que estás? ¿En el tanatorio? Mientras estamos vivos no pensamos en otra cosa. Es un secreto a voces: Roubaud es un fenómeno.

Yo creía que Les Bleuets estaba en coma. En cambio, por la noche, tres o cuatro puertas de habitación se entreabren discretamente con la esperanza de una visita. Los cuerpos se van a pique, pero el deseo sigue siendo el mismo. Ser seducidos. Seducir. Gozar. Acariciar. Son verbos sin edad. El señor Roubaud solo conoce el presente de indicativo, y esas damas lo aprecian. A veces, me explican, los celos de alguna por una rival desatan su lengua para soltar alguna maledicencia de corta duración, porque una suerte de «sororidad de sexo» las mantiene unidas, como un puñado

de elegidas que comparten por turno esa valiosa mercancía que sería una lástima desperdiciar. Noche tras noche, el bueno de Roubaud, que no es ningún adonis, va de habitación en habitación como quien va a un cementerio a recoger fuegos fatuos. Al respecto, Jérémy el médico lo tiene claro:

—¡Con esto y las lecturas de Grégoire, los matasanos ya pueden ir quitándose las batas!

24

La residencia lleva treinta y cinco años abandonada a su suerte. Desde su construcción y su puesta en servicio, no se ha llevado a cabo ninguna reforma. Las pequeñas averías, el mantenimiento ordinario, corren a cargo de Jocelyn, el manitas, que puede hacer frente a cualquier urgencia. Como siempre, se producen en momentos en que es imposible hacer venir a un profesional —a las tres de la madrugada o un domingo de fin de semana largo. Mientras se espera la intervención de las empresas contratadas por Les Bleuets, Jocelyn está disponible las veinticuatro horas del día. Da seguridad.

Todos le adoran. Es una joya. Cincuenta y seis años. Podría ser mi padre. Pelo entrecano. Jovial en todas las circunstancias. Bombillas fundidas. Pilas de mando de televisor gastadas. Una cama atascada. Colgar un marco. Chapuzas de carpintería, fontanería, calefacción, sanitarios, electricidad. Jocelyn por aquí, Jocelyn por allá. Jocelyn no para. Y besos a las mujeres. Apretones de mano a los hombres. Una estrella del espectáculo. Nada parece afectar su buen humor, ni siquiera un problemón de atasco en el colector n.º 3. Traslado urgente de diez residentes a habitaciones libres y que no estén conectadas a esa cañería. Un auténtico rompecabezas. Todo el mundo está de puente. Sopodex, la empresa de mantenimiento, no puede hacerse cargo de la avería hasta mediados de la semana próxima. Jocelyn, como de costumbre, se pone manos a la obra: corta el agua, desatasca, crea el vacío en metros y metros de cañería, trata de entender dónde está el problema. Trabaja como un condenado en los váteres de la habitación 18, justo debajo de la 28 donde, en plena lectura con el señor Picquier, le oigo refunfuñar como si estuviera a nuestro lado. Veo, sorprendido, que el señor Picquier me señala con la barbilla el cuarto de baño.

—¿Está ahí? —me pregunta.

—No, qué va, trabaja en la habitación que está debajo, en el primero.

El señor Picquier levanta las cejas.

—¡Caramba, es asombroso!

Para mí no hay ningún misterio, aparte de la simple transmisión de la voz por donde generalmente circulan otras materias. ¡Nada del otro mundo! Me dispongo a reanudar la lectura cuando, con tono de gran conspirador, el señor Picquier pone la mano sobre el texto de Céline que le estoy leyendo.

—¡No, no, Grégoire! Viaje al fin de la noche puede esperar, tenemos algo mejor que hacer. ¡Dile a Jocelyn que es la hora de la lectura!

Me echo a reír.

—¡Qué fuerte, señor Picquier!

Voy corriendo al cuarto de baño, me arrodillo al pie del inodoro y, con las manos a cada lado

del agujero y la cabeza lo más cerca posible del sifón vaciado de agua, aspirando olores horribles, llamo a Jocelyn:

—¡Eh! ¡Jocelyn! ¿Me oyes?

—...

Largo silencio. Luego, como una voz de ultratumba:

—¡Estoy currando, joder!

—El señor Picquier te pregunta si quieres que te lea.

—¡Ja, ja! Qué divertido.

La conexión es inmejorable. El Viejo Librero y yo estamos boquiabiertos. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes? Si es que es de cajón: al sacar el agua de los sifones, los tubos, llenos de aire, se comunican entre sí y transportan los sonidos y en especial las voces. Natural. El señor Picquier le da al coco.

—Grégoire, ahí tenemos nuestro medio de comunicación. ¡Radio Bleuets, Radio Bleuets, los cagones hablan a los cagones!

Tiene voz de miembro de la resistencia transmitiendo un mensaje cifrado en una vieja película de guerra. No puedo detenerle. Su plan está en marcha.

—Dile a Jocelyn que suba cuando haya terminado.

Vuelta al tubo.

—¡Jocelyn! Cuando termines pasa a vernos, el señor Picquier quiere pedirte algo.

—¡Vale! Dentro de una horita estoy allí.

Jocelyn se reúne con nosotros. Puede que menos fogoso que de costumbre, pero cuando nos ve con tanta energía recupera su buen humor.

—¡Vaya, vaya! ¿Ahora os enteráis de que se puede hablar de un retrete a otro?

El señor Picquier se sulfura.

—Oye, Jocelyn, no todo el mundo trabaja en las cañerías. Tú sí. Quiero todos los planos de los colectores de la residencia y luego te lo explico.

Como pasa siempre con él, el asunto es sencillo. Del primer piso al tercero pasando por el segundo, donde se aloja, quiere saber cuántas habitaciones están servidas por el mismo colector que el de su baño o, lo que es lo mismo, cuántas habitaciones se comunican entre sí si se vacían los sifones.

Jocelyn es categórico.

—No hacen falta planos. La red es como un árbol que se ramifica a partir de un tronco común mientras va subiendo por los pisos. En cada nivel, cuatro ramas, cuatro habitaciones. Multiplicado por tres pisos. Vuestra habitación está en red con otras once. Cuatro encima, cuatro debajo y tres alrededor, aquí en el segundo. También puedo deciros quién es quién, si queréis.

El Viejo Librero aplaude.

—¡Sí, sí, Jocelyn, dinos quién es quién!

—Encima de vuestras cabezas tenéis a la señora Berthelot, la pequeña señora con alzhéimer, a la señora Vidy y al señor Busnel. La 31 está vacía.

La imagen de Dialika me pasa furtivamente por la cabeza. Jocelyn continúa con su enumeración.

—Bajo vuestros pies tenéis a la señora Richepin, a la señora Derrida, a la señora Richard y a

la señora Andreux. A los que hay que añadir los dos aseos para las familias de visita. Y ya conocéis a vuestros vecinos más cercanos: la difunta señora Giroud, su habitación está vacía, el señor Roubaud, la señora Bréhaut, que acaba de ocupar la habitación de Célestine y usted, señor Picquier. Ya los hemos repasado a todos.

—¡Estupendo! Gracias, Jocelyn.

Mitad de la semana. Sopodex hace su trabajo y todos olvidan rápidamente las averías del colector n.º 3. ¿Todos? El señor Picquier no olvida nada. Su idea de la radio no le deja ni un momento de respiro.

—¡Grégoire, vamos a leer El Infierno!

—...

No sé lo que quiere decir.

—El Infierno, Grégoire, son todos esos libros que la moral prohíbe poner a disposición del gran público. Aquí tengo algunos. Hay que atreverse a lo que nadie se ha atrevido. Leer guarradas en un asilo de ancianos. ¡Vas a hacer que tiemblen las paredes!

De momento el que tiembla soy yo.

25

19.45. Residencia Les Bleuets. Hora a la que aquí todo cae en letargia. El turno de noche ocupa sus puestos. Las teles ronronean. Muchos ya duermen profundamente. Masson, sobre todo, nos deja en paz. Sale del edificio hacia las siete de la tarde y vuelve muy pocas veces, dos o tres al año, cuando el problema requiere que la jefa tome decisiones in situ. El último de ellos: el alboroto montado por el trágico fin de la señora Giroud. Lo último que le hacía falta a Les Bleuets era ese tipo de publicidad. Los bomberos. Los gendarmes. Toda la investigación. Los artículos en la prensa y, claro está, el revuelo que una situación así provoca en los que todavía conservan la lucidez. No se construyen parques de viejos en las afueras de la ciudad para que luego lleguen estas noticias. ¡Silencio, residencias! No arméis jaleo que, mientras tanto, en el otro lado, a falta de vivir, trabajamos.

Ya estoy instalado. Cómodamente no es la palabra. Titubeo. Sentado en un taburete y con el cuerpo inclinado sobre la taza del váter, o simplemente arrodillado sobre un cojín con la cabeza apoyada en el borde. En ambos casos, no sé dónde poner el libro. El Viejo Librero había acordado con Jocelyn que lo mejor era emitir desde su taza. En la mitad del recorrido del colector. Entre la planta baja y el tercer piso, mi voz es prácticamente equidistante de las trece tazas receptoras, contando las dos que hay para las visitas, catorce con la de la habitación vacía del tercero. Dialika me ha prometido que estará allí.

La noticia ha corrido como la pólvora. El Viejo Librero quiere audiencia. A excepción del personal de oficina y de nuestra jerarquía suprema, toda el edificio está al loro. Cada cual en su puesto. Tenemos que sacar el agua de los catorce sifones en el menor tiempo posible. Por una vez no habido dificultad de reclutamiento para manejar desatascadores y escobillas: el cachondeo excita al personal.

Bueno, la verdad es que un váter no es precisamente un estudio, y una taza tampoco es un micrófono. Aquí no hay lucecita roja o verde para indicar que estás en antena o fuera de antena. Pero todo está listo. Las ocho en punto. Ancianas y ancianos, vecinos nuestros con quien compartimos el secreto, cuidadores, cuidadoras, enfermeros y enfermeras de guardia, Jocelyn que no pinta nada pero no se lo quiere perder, todos están ahí; la audiencia roza las treinta personas. Aspiro profundamente y me lanzo:

—¡Radio Bleuets! ¡Radio Bleuets! ¡Aquí el Infierno!

Silencio. Lo que tardan las palabras en pasar por las tuberías. Dos segundos. Apenas. Respuesta inmediata. Una enorme carcajada estalla desde la planta baja hasta el tercero, seguida de una ronda de aplausos. En medio de todo, la risa alegre de Dialika. La red está hasta los topes. ¡Velocidad de transferencia muy muy alta! Cuando vuelve la calma, con voz suave y armoniosa,

sin preámbulos, empiezo a leer. Me imagino al público. Al final de los conductos. Su tensión. Su escucha. Instalado como puede encima y alrededor de las tazas. El Viejo Librero está seguro de lo que hace.

Cuando termino de leer pongo voz de seductor:

—Queridas oyentes, queridos oyentes, acaban ustedes de escuchar un extracto de La mujer de papel de Françoise Rey. Que pasen una buena noche y no olviden la cita de mañana a las veinte horas. ¡Radio Bleuets! ¡Radio Bleuets! ¡Aquí el Infierrrrno!

Aplausos. Alboroto. Griterío. Varios residentes, sacados de su primer sueño, salen de la habitación, perdidos por los pasillos, en camisón, pijama o calzoncillos, inquietos.

—¿Qué pasa?

Los que están al corriente los tranquilizan:

—¡Duerma tranquilo! ¡Es una broma de Grégoire!

Cierro la tapa del váter. El señor Picquier me felicita.

—¡Has estado perfecto!

Aparece Dialika. Se me echa al cuello en cuanto me ve.

—¡Eh, mi estrella de la radio! ¡Ha sido genial! Se te oía de perlas.

Y poco a poco todos mis compañeros, tras asegurarse de que el rebaño ha vuelto al redil, vienen a vernos uno tras otro.

—¡Bravo, Grégoire! ¡Felicidades, señor Picquier! ¡Menudo par están hechos!

Pasado el entusiasmo, el Viejo Librero me retiene y me pide unos minutos de atención.

—Quiero que se te meta en la cabeza por qué ha salido tan bien. Recuerda el principio de la escalera. Empiezas por un título accesible, como La mujer de papel, lo que yo llamo una Vaguada y, peldaño a peldaño, vas acompañando a tu público hacia Los de la Cima, hacia esos libros que requieren una capacidad superior de escucha. No lo hagas nunca al revés, porque los pierdes. Si te digo El coño de Irene, de Louis Aragon, Las once mil vergas, de Guillaume Apollinaire, Le château de Cène, de Bernard Noël... no te sonarán de nada, y no es grave. Hay una larga lista de libros publicados clandestinamente, con seudónimo, de autores que fueron procesados y sus libros, prohibidos, libros que con el paso del tiempo no han perdido un ápice de su fuerza original. Pronto tu público más versado reclamará por sí mismo ese nivel. Pero, tanto para ellos como para ti, cada cosa a su tiempo. Disfrutemos de algunas Vaguadas más. Mañana por la noche, Anaïs Nin; el domingo por la noche, Charles Bukowski.

Además de atrevernos cada vez a más, la audiencia supera completamente nuestras expectativas. Es difícil que semejante entusiasmo colectivo se mantenga en secreto mucho tiempo. De un día para otro, nuestro auditorio, compuesto por un puñado de personal de retén, se duplica y triplica. Los colegas de los compañeros. En realidad, dado que el personal es muy femenino, las colegas de las compañeras. El Viejo Librero me guiña el ojo.

—¡No se cazan moscas con vinagre!

Ya no podemos parar.

El lunes por la mañana, la dirección, al corriente de todo, nos para los pies. No han convocado en la sala de reuniones. La señora Masson en su esplendor. Se dirige a nosotros, su personal, en el que había depositado toda su confianza, confianza traicionada por algunos que se portan como colegiales. Nosotros, riéndonos para nuestros adentros, con la mirada fija en la punta de nuestros zapatos.

—¡Lo que ha pasado este fin de semana en esta casa es inadmisible! Señor Picquier, esa historia de la radio clandestina tiene que acabar inmediatamente. ¡No quiero que esta casa se convierta en un burdel! Grégoire, vuelve a las lecturas correctas, te lo advierto, o te pongo de patitas en la calle ¡y será sin preaviso!

Me río disimulando el acojone.

El escándalo ha corrido por la ciudad. El señor Picquier se obstina en decir que esta mujer no entiende nada de la vida.

—¿Es que no ve cómo hacemos vivir a sus Bleuets? Acabará por saberse que aquí nos lo pasamos pipa. Gracias a nosotros va a tener su tasa de ocupación al cien por cien.

26

Mi madre, abatida por el rumor:

—Grégoire, ¿cómo se te ocurre leer esas obscenidades?

—Mamá, no son obscenidades. ¡Es literatura!

Esa palabra, tan extraña en mi boca.

—No es eso lo que me dicen mis clientas. Están consternadas. Me han hablado de un viejo librero, ¿el señor Picquier?

—Sí, el señor Picquier.

—¿Es ese viejo chiflado el que te calienta la cabeza? ¿Es que quieres perder el empleo?

Llevo un año y medio trabajando en Les Bleuets. Por fin mi madre levanta la vista de la máquina de coser. Me mira, sorprendida, como si fuera un forastero. Dentro de unos meses cumpliré veinte años y ella sigue viéndome como un crío de tres. Tomo la iniciativa para acercar posturas.

—No te preocupes, mamá.

Le pongo las manos en los hombros, pero siento que su irritación va en aumento.

—Todo irá bien. El señor Picquier no es ningún chiflado. Me enseña el oficio.

—¿Qué oficio?

—¡El oficio de lector!

—No entiendo nada de lo que dices.

—Déjalo. Mamá...

Cómo me gustaría ablandarla, lograr que me dedicara un poco de tiempo.

—Mamá.

No hay forma. Sin la menor empatía, me mira con ojos llenos de reproche en los que puedo ver la miseria que soporta a lo largo del día mientras su hijo lee historias indecentes en un asilo de ancianos. Mi abogado defensor se ha quedado en Les Bleuets. Señor Picquier, explíquele a mi madre que se puede vivir leyendo libros.

—No, Grégoire, no expliques nada. Coge un libro. Ponte cómodo y léeselo. Una novela que la haga llorar a mares; solo entonces ella se dignará a reconocer que su hijo ha madurado sin la ayuda de nadie. Lo que entra en la cabeza tiene que pasar por el corazón. El taller de María Clara, de Marguerite Audoux. ¡Si no llora con eso, me tiño el pelo de verde manzana!

—Mamá.

—...

—He pensado...

—¡No es el momento, Grégoire!

—He pensado que este libro te gustaría.

—Escucha, Grégoire. La señora Théron llega dentro de tres cuartos de hora, si su abrigo no está terminado...

—Me pongo aquí en un rincón. Leo. Tú me escuchas. No te impido trabajar.

No me lo pone fácil. Oigo a mi madre farfullar entre el alfiler que lleva siempre en los labios: «Si su abrigo no está terminado, el turco estará encantado de hacer su dobladillo. Cobra menos por los arreglos, y yo, si salgo adelante, es gracias a estos encargos. A los grandes talleres de confección les dedico mucho más tiempo de lo que les facturo. Qué gracioso, el niño».

Cuarenta minutos, he leído las primeras páginas de una vida de esclavitud distinta de la suya, pero a mi madre parece que le ha gustado. El timbre de la puerta la devuelve a la realidad.

—Ve a abrir.

Sí, ya lo sé, a la señora Théron no le gusta esperar. A la señora Théron le gusta darse aires. Cuando abro la puerta, se sorprende.

—¡Ah! ¿Estás aquí? Al menos no te han despedido.

—No, aún no.

—Me quedo más tranquila.

¡Será hipócrita! Ha chillado más fuerte que toda la jauría.

—El relato de tus tonterías ha corrido por toda la ciudad, imagínate. A mi marido, esas cosas le divierten. Es un hombre. Yo me pongo en el lugar de tu madre. Está preocupada, ¿cómo no va a estarlo? Tendrías que buscarte un oficio, Grégoire, uno de verdad. Tu madre se revienta a trabajar.

¿Por qué no cerrará esa boca? Y mi madre, que le acerca una silla a la señora Théron. Y mi madre, que le pregunta si el café lo quiere con uno o dos terrones de azúcar. Mamá, mamá querida, levanta la cabeza. Mándalas a la mierda, a la señora Théron y a sus maneras. Cojo mi libro para encerrarme en mi cuarto. Apenas me he dado la vuelta cuando esa bruja prosigue:

—¡Un joven apuesto, señora Gélin! Un joven que gusta a las mujeres, ¿sabe? ¿Ya conoce a su novia?

¡Ah, no! ¡Eso no, señora Théron, eso sí que no! Ni se te ocurra mencionar a Dialika. Vuelvo a bajar los tres escalones y la corto en seco.

—Señora Théron.

—¿Sí?

—¿Ha venido aquí para recoger un abrigo?

—...

—Mamá, ¿está listo el abrigo de la señora Théron?

—Sí, está listo, pero ¿qué mosca te ha picado?

Mi madre farfulla unas palabras.

—Es una conversación entre madres; lárgate.

La señora Théron, más viciosa que nunca.

—¡Pues sí que es susceptible su chico, señora Gélin!

Luego, dirigiéndose a mí directamente:

—Es una mujer muy linda, Grégoire, creo que hacéis muy buena pareja.

La mejor defensa es el ataque.

—Tiene razón, señora Théron. Justamente hablaba de eso el otro día con su marido, que vino a visitarnos. ¡Hay que reconocer que las africanas follan como leonas! Él parecía estar de acuerdo.

—...

—...

Mi madre derrama su taza. Su cucharilla cae sobre las baldosas. Abre los ojos de par en par y, con una voz próxima al sofoco, me dice:

—¿Qué es eso, Grégoire?

Conociendo la simpatía de la señora Théron por la extrema derecha y su credo —«¡Fuera extranjeros!»—, mi broma no le hace gracia a nadie y mucho menos a la señora Theron. Es evidente que le he parado los pies; tira la toalla. Muy digna, posa delicadamente su taza en la mesa, se seca las comisuras con su pañuelito, se levanta, se estira la falda y le pregunta a mi madre:

—¿Cuánto le debo por el abrigo?

Mi madre no sabe dónde meterse. Balbucea una disculpa:

—Ya me pagará la próxima vez, señora Théron.

Intervengo y hablo clarito:

—Sabes muy bien que la señora Théron no va a volver. ¡Dile cuánto te debe y estáis en paz! Esta mujer no tiene nada que hacer en nuestra casa.

La escena cobra tintes dramáticos. Mi madre se deshace en lágrimas. Yo le digo a la señora Théron que coja su abrigo, pague lo que debe y se vaya. Cuando vuelvo junto a mi madre trato de consolarla como puedo.

—Mamá, si tienes alguna falta de ingresos, te prometo que te ayudaré. Me han hecho fijo. Animador de primera categoría. No tengo gastos. No tengo coche. No pago alquiler.

Mi madre llora de fatiga, de rencor, de un absceso que tardaba en reventar, un absceso que era incapaz de reventarse ella misma. Soportar sin decir nada a esas víboras que se alimentan de chismes, que se pasan todo el santo día diciendo maldades con cara de no haber roto nunca un plato. ¡Acaba confesándome que he hecho bien en dar puerta a esa «malparida»! Ya era hora de que mi mamaíta se soltara.

—Eh, mamá, ¿me oyes?

Para felicitarla por su salida de tono le doy un beso en la sien.

—¡No hay mal que por bien no venga!

Ella recobra la lucidez.

—Nunca me has hablado de tu novia. Ya puedes ir empezando, ¡aquí todos parecen estar al corriente menos tu madre!

—Te va a gustar, estoy seguro.

—No lo dudo, pero dime cómo se llama.

—¡Dialika!

—¿Dialika? ¡Qué bonito!

—Es senegalesa.

Mi mamaíta no rechista.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en Les Bleuets. Es enfermera.

—¡Enfermera! Eso es un oficio.

27

El señor Picquier está fuera de control. Yo me muestro enamorado. Me muestro insolente y cruel como uno es a los veinte años. ¿Puedo ignorar su malestar? Por supuesto que no; sé muy bien que prefiere tenerme a su lado solo para él. Su Grégoire. Su lector. Dialika es un obstáculo. Sin embargo, lo que sí puedo pasar por alto son sus celos; eso no lo veo. No lo quiero ver. Dialika me lo advierte:

—No se pasa todo ese tiempo juntos en una habitación sin que eso se traduzca en un gesto o una palabra. Tú proporcionas el fuego, ¡no te quejes si luego hay un incendio! ¡Abre los ojos!

Hasta ahora mi candidez protegía su pudor. Un pudor atrapado en la trampa de un sentimiento del que él habría preferido librarse, de eso estoy seguro. Tener a su lado mi juventud sin poder tocarla bajo pretexto de orgullo, de moral o de ambas cosas, no tarda en convertirse en un suplicio de Tántalo. La contención empieza a fallar.

Celos, inconsciencia o la locura de seducir una vez más antes de morir: la insistencia con que ese día rectifica la posición de mis manos en el libro me abre los ojos. Percibo su ternura obligada a no superar el límite del gesto técnico. Cuando nuestras miradas se cruzan, quizá no habían alcanzado nunca tal intensidad. Mi sorpresa es real. La prueba es que me ruborizo. Él entorna los párpados, se inclina hacia mis manos, inspira la dulzura de mi piel, luego levanta la cabeza y vuelve a posar sus ojos en los míos. Al saberse descubierto, opta por el silencio. Reanuda la lectura. Entonces mi timbre de voz es el de un tirano, el de alguien que conoce el sufrimiento del otro sin la menor intención de atenuarlo. Seducir, vivir y morir. El Viejo Librero ha llegado al tercer escalón.

28

Para mí, nada podrá reemplazar las sesiones de entrenamiento en el canal. Voy solo. Por la noche. Después de pasar horas leyendo de habitación en habitación, hablando con el Viejo Librero sobre el contenido de mis sesiones, sobre la pertinencia de mis selecciones. Él suelta por fin la brida; ambos lo deseamos. La tensión requerida por mi concentración, ese escuchar a los demás, mi estupor ante todos esos sufrimientos; yo, parado frente a eso, lleno de vida. Un insulto. Y muchas cosas más. Cuando me alejo de Les Bleuets, estoy agotado por haber tenido durante tanto tiempo ese peso mortífero sobre la cabeza.

Al acercarme al agua, lo primero que hago es respirar. El olor a cieno. Primitivo. Mi ser social y cultural se desvanece. Desengancho la voz de sus palabras. Ya no soy más que un grito. Salto. Torso desnudo. En bañador. Con gafas de rana en los ojos.

Ahora que estamos en octubre, el aire es más suave, un poco más fresco, pero bañarse en octubre tiene su encanto; una delicia. La luz está impregnada de frutos. Los pájaros, algunos de ellos, ya aspiran ese aroma de despedida. Oigo un arrendajo. Siempre el mismo. Con la puntualidad de un tren TER, se mueve de fresno en fresno por la orilla del canal. Me echo a nadar entre las hojas muertas que se dejan llevar por la corriente como se deslizan los zapateros por el agua sobre sus patas hidrófobas. Mi memoria se vuelve blanda, se desintegra como el libro de Bachelard ha debido de desintegrarse desde que un viejo librero lo tirara al agua para enseñarme la infiltración. Recuerdo una piedra plana que encontré cerca de la esclusa donde nado ahora. Con los hombros relucientes en el día que declina.

A veces nado hasta que anochece. Entre las dos esclusas hay trescientos metros. Ida-vuelta. Dos veces. Un kilómetro doscientos. Limpieza de la mente. Feliz de estar simplemente bajo la luna. De olvidar lo que me espera.

—¡Ah! ¡Grégoire, eres joven! Aprovecha... La vida pasa tan deprisa...

Tonterías. Una vida es larga. Tengo veinte años. Trabajar cuarenta años. Cuarenta y cinco. Mi vientre, mi garganta, todo se agarrota. Me veo al final, como ellos, lamentándolo todo. El viejo me ha pasado sus muletas. La lectura. ¿Y qué? Aquí, en el agua, no hay minusvalía. Avanzas a fuerza de brazos. Ya no sabes quién lleva al otro, si tú o el agua, y es bueno dudar de los límites. Tirándome al canal. El cuerpo y su zambullida. Nada alrededor. El silencio, o si acaso una garza iracunda.

Una noche, más tenso que de costumbre, me empeño en ir al canal aunque amenace tormenta. Unas nubes negras dan a las hojas amarillas de los chopos una pátina brillante de monedas de oro en el fondo de una cueva. Todo tiembla. Todo se estremece. Un cañonazo mudo subleva el horizonte. Los rayos acentúan los movimientos de mi natación. Pasa una primera borrasca cargada

de hojas y agua, horizontal, paralela al camino de sirga, paralela al canal, al ritmo de mi cuerpo obstinado en aflojar esa tenaza que me oprime. Entonces el cielo se derrumba.

Un estruendo de lluvia. Pavoroso. Vertical. Disfruto de dos aguas. Una fría, que llega de muy arriba. La otra tibia, recibiendo millones de pinchazos que mi piel de pelirrojo reparte por un metro ochenta de largo. Imagino un pueblo que no envejezca nunca, que no tenga que conocer el horror de los pañales que apestan a pis, la mierda ácida que provoca eritema, las carnes ajadas, todas esas fugas de tuberías. Para quitármelo de la cabeza, me pongo boca arriba. Brazos separados, boca abierta al diluvio; hago la plancha en un estanque de nenúfares. El recuerdo de la señora Giroud me atormenta.

29

El canal es un reino donde ordeno mis pensamientos. Solo. Concentrado. Aislado. No oigo nada. Salvo mi respiración. Pluf o ploc. Sea lo que sea, ha caído a dos dedos de mi cabeza. ¡Me están tirando piedras!

Me pongo de pie. Veo una figura en el camino de sirga. Cuando me quito las gafas de bucear lo veo mejor: son dos, Dany Basura y un tipo al que conozco del instituto. Cada uno con una lata de cerveza, tranquilos, se acercan, siguen apedreando. Instintivamente me acerco a la otra orilla, pero por ese lado no podría subir porque las planchas de hierro clavadas profundamente en el suelo para proteger las orillas de la erosión no dejan escapatoria. Son astutos. Lo han comprendido.

Los dos se paran a mi altura, con una sonrisa torcida, esa sonrisa del depredador que ve a su presa acorralada. Dany con su voz grosera, su tono agrio, se burla. Se dirige a su colega:

—¿Te acuerdas del chico Gélin, el pelirrojillo que suspendió en bachillerato como tú, el mismo año? Con esa carita angelical. El viejo maricón de la librería lo ha enchufado. Ya no pega ni clavo. El señorito se dedica a la lectura. Se da aires. ¡Míralo, se entrena!

Se lleva la lata a los labios, echa la cabeza hacia atrás y apura la cerveza hasta la última gota. Satisfecho, se seca con el revés de la manga y luego, con una fuerza de toro, aplasta la lata, la compacta en una bola y me la tira a la cara. Se ríe.

—¿Quién la mama, tú o él, eh?

No hago pie. Desaparezco bajo el agua. Trato de librarme de ellos. Es inútil. Me siguen tranquilamente. Me dominan a dos metros. Me lanzan piedras al ritmo de los insultos.

—¡Eh, mariquita, te estamos hablando!

No consigo ver cuál de los dos me tira las piedras más gordas. Cada vez están más envalentonados.

—¡Los párkinson son los mejores para las pajas!

Dany blande una piedra enorme. Todo va muy deprisa. El miedo o qué sé yo. Con un solo movimiento me arrojo al cañaveral. Trago agua. Sabor repugnante. Toso. Ellos se tronchan.

—¡Traga, mamarracha!

Sin aliento, alelado, pataleo. Tiro las gafas al agua. Lleno de barro, trato de ponerme de pie. El espectáculo les encanta. Ya no tengo miedo.

—¡Una palabra más y os parto la jeta!

Saliendo a duras penas del cañaveral, alcanzo la orilla. Chorreando barro, hojas, hecho una furia, sin pensar, me abalanzo sobre Dany. Lo agarro por la cintura y vuelvo a caer al canal sujetándolo con mis brazos. Apenas le da tiempo a gritar:

—¡Para, no jodas, que no sé nadar!

Dany Basura ya no es tan valiente. El agua apenas nos llega a la cintura, y él tiene los ojos desorbitados. Yo, en el canal; es mi terreno. Conozco sus bancos con la punta de los dedos de mis pies. No hay madriguera de rata almizclera que no me resulte familiar. Dany se hunde en el cieno. Con voz irreconocible, cagado de miedo, implora:

—¡Déjate de hostias, coño, ayúdame a subir!

En la orilla, su colega, impotente, nos ve chapotear. Luego, saliendo de su estupor, se agobia:

—¡Vale ya, estábamos de coña!

Justamente el argumento que no cuela. Tú no conoces a Dany, con él nunca se está de coña. Con él siempre se trata de herir, de humillar, de pisotear. Se me llevan todos los demonios. No puedo parar. Golpeo. Grito. Chillo:

—¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz! Le leo a quien me da la gana. Y me pagan. ¡Cierra el pico! ¡Cierra el pico!

Dany da manotazos. Se protege como puede. Despavorido, acaba cayéndose al lodo. Su colega no puede más. Grita con todas sus fuerzas:

—¡Gélin! ¡Para!

Nunca nadie había gritado mi nombre así. La sacudida es brutal. Me detengo. Lo miro. Miro a Dany, a gatas en el cieno. Saco cuentas: he perdido mis gafas de buceo, pero Dany ya no volverá a la carga. Me lanzo al canal. Me enjuago y luego nado dejando tras de mí una estela de cieno.

30

Ceux de 14, de Maurice Genevoix. Decimoséptima sesión. Un diario en que el escritor, joven por aquel entonces, relata el día a día de la Gran Guerra con todo detalle. El señor Picquier me confiesa sin rodeos:

—Ese periodo de la historia siempre me ha fascinado.

Leo el horror. Descubro una guerra como ningún profesor me la habría podido enseñar.

Sin avisar, como hace a menudo, me corta en medio de mi lectura y rebusca de improviso en su vivero inagotable de preguntas:

—Dime, Grégoire, ¿hay algún héroe en cuya piel te gustaría meterte?

Largo silencio, y de pronto, yéndome por las ramas, contesto sin vacilar:

—Un árbol.

Mi respuesta me sorprende. Es más, sorprende al viejo, porque el libro de Genevoix nos habla de valentía en términos que no tienen nada que ver con un árbol.

—¿Un árbol? Explícate.

—Lo he dicho por decir.

—¡Tatatá! Busca bien, nada se dice al azar.

Sí, es verdad, nada se dice al azar, de modo que trato de encontrar algo que justifique semejante respuesta, pero cuando abro la boca tengo la impresión de que otro habla por mí. Es una impresión extraña, como si me estuviera escuchando a mí mismo:

—Me gustan los árboles y siento por ellos, en general, admiración y respeto; son las primeras palabras que se me ocurren. Si tuviera que ser uno de ellos, sería ese viejo sauce que está en medio del pantano, más abajo del canal, ya sabe, cerca de la esclusa donde me entreno.

Reflexiono. Me doy tiempo para formarme la imagen. En mi mente está muy clara. Con ojos que no ven el presente de la habitación donde estamos. Prosigo, más pensativo que nunca:

—Ese árbol es único. Comprenderá que es un héroe con el que puedo identificarme fácilmente. Está solo. El pantano que lo rodea es inmenso. Sus raíces se hunden en la turba y sus ramas se abren como un paraguas de color mercurio. En verano, las vacas descansan a su sombra. Es un héroe y además protege.

—Suele ocurrir.

—De arriba abajo está hendido; de hecho, está abierto en dos. Mire, como el libro de Genevoix.

Le enseño Ceux de 14 colocado en el atril. Edición de bolsillo. Enorme. Grueso.

—El rayo de una tormenta, eso es todo.

—No, no lo creo. Más bien me parece del resultado de la lenta acción de los parásitos. Unas polillas perforadoras u otros devoradores de celulosa. La putrefacción del corazón es roja por un lado y blanca por el otro, y ambas partes miran hacia abajo en una simetría casi perfecta. El acodo de las dos ramas, que también son raíces, las asemeja a trompas de tapires que hozan la tierra. Chupa. Bombea. Dígalo como quiera. Eso es ser un árbol, señor Picquier. Es esa lucha. Esa batalla que no llega a la crueldad. Que no llega a lo humano. Que no llega a las Vaguadas y todos los horrores que leemos en este libro. Delante de este árbol, no se ría, lo diré con sus palabras, delante de este árbol, «somos unos payasos».

Me mira estupefacto. Ojos como platos. No sin dificultad, se endereza en su asiento y me amenaza con el índice derecho. Su brazo, su mano, su boca, tiemblan. Exclama, colérico:

—Cállate, Grégoire. Te prohíbo la desesperación. Eres demasiado joven.

Un acceso de tos lo sacude. Se ahoga. Yo me obstino:

—¡Pero si no es desesperación, señor Picquier! Es amor a otra cosa...

—¿Amor a otra cosa? A ver, explícamelo.

Me dispongo a decir lo que sea con tal de que él no tenga la última palabra; no en vano, ya tengo mi cuota de Viejo Librero y de sus lecciones, pero Dialika nos interrumpe:

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa, colegas? ¿Es la guerra? ¡Se os oye hasta en el aparcamiento!

Dialika. La hora del pinchazo. Su irrupción alegre me hace volver a la realidad de Les Bleuets. El señor Picquier echa los pulmones por la boca. Le paso su caja de pañuelos.

—¿Qué es lo que le pone en este estado? —le pregunta ella.

El señor Picquier señala con la barbilla el libro de Genevoix abierto en el atril. Su tos se vuelve inextinguible. Dialika cierra el libro para leer el título en la cubierta.

—Me alarma usted, señor Picquier, ¿es que no tiene otra cosa para leer? Como premio, túmbese. Vamos, sea amable, bájese un poco el pantalón y deme una nalga.

—¡Solo se la presto monada, solo se la presto!

—Como quiera. Lo que me gustaría es que dejara de toser, eso le fatiga.

El cuidado que pone Dialika en su ritual acentúa aún más el silencio en el que me he sumido. No me reconozco. Me dispongo a salir de la habitación para dejarlos tranquilos.

—No, Grégoire, por favor, quédate un poco más —me pide el viejo.

Tumbado en la cama, con el pantalón bajado lo justo, una mano en la almohada y la otra en el brazo de la silla de ruedas, la cara vuelta hacia la ventana, esforzándose por evitar otro acceso de tos, el señor Picquier empieza un largo murmullo:

—A fuerza de oír con los ojos cerrados a mi padre plantar árboles, me preguntaba si teniéndolos verdaderamente abiertos estaría en condiciones de viajar por todos los bosques...

Por muy discreta que sea Dialika, toda una gama de ruiditos acompaña sus movimientos y acompasa el murmullo del anciano.

—... Admitiendo que sea así, con el pie torcido en una rodera, debo confesar que no. La experiencia es humana, contestaba él a mi afán obstinado de escribir textos, y un poco como esas nieblas que se disipan, comprendo de repente mediante un río interpuesto el inexplicable deseo adonde se dirigían mis raíces. Necesitaba, creo yo, un verdadero guía cuando el agua me cogió la mano. Porque incluso antes de haber pensado en todo lo que ella podía escribir, mi mano me llevaba a donde el agua siempre nos dirige, allí donde las hojas al final de las ramas llaman a las vocalizaciones. Sempiterna consecuencia de estas cuestiones de pájaros, es posible que todavía

tengan la piel de los labios suave; desde hoy, a mi salvaje pendiente, quiero oírme decir el apocalipsis en la flor de las aguas, donde gritos frondosos con medias palabras, arroyos y bocas se alimentan con cuchara en el fondo de los nidos cuando acuden a poner en ellos los aguaceros de marzo o de abril. Todo es caduco y es señal de que hace muchísimo se acabó el tiempo de las hachas. Oigo con claridad cómo viene el de las tronzaderas. La lluvia gota a gota que mezcla nuestro sudor con el de los forestales es aquella donde la leyenda tiene por principio invadir todas las sillas con musgo.

El señor Picquier cierra los ojos. Dialika le aprieta la nalga con un algodón. El poema ha terminado. Me habría gustado que siguiera un poco.

—¡Misión cumplida, señor Picquier! ¿De quién es?

—¿El poema? Mío. Lo escribí yo hace sesenta años. Vivía en el campo. A mi padre le gustaban los árboles. Cuando Grégoire me dijo que eran sus héroes lo recordé de golpe. Es extraña la memoria.

Dialika me mira.

—¿¡Tus héroes, los árboles!?

No digo nada. Mudo.

Dialika volverá a la carga.

—¿Ha publicado usted?

—No, nunca.

—¡Sería un buen proyecto, señor Picquier!

El Viejo Librero sonrío.

—¡Qué simpática eres! En serio, ¿has visto a alguien entrar aquí con proyectos?

—Precisamente, eso lo cambiaría. ¡A su manera, sea un árbol! Conviértase en su héroe.

Me señala con el dedo. Su candor desconcertante me incita a hacer las paces. Con el Viejo Librero no debería ser un problema; conmigo mismo, ya veremos. Ella recoge su material y luego se va mirando al señor Picquier.

—¡Cuento con usted!

31

La carpeta de cartoné era amarilla. Amarillo limón. Una carpeta de solapa con dos gomas cruzadas en las esquinas, abajo a la derecha y arriba. Dentro, el equivalente a una resma de textos manuscritos en letras mayúsculas con bolígrafo azul en hojas cuadriculadas. Un tesoro que el tiempo se divierte en amarillear un poco más cada año. El señor Picquier no las tiene todas consigo:

—Haré lo que me pides, Grégoire, con una condición. Estos textos no deben salir de aquí. Léelos en la habitación. No soportaría estar lejos de ellos.

—¿Ni siquiera para fotocopiarlos?

—No, lo siento.

En la carpeta se puede leer: El santuario de los tumultos.

—¿El título?

—Si te fijas, verás que no es la misma letra. Puse ese título mucho después de haberlos reunido. Fue un poco como cerrar una caja de Pandora esperando no tener que abrirla nunca. Está llena de mis veinte años. Llena de todas las pasiones que nos asaltan un día cuando somos jóvenes, y luego, según lo que nos depara la vida, la mayoría se convierten en panoplias marchitas. Los sacamos para la ocasión, como un Día de Difuntos en que, una vez al año, se recuerda lo que es sentir pena. ¡Esta carpeta amarilla es un cementerio, Grégoire! He puesto Santuario; es más...

—¿Poético?

—Sí, es más sonoro. Estos poemas me permitieron ser feliz el tiempo que pasé escribiéndolos. Es todo lo que les pedía. No veo qué interés puede tener leerlos hoy.

Los he leído. Los releo por segunda vez. Cuando un poema me gusta, lo copio. Él está de acuerdo. Y sobre todo los ensayo en voz alta. Algunos son muy físicos.

—Levanta los pies —me dice—, pero solo los talones, para quedar en suspenso mientras dure el hemistiquio. Sigue el movimiento con los brazos. Baja, sube, déjate ganar por el ritmo de las palabras. Ya verás, es hipnótico.

De pie entre su cama y la ventana, tengo poco espacio, pero ardo en deseos de ensayar esa ósmosis entre un texto y mi cuerpo como nunca lo había hecho antes.

—«En el hueco espantoso de los altos precipicios / De desierto en desierto nutriendo a cada uno / Magnífica en el viento a lomos de unos asnos / Caravana que viene sin jamás alcanzar / Alcanzar alcanzar / Alcanzar alcanzar / Alcanzar alcanfor / Oasis alcanfor sin jamás regresar solo el cuerpo que el grito de las chovas desgarrar...»

—Chasquidos de lengua apuntando con las dos manos ante ti como revólveres. Catorce chasquidos. Todo en siete: dos veces siete y el último en veintiuno.

Hago lo que me dice. Chasquidos de lengua como me pide el Viejo Librero y prosigo:

—«Cuando al fin sin salida sin poder esconderse / En inmensos barrancos de la furia solar / Suicidas en la estufa de la tierra abrasada / Sepamos ser de aquellos que desmontan sin miedo / Como en tiempos pirómanos sin jamás alcanzar / Alcanzar alcanzar / Alcanzar alcanfor / Oasis alcanfor sin jamás regresar solo el cuerpo que el grito de las chovas desgarrar...»

—Chasquidos de lengua. Catorce chasquidos.

—«Flamante y adornada con galas de uppercuts / Para arrojar pavesas de frases a la lona / Cuántas ratas a la idiotez del corte del jarrete / Hosanna al más digno de los años amistosos / La cerilla ha sido vencida, y precisamente sin tener la más remota idea de dónde podrían estar los dichosos extintores...»

—Corte violento. Te encoges y esperas a que el silencio haga el resto.

Sin resuello, pero radiante, estoy eufórico:

—¡Es genial! Estoy alucinado.

—Ahora comprenderás por qué llevo semanas machacándote con eso de añadirte a las palabras. Tus rodillas. Tus codos. Tu cuerpo de la A a la Z. Cuando captés eso podrás leerlo todo. Después no me pidas que te explique con precisión el misterio del poema. No lo sé. Lo que sé es que esta farsa no debe salir de esta habitación. ¡Grégoire, mírame! ¿Estamos de acuerdo?

Con un movimiento de cabeza le confirmo que sí, que no saldrá nada de aquí sin su consentimiento.

—No tardaré mucho en morirme.

—...

—He pedido que me incineren. Y ya puestos, también he pedido que mis libros me acompañen, y mis archivos.

Es la palabra que usa para referirse a sus poemas.

—¿Has oído hablar de esos emperadores megalómanos que, a su muerte, se hacían enterrar, incinerar, la manera da igual, con su guardia personal, sus esposas y su ejército?

—...

Sonríe. Se burla de sí mismo.

—Tranquilo, no pido que nadie se inmole en mi honor. Pero todo esto, en cambio, sí tendrá que arder.

Hace un gesto circular para mostrarme las cuatro paredes de su biblioteca.

—Mis libros y mis archivos son mi guardia, mis esposas y mis soldados, y al arder sus cenizas mezcladas con las mías podrán servir de abono a un árbol, ¿quién sabe? ¡Que me dispersaran en una fábrica de pasta de papel, eso sería la repanocha! El delirio, Grégoire. ¡Ja, ja, ja! ¡Viva la morfina! ¡Mi megalomanía por fin satisfecha! La cantidad de libros en cuya fabricación estaría mezclado. Si se puede decidir el fin del espectáculo, sería una lástima no hacerlo. Es el único plan que se puede tener cuando se cruza el umbral de un lugar como este. Me faltó valor para cortar por lo sano antes de verme obligado a venir a este trullo. Qué quieres, uno tiene miedo. Ahora estoy listo.

32

Día tras día le oigo hablar de su muerte. Su plan se ha vuelto inminente. Ve su vida alejarse del espejo como un charco que se seca. Le gustaría desaparecer dignamente. En Les Bleuets nadie parece dispuesto a tomarlo en serio; le oyen, me dice, como quien oye llover. Es cierto que sus bravatas han adormecido la vigilancia de Jérémy y su equipo. Yo, por mi parte, no tengo experiencia y sobre todo no tengo voz ni voto en materia médica, pero percibo las señales que nos lanza. Ha dejado de comer. Esta mañana no quiere que le lave. Me dice:

—¿Para qué?

Me desarma. Le pregunto sin rodeos:

—Señor Picquier, ¿qué puedo hacer para ayudarlo?

Antes de contestar, me mira un momento como quien tantea con el pie la pasarela que cruza por encima de un torrente.

—Grégoire, ¿seguro que quieres oír lo que espero de ti?

¿Quién me mandaría hacerle esa pregunta? Temo haber dado un paso que no debía dar. Trago saliva, con un nudo en la garganta, y en mi cabeza se perfila el peor de los escenarios.

Sí, abre la mano. Me enseña el prospecto de un medicamento que en dosis XXL le ayudaría a morir. «Me he informado —me dice—; para estar seguro de que funcione, me harán falta cuarenta y cinco comprimidos. Arréglatelas para cogerlos a hurtadillas de los pastilleros de mis vecinas. Un comprimido menos de las docenas que tragan, ¿quién lo va a notar?» Le interrumpo: «¡Señor Picquier! No puede pedirme eso». Le expongo mis argumentos. Mi juventud. La mala conciencia con la que cargaría para siempre por haberle ayudado a morir. Y todo ese arsenal de frases enlatadas que nos inyectan constantemente para que salgamos del apuro en estos casos. Me han atiborrado de ellas y pese a todo mi boca está vacía.

—¿No dices nada?

Mi mutismo le obliga a concretar.

—Me gustaría que salieras un momento de Les Bleuets.

¡Eso no me lo esperaba! Electrochoque.

—¿Cómo dice?

Repite:

—Me gustaría que salieras un momento de Les Bleuets.

De modo que lo he oído bien. Mi incredulidad es tal que él repite todas las frases.

—Para andar. Para andar por mí.

Me espabilo.

—¿Dónde?

Él intenta no impresionarme, pero ya lo ha hecho.

—Verás, Grégoire, morir lamentando no haber hecho algo no es comfortable. Esos lamentos ocupan sitio en el ataúd.

—¿No haber hecho qué?

—Soy gay. Me gustan los hombres. La atracción que se siente por un sexo y no por otro, es la vida la que decide eso. Me gustan los hombres y, por curioso que pueda parecer, amo profundamente a las mujeres. ¿Cómo vivir con eso? Y, sobre todo, ¿cómo morir? Dado mi estado, pienso que no es el momento más oportuno, pero qué se le va a hacer, lo intentaré. Me gustaría, gracias a ti, rendir homenaje a una mujer eterna.

—...

—Cerca de aquí hay una abadía. La abadía de Fontevraud. ¿La conoces?

—No, no la conozco. ¿Está lejos?

—Algo más de doscientos kilómetros. Doscientos cincuenta, creo.

—¿En serio? ¿Quiere que camine hasta allí?

—Sí, me gustaría.

—¿Cuánto tiempo tardaría?

—Un buen mozo como tú, no más de diez días.

—¿Y dónde voy a dormir?

—¡Vamos, Grégoire, lo que te pido no es la gran aventura, tampoco estamos en el desierto!

—Vale, de acuerdo, haré esa caminata, pero ¿para qué?

—Sigue bien mi razonamiento. ¿Te gusta nadar?

—¡Pues claro que me gusta nadar! Pero, a nado o a pie, sinceramente, ¿para qué?

—No te preocupes, no te pido que vayas hasta allí nadando, solo te lo quiero explicar. A ti te gusta nadar. A mí me gusta andar, bueno, me gustaba. Y aunque las dos cosas no tienen nada que ver, tanto si se anda como si se nada, la distancia que recorre el cuerpo en el espacio vuelve tangible el tiempo necesario para ello. Esa idea no se me va de la cabeza, y hoy, que estoy inmóvil, menos que nunca. Si tú lo haces por mí, mis últimos momentos estarán llenos de cada uno de tus pasos. El ser humano es movimiento. Mira a tu alrededor. No, aquí en Les Bleuets no, ¡ahí fuera! En la vida. La auténtica. ¡Todos bailan, nadan, saltan, caminan, se mueven! Si aceptas mi plan, saber que estás en movimiento me dará fuerzas para ceder a la muerte.

Parece que ha acabado de hablar. Yo lo digiero y lo regurgito:

—Si no he entendido mal, señor Picquier, yo camino por usted, usted se da un paseo virtual, si acaso nos comunicamos por SMS...

—¡Sí, sí, eso es! Me mandarás SMS.

—... Usted nos deja, esta vez de verdad, ¡y a mí que me parta un rayo! ¡Para mearse de risa! Y entonces, allí, ¿qué?

—¿Allí dónde?

—¡En la abadía!

—¿En Fontevraud?

—¡Sí!

—¡Ah, allí, amigo mío, vas a sentir una gran emoción! Por lo menos es lo que espero. Cuando

descubres la iglesia y el lugar donde está, no puedes resistirte. Te agarra la caja torácica. Respiras. Respiras. Tu mente se ensancha. Al hablarte de ella siento de nuevo la impresión apabullante que tuve la primera vez que estuve allí. Impresión desde fuera, desde dentro, en continuo cambio. Un diálogo de calor y frío, como un texto de piedra que se erige en medio del bosque. ¿Lo entiendes?

No digo nada.

—¡Un globo aerostático, Grégoire! ¡Un globo aerostático que se libra de la pura contingencia! Espera una reacción de extrañeza.

—Efectivamente.

¿Qué quiere que le diga? Basta con eso para que se lance de nuevo.

—Yo era muy joven —continúa—, e iba allí para poner escaleras, paredes, galerías y patios a las palabras de un gran escritor del siglo xx, Jean Genet, que escribió una novela sobre la abadía convertida durante un tiempo en cárcel. Es paradójica, ¿verdad?, esta idea de apertura de mente en un lugar donde las puertas se cierran tras de ti. Hay que decir que Genet es un tipo duro, uno de los de verdad, en lo que se refiere a evasión espiritual. Una figura mítica para nosotros, los intelectuales homosexuales. Yo iba allí por Genet, para aumentar en lo posible mi culto a sus frases radiantes de sangre, de sudor, de saliva y de esperma y, en vez de eso, encuentro a una mujer.

El Viejo Librero está cansado, pero observa a su oyente y se da cuenta de que este encuentro reaviva mi interés.

—Sí, Grégoire, una mujer... Una hermosa mujer... ¡Leonor de Aquitania! Un fuerte impacto. Ya lo verás: bajo una bóveda sostenida a dieciséis metros de altura por grandes columnas de caliza, cuatro individuos yacen en medio de una nave. Del suelo al cielo, subiendo por los muros calados de vidrieras, hechos únicamente de piedra en la que reverbera el menor ruido que hagas. Allí dentro, el silencio y el eco del silencio. La luz y sus órganos oblicuos acariciando a los yacentes. Enrique II, Leonor, Ricardo Corazón de León e Isabel de Angulema; las pasiones de sus vidas dormidas por los siglos de los siglos, retenidas en la piedra que desprende esa calma perfecta que se tiene cuando se duerme para siempre. El vértigo. ¿Y podrás creer, sin verlo con tus propios ojos, que Leonor tiene en sus manos un libro abierto? Sí. ¡Un libro, Grégoire! Pero un libro mudo. Ni una línea. Nada.

¡Ya estamos! Lo sabía. Olvídate de su vida de reina, de esposa, de madre y de intrigante, de mujer libre o libertina según los cronistas que la representan a su manera; el Viejo Librero solo retiene de ella esa postura de serenidad eterna alrededor del único símbolo que tiene valor para él, el libro que sostiene entre sus manos. El señor Picquier se afana en contarme su descubrimiento con detalle.

—Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre lo que se supone que está leyendo: un libro de horas o de poesía cortés. Tampoco se ponen de acuerdo sobre los ojos. Unos los ven abiertos, otros cerrados. La pintura, borrada, no ayuda a dilucidarlo. Yo vi en el borde de cada órbita ocular el ribete de los párpados esculpido, lo bastante marcado como para hacerme creer que los tiene abiertos. Pero atención, porque no lee. Es imposible. El ángulo de las pupilas no cae sobre el papel. He dicho papel, tú me entiendes. Su cabeza, además, debería estar más inclinada. Sus ojos no miran el libro de piedra. Miran por encima, más allá. Piensan. Quizá en una lectura de su vida de reina. Porque la estatuaria los fijó así por orden expresa suya para indicar a los tiempos futuros cuánto amó las letras, no por antojo de una testa coronada que se encapricha del primer

trovador que pasa, sino por amor a la belleza y a la gracia de todos aquellos o aquellas que se precian de escribir. Esa mujer fue la primera que se atribuyó el libro como símbolo de su poder intelectual, juzgándolo superior al cetro que ostenta el payaso de su marido, como todos los tipos a los que hicieron reyes en esa época. Esa mujer es un genio. Una visionaria de la comunicación póstuma. Y a mí no me importa nada lo que lea o deje de leer. Lo que me importa es honrar su audacia. Soy librero; nadie es perfecto. Grégoire, accede a mi petición.

—...

—Será la última. Me gustaría que, cuando estés a su lado, le leyeras.

—...

—Porque es eso lo que me importa, honrar su audacia.

—...

—¿Me estás escuchando?

—¡Pues claro que lo estoy escuchando, señor Picquier! Pero tendrá que admitir que lo que me pide es cada vez más insólito. Me llevó mi tiempo mentalizarme para leerle a la señora Morel. Hoy comprendo que tenía sentido. Estoy deseando reanudar las lecturas. ¡Pero leerle a una estatua! ¿Es que quiere que me encierren? ¿Y cómo iba a hacerlo? Es un lugar que se visita, supongo, con guardias, cámaras de vigilancia. ¿Ve la película? En la recepción, unos guardias que dormitan y de pronto se despiertan al verme leyéndole a la yacente Leonor. ¡Vaya plan!

—Verás: no hay cámaras. Y leerás en el turno de noche; hay un hotel de lujo pegado a la abadía y está abierto las veinticuatro horas. Tienes una habitación reservada. Cuando vuelvas me dirás si la cama era de tu gusto. De tres a cinco de la madrugada no habrá nadie en la iglesia abacial. Estarás solo con ella, o con ellos, porque son cuatro.

—¿Y qué leo?

Carraspea. Incómodo, me parece.

—He pensado en este libro.

Carraspea otra vez y acerca la mano a la mesilla de noche. Veo allí, en la edición ajada de 1946 de la editorial Marc Barbezat-L'Arbalète, Milagro de la rosa, de Jean Genet.

Cuando lo tengo en mis manos, sopeso el libro, le doy la vuelta, echo un vistazo a la nota del editor. Gestos demasiado bruscos, por lo que parece, para una obra como esta.

—¡Grégoire! Otras veces te he visto más delicado.

—Perdón, señor Picquier. Lo leeré. Pero ¿seguimos estando de acuerdo? No se lee bien lo que no gusta, y si esto no me gusta...

33

Es terrible, no me gusta este libro. Pero ¿cómo le voy a decir al Viejo Librero que me resultan desagradables esas historias de Jeannot y sus amigos que se la hincan? No capto nada. Lo oigo maldecirme:

—¡Eres demasiado joven, no sabes leer! Estas páginas son magníficas, de las más bellas de la literatura francesa.

—Cálmese, señor Picquier, vamos a hablar. Supongamos que se lo voy a leer. ¿Puede explicarme en qué puede atañer esto a Leonor?

—...

Empate a uno. El viejo no sabe qué decir.

—La jerarquía de los textos es la de los oídos, señor Picquier. ¿Qué leer? ¿A quién? Todos los días me hago sus preguntas. He aprendido su lección. Salvo por el hecho de que la acción de la novela se sitúa en la antigua abadía, no veo qué interés tiene aburrir a Leonor con esto. Sus gustos no deben satisfacer únicamente a usted, la lectura debe ser compartida. Milagro de la rosa es uno de Los de la Cima; propongo en su lugar una Vaguada.

—...

El Viejo Librero no chista. Me escucha. En el fondo está disfrutando.

—¿Estamos de acuerdo, señor Picquier? Camino por usted los trescientos kilómetros. Se lo cuento todo detalladamente. Llego allí y leo lo que yo quiera.

—Sí, sí, de acuerdo. Al menos, ¿puedo saber qué has elegido? —me pregunta, inquieto.

Tengo ventaja y aprovecho. Sé positivamente que no sabe nada del libro que he elegido. Le dejo que se cueza a fuego lento y luego, con el tonillo engréido del que está seguro de sí mismo:

—Juego de tronos, de George R. R. Martin.

—...

El Viejo Librero no tiene ni idea. Ahora me toca a mí. Le ahorro la serie de televisión que hace furor en todo el planeta para quedarme en el campo literario y le suelto mi perorata sobre cómo pienso que una Vaguada debe quedarse en el mundo de las Vaguadas, lo más cerca del horror. Histórico. Realista. Fantástico. Da igual. Veo a Leonor escuchando las historias de Martin, que en parte se inspiran en la historia de la Inglaterra tres siglos posterior a ella. Le va a encantar. Sus oídos vibrarán con las escapadas del libro a los parajes de Valyria, que le recordarán sus tribulaciones por los caminos de Jerusalén.

—¡Leonor va a disfrutar, señor Picquier! ¡Créame, su mujer excepcional será tratada como una reina; yo, Caballero de la Lectura, lo garantizo! Juego de tronos le va a gustar.

Y en plan de guasa doblo la rodilla en el suelo e inclino la cabeza. El Viejo Librero se da por vencido.

—¡Chócala, bandido! —me dice—. ¡Cuando vuelvas, celebraremos tus veinte años!

Cruzamos una mirada seria, pero como ninguno de los dos quiere añadir nada, nos hacemos un guiño ostentoso.

—Cuando el árbol yace —acaba diciéndome— es cuando descubre el cielo. Conocí a un leñador en los Vosgos que a eso lo llamaba «la epifanía de los troncos».

34

El Viejo Librero es un megalómano, pero hay que reconocer que nos hace soñar. Zafarrancho de combate. Dialika, Jérémy, la directora, auxiliares y cuidadores; Les Bleuets se moviliza. Ya no es ningún misterio: el señor Picquier nos va a dejar. En sus instrucciones anticipadas está escrito, negro sobre blanco. Sin hospitalización. Sin urgencias. Sin lo que hoy se ha dado en llamar «encarnizamiento terapéutico». Dejar que acabe aliviando, en la medida de lo posible, tanto el dolor como la angustia. Por lo general sucede de noche. Lamentablemente, puede prolongarse en el tiempo.

Hemos acordado que partiré cuando esté de permiso. La señora Masson no está loca. La idea le parece cautivadora y estimulante para Les Bleuets. Son sus palabras. Pero de ahí a pagarme el paseo... No se ha dicho, es extraoficial, pero todos saben que el señor Picquier se hará cargo de mis gastos durante los diez días que necesitaré para llegar a Fontevraud.

Lo tiene todo previsto. Qué fuerte; he pasado de ser su lector a ser su caminante, su delegado de músculos y tendones.

—Quiero conocer tu itinerario al minuto. Exagero, ya me entiendes. Tengo todos los mapas de tu recorrido. Quiero saber en directo por dónde andas, qué ves, qué sientes, cómo te encuentras, que por última vez leas para mí la vida, la verdadera.

No hay saludo ni adiós llorosos. Con un hilo de voz, pero intención firme, el Viejo Librero me dice:

—Camarada erectus, cuento contigo. Dame noticias de Leonor lo antes posible. Yo no me muevo de aquí.

35

Esta mañana. Ocho y cuarto. Despedida. Dialika. Estamos solos, ella y yo, en la pequeña cancela que da al camino de sirga. Oigo sus recomendaciones. Le hago las mías:

—Tenme al corriente. Si hace falta, me llamas y vuelvo.

—No creo que él lo quiera. Lo que quiere es que camines mientras él, por su parte, hace lo que le queda por hacer. Eso es todo.

Echo una ojeada furtiva a la ventana del Viejo Librero, debajo del gran tilo. Sus viejos recortes de prensa en el cristal empañado le quitan también ahora la luz del día. Entre él y yo, en la niebla del mes de noviembre, se tiende un hilo mental arácnido. Estrecho fuertemente a Dialika entre mis brazos. Por última vez le devoro la boca.

—Grégoire, voy a subir, tengo frío.

Le froto la espalda, la acaricio. Ella se acurruca en el hueco de mi hombro. Con la cabeza sobre la correa de mi mochila, me susurra bajito:

—Grégoire...

—¿Sí?

—Te adoro. ¡No lo olvides!

—Dialí, ¿estás loca? Anda, ve, o el señor Picquier va a creer que te vas conmigo.

Ella se da la vuelta, dejándome solo en la pequeña cancela con la curiosa impresión, cuando doy los primeros pasos por el camino de sirga, de que es ella la que se va.

36

Es la primera vez que salgo de mi círculo. El canal y el barrio de la estación. Esa casa de un piso donde mi madre se pasa la vida currando. El colegio. El liceo. Los parques de la ciudad. Les Bleuets. O sea, cinco o seis kilómetros cuadrados. El pollito sale del cascarón.

—¡Sigue así y acabarás siendo un vagabundo!

Este el permiso de salida que me ha firmado. Todo pagado por un viejo que pasa sus últimas horas en una celda de dos cincuenta por tres. Es cruel, pero bailo. Ni siquiera siento vergüenza. El camino es resbaladizo. Ando con cuidado. Solo faltaba que me cayera al agua. He hecho la mochila como él me ha dicho y repetido:

—¡Lo más ligera posible! Siempre se viaja demasiado cargado.

He cogido una muda y la he metido en una bolsa de basura por si caen chuzos. Una tienda minúscula de un kilo. Mi saco de dormir. Una capa impermeable. Un gorro. Un forro polar. Una botella de agua. Un poco de comida. Una navaja. Un mechero. Una cuchara. Un cepillo de dientes. Un poco de jabón líquido. Tiritas. En mi móvil tengo una linterna, una brújula y una aplicación GPS.

¡Ah, se me olvidaba! Lo que más pesa. Los libros. Juego de tronos para la amiguita del Viejo Librero. Novecientas páginas. Como este me lo sé de memoria, he cogido otro, Veinte poemas de amor y una canción desesperada, de Pablo Neruda, un autor chileno del que no sé nada salvo que el señor Picquier lo admira. De hecho, lo escogí pensando que podría leerlo mientras camino, quizá también a Dialika por la noche, por teléfono.

El señor Picquier también me ha aconsejado que tome notas, que lo haga en un cuaderno. No he querido contrariarlo, pero prefiero hacerlo directamente en mi móvil; tecleo mientras camino y cuando quiero lo mando y Dialika se lo transmite.

—No te empeñes en hacer frases —me recomendó, explicándome el estilo telegráfico de las notas.

Qué me va a contar a mí: ¡las abreviaturas con el mínimo de caracteres, eso lo hago todos los días!

Él insiste:

—Una sola palabra puede bastar para fijar una imagen, una situación, un encuentro. Cuando vuelvas, si se te ocurre escribir un relato, esa palabra te ayudará a recuperar el contexto, la atmósfera.

Ya me ve escribiendo una historia del tipo Tintín en el país de los ancianos. Solo de pensarlo me mondo.

—En términos de escala, el 1: 1 no existe. Lo mismo que el mapa no es el territorio, las notas no son el viaje. Si te inspiras en el mapa Top 25 de IGN, a mí me gusta la relación de veinticinco mil centímetros en el terreno por cada centímetro en el papel; eso deja espacio para los símbolos, los pictogramas y los colores, para decir: aquí una fuente, allí un monte bajo, una viña, unas tierras de cultivo, un bosque. Ojo, la pendiente es fuerte, sube o baja. Es humano: nuestra necesidad de traducir lo real es vital, más aún para escribir. Por ejemplo, ves una rata. En el cuaderno anotas: «Una rata». Es tu referencia. Más tarde, quizá, lo desarrollarás. «En el borde del canal, una rata, pelo lustroso, corretea a su aire. La he visto. Ella no me hace caso. Todo va bien». De este modo expresarás tu deseo de verlo todo sin ser visto, mientras la garza, más lejos, te observa con una agudeza de agente de aduanas a la que no se le escapa nada que circule por el sector del cual es la jefa. Crees que vas de incógnito: desengáñate, te están vigilando. Tu presencia provoca necesariamente alarma o apetencia, según la jerarquía de quién come a quién. No tengas miedo. Estás en Francia. El canal de Berry aún no es un afluente del Orinoco. Aunque... desconfía de los parásitos. La garrapata de los bosques es temible.

Cuando me hartó, desconecto. Si me descuido, acabará enseñándome a mandar SMS. Con esos me luzco para que le vaya cogiendo el gusto:

«Kilómetro cero. Good morning, colegas. En marcha. Alto cielo luna fina sobre bruma. Once grados. Cruz verde digital farmacia. Patos tranquilos. Cielo azul posible. Sol en emboscada. Jaleo chovas en las copas. Plátanos gotean. La orilla. Una rata. Sr Picquier sin saldo para extenderme. Next time. Emoticono que se troncha. G».

Dialika contesta de inmediato:

«MP a mi lado aplaude. Te desea buen viaje. Besos mil mi tesoro. D».

Y esto se ha decidido así, en unos metros, como si mi cuerpo hubiera cruzado una frontera. Está el centro. Está la fuente. Camino hacia ella y a cada paso mi cuerpo se agranda con lo que ve, con lo que toca, oye, respira o saborea. Un embudo de pluviómetro para medir mi experiencia con las palabras. El señor Picquier tenía razón, lo anoto todo:

Rumores de ciudad · Cada vez más débiles · El último tubo de ventilación · Primer pescador · Inmóvil · Corcho fluorescente · Naranja · Garza exploradora · Sol húmedo · Gordo · Lluvia la víspera · Otoño no se atreve · Yo tampoco · Busca · Garza · Me tolera 30 metros máximo en su ojo · Aletazos · Echa a volar · Grazna · Me anuncia · Al oeste · App confirma · Túnel · Verde · Sembrado · De oro · Hojas · Lentejas · Color · Pistacho · Sobrenadan · Botella de cerveza · Lata · Coca-Cola · Globo · Toneladas de plástico y ramas muertas · Cuerpo se recalienta · Cuerpo dentro marcha ·

Lo veo sonreír, señor Picquier. Sus palabras:

—¡No hay que contar el tiempo sino solo la distancia!

Kilómetro · Seis · Siete · Ocho · Nueve · Diez · Once ·

Tercer pescador.

—¿Qué se pesca por aquí?

—¡Oh! Un poco de todo. Fritura. Lucio. Perca. ¡Pero hay que atraparlos!

Mi primer MMS:

«Una foto de mi pícnic geolocalizado como es debido. Fecha, hora y lugar. G. Tres corazones y emoticono sonrisa».

—Señor Picquier, mire la foto de su pícnic. ¡Ha hecho once kilómetros!

El señor Picquier alarga penosamente la mano hacia la mesilla de noche. Busca sus gafas.

—Dialika, hazme el favor, no encuentro las gafas.

—¡Las tiene en la nariz, señor Picquier!

Dialika acerca su pantalla al viejo. Él no ve nada, pero sigue el juego:

—Pídele un selfi.

—¿Habla en serio?

—¿Acaso te parece que no?

—¡No he dicho nada! ¿Entonces nos hacemos uno para él?

El gesto de su mano dice que le da lo mismo. Deja que lo haga. Recibo dos caras de idiotas. Reacciono enseguida:

«Dia stop no selfis solo txt demasiado cutre. G».

Corto. Vuelvo a sumirme en el ritmo de mis pasos y en el roce repetitivo de las correas de la mochila. En la plaza de un pueblo me siento en un banco. Me zampo una bandeja de tallarines chinos con verdura muy calientes, deliciosos, y reanudo la marcha. Oigo cómo mi cuerpo hace su trabajo. Un paso. Otro. Añades tu cansancio al sol poniente. Ya es hora de encontrar un vivac.

Monto la tienda a la orilla de un canal sin darme cuenta de que la autopista está a dos pasos. Como estoy reventado, despacho rápidamente la logística, y ahora que ha caído la noche no me entretengo, me meto enseguida en el saco y cierro la tienda. Un último MMS:

«Un selfi oscuro en mi tienda sin ninguna luz. G. Veinticinco corazones y emoticonos».

Dialika se mosquea. Me manda un selfi en el que la veo sacándome una lengua enorme. Me resbala. Me hago un ovillo en el saco. ¡Qué idiota, no he cogido la estera!

37

De pie, cuatro y media. No vale la pena insistir. Aunque la mente ha logrado desconectar a pesar del infierno de la autopista, el cuerpo está tiritando. He pasado toda la noche luchando con el frío húmedo que me ha invadido poco a poco desde la espalda hasta los dedos de los pies, pasando por el culo, unas veces poniendo la mochila entre el suelo de la tienda y el saco, otras haciéndome un ovillo de lado. He soñado con tuberías heladas y un dormitorio caldeado a tope con radiadores de aceite que gorgoteaban sin cesar. Onirismo lógico, pero de lo más improbable. Conclusión: casi no he pegado ojo.

La tienda está mojada por dentro. Cremallera de apertura. Desde donde estoy tumbado, miro el triángulo de noche estrellada que dibuja la tienda, en el que se recortan las ramas negras de un álamo enorme. Salgo a duras penas, a la pata coja. Solo me he puesto un zapato y no quiero poner el pie descalzo en la hierba húmeda. Por fin, ya calzado, lo recojo todo metódicamente. Me quito la ropa de dormir calentita y seca y la cambio por la ropa mojada de la víspera. Bastante desagradable, pero necesario si quiero conservar una muda limpia. Todo eso me lleva una hora. Como el resto de los tallarines chinos fríos y bastante asquerosos, pero me hacen falta si quiero tener algo en el estómago.

Primeros pasos. Cinco y media. Maldigo la autopista; me impide oír los mil ruidos de la vida que despierta. En el haz de mi linterna, el rocío brilla. La acabo apagando para recuperar la oscuridad y apreciar lo mejor posible el espectáculo de los árboles de la otra orilla que se elevan como grandes llamas negras en un cielo cuajado de pavesas.

Pasa una hora. Otra. Veo el halo anaranjado de una gran ciudad y luego, poco a poco, naves industriales, una farola cada cien metros, de vez en cuando tubos de ventilación. Allá a lo lejos, delante de mí, por un puente que cruza el canal, pasa un autobús como un espectro a través de una pantalla. Junto a la estación de clasificación, miles de contenedores, minúsculos, aplastados por la luz. Furtivamente se desliza una sombra por una tapia larga cubierta de grafitis. Equilibrio entre dos luces. A lo largo del camino de sirga, los pájaros se despiertan.

Hacia las diez, estoy desnudo a la orilla de un río. La fiesta. La felicidad de gritar en el agua fresca, de lavarse la cabeza y de la sangre que llena las venas. Mis problemas, mi pasado inmediato, alejados, se disuelven.

—¿Les Bleuets?

—¡Mal sueño!

—¿El señor Picquier?

—¿Quién?

—¡El Viejo Librero!

—¡Ah, sí!

—¿Dialika?

—¡¡¡Dialika, te echo de menos!!!

Titubeo unos segundos y me decido a mandar un SMS:

«Empalmado por ti bajo un cielo como tu vientre. G».

«Grégoire, ¿dónde estás? Manda news. D.»

«Una foto del río y los detalles del GPS. ¿Sr P qué tal? G.»

«Su corazón, muy, muy regular. ¡El mío por ti, súper! D.»

Estas noticias, al menos suavizadas, me parecen completamente irreales. ¿Cómo expresarlo mejor? Alejarse es embriagador.

38

Temprano, por la mañana, al salir de un refugio de tuyas donde he descansado varias horas. Una larga estela de plata recorre mi saco. He dormido sin oír pasar al caracol. Estoy congelado. La niebla está en todas partes. Adivino un pueblo donde la vida no parece ser más que un fantasma. Nada se mueve en la noche que resiste. Solo la bombilla de una farola chisporrotea, visiblemente a punto de extinguirse. Las tiendas están cerradas y, sorpresa, justo delante del escaparate de una farmacia con el cierre metálico echado, aparece el espejismo luminoso de una carnicería-charcutería ambulante. El carnicero-charcutero está acabando de montar su puesto. Me acerco a su cofre de joyas alumbrado con mil luces. Tiritando, se me hace la boca agua. Ante mí, ristras de salchichas y gelatina que brilla sobre una tarrina de paté.

—Por favor, un torrezno.

—Dos euros con sesenta y seis céntimos.

Me escabullo como un ladrón a comer mi porción de grasa tragando toneladas de niebla.

Ya no hay río. No hay canal. Desaparecidos. En su lugar, una carretera nacional y al lado una vía de tren. Único testigo de los viejos tiempos de las gabarras: una casa de esclusero completamente devastada por el tiempo y los parásitos. El visillo de una ventana ondea al viento a través del marco roto.

El día tarda en despuntar. Siguiendo el haz de mi linterna, visito el lugar sacando fotos. La planta baja llena de trastos: una mesa, tarros con pinceles, aperos de jardinería, una cuna y un caballito balancín. Subo con precaución la escalera que lleva al primer piso. En el suelo, periódicos y revistas. La impresión de estar escudriñando un sueño suspendido en el tiempo.

Le Figaro del viernes 5 de diciembre de 1986. En la portada:

«Monory-estudiantes: punto muerto»[7]

«Los Doce frente a los grandes azotes»

«África del Sur. Botha se explica»

Madame Figaro del 8 de noviembre de 1986. Isabelle Adjani en portada. Disparo:

MMS - «Isabelle Adjani su actriz preferida. G.»

SMS - «¡Ah, ya era hora! Pensaba que estabas muerto. Isabelle Adjani, excelente, dice Sr P. D.»

Trasteo en el piso con olor a tarima carcomida entre todo tipo de desechos, estanterías hundidas, botes con tornillitos y tuercas picados por la herrumbre, docenas de tubos de aspirina y antiinflamatorios, unos vacíos y otros llenos, montones de excremento de paloma y cagarrutas de ratón, bajo el resplandor de una viña silvestre iluminada por el otoño que enmarca la ventana por

donde pasan, en una décima de segundo, los rayos de un sol gris lechoso.

Cuando caminas ya no eres un ser vivo corriente. Pasas a ser el cursor de tu vida en el espacio y el tiempo. Sin ser consciente, accedes al presente más puro. Tu único pasado es el horizonte que se aleja; tu único futuro, el horizonte que se acerca. Un presente absoluto en la alianza ilusoria de la mente y el cuerpo. Ya no puedes parar. El cansancio te domina y te da una alegría que juras estar dispuesto a pagar con miles de agujetas.

La calma de este final del día, las nubes de altitud sobre la llanura, los cirros y la estela de los aviones que se aferra a los tonos rosados hasta hundirse en la negrura de los árboles en la línea del horizonte, el pueblo muy cerca, la promesa de acabar agotado pero feliz, te invitan a hablar contigo mismo en voz alta, a cantar, a acompañar, a arrastrar la pesadez de tus pies en medio de las hortalizas. Cruzas parcelas de puerros, melones pequeños y grises y sandías podridas sobre las que desaparece el sol. Las coles, las acelgas, los apios, los hinojos, las lechugas, se entregan a la noche. Tu voz, que reaviva los últimos compases del día, saluda a un grupo de trabajadoras a la salida de un invernadero, cada una con su caja de plástico en la cintura cargada con su porción de verdura para llevar a casa. Al aumentar tu soledad, tu voz busca sus palabras. Al azar, «pasos . . . camino . . . chamán . . .».

Organiza. Desplaza. Intercala. Tratamiento de texto oral en medio de la llanura agrícola. La oscuridad grita victoria. Tu frase está lista.

«¿Será un chamán del camino el que dirige mis pasos?»

Mides. Una vez, dos veces. Marcial. Cuentas.

«¿Será un chamán del camino...» Octo.

«... el que dirige mis pasos?» Octo.

Ocho sílabas. Un reloj. Una maravilla hipnótica que disipa el dolor del ácido láctico en tus músculos. Deliras. Hablas a las estrellas. Tuteas al Viejo Librero.

«¡Eh, Picquier, te hablo a ti! ¿Será un chamán del camino el que dirige mis pasos?».

Diez veces. Veinte veces. Hasta las primeras casas del pueblo, que me obligan a callarme. Tengo una suerte increíble. Hay un mesón abierto.

Esta noche, acurrucado en el suelo de una gasolinera abandonada, me digo que no bebo lo suficiente. Me bebo de un tirón un litro de agua con la imagen de un árbol dibujando en mi cuerpo una cabellera regada de luz. Como el frío me impide dormir, pienso en esa pareja sentada a mi lado en el restaurante, acompañada de un muchacho guapo como un Jean Genet de siete años, cabeza rapada, fugado de la infancia, padre y madre en diagonal a cada lado de la mesa hablando de cosas insignificantes, sobre todo de lo que ha comido el niño ese mediodía en casa de los abuelos. Yo me zampaba mis crudités, zanahorias, remolachas y champiñones, todo sumergido en medio litro de vinagreta.

El niño, sin mirarme, se levanta de la mesa. Le sonrío. Con el rabillo de su ojo derecho, divergente del izquierdo, su madre me ha visto.

—Mañana comeremos castañas asadas.

No me habla a mí directamente, pero su cabeza se ha vuelto ligeramente hacia mí. En vista de su discreta invitación, me permito intervenir:

—Con sidra achampanada están de muerte.

—¡Ah, no! Aquí las comemos con mosto.

Es el hombre quien dice eso, con su radiante cara de joven viticultor-tercera generación. Es

guapo, robusto; le encanta el tema de conversación.

Ella está ajada, es gorda, desbordante. Cuarenta años. Ictus a los treinta y uno. Pérdida de la palabra y del uso de las piernas. Recuperación incompleta. Diabetes. Síndrome de Guillain-Barré. Se desvive por su angelito. Su compañero la escucha con ojos brillantes que transmiten cordialidad. Les hago mil preguntas, pero ellos también quieren saber por qué estoy caminando. Vacilo antes de contestar. Como no quiero que me oiga todo el comedor, bajo la voz:

—Camino para otro, para un señor mayor que está a punto de morir en un asilo.

Sin mostrar la más mínima sorpresa:

—Tienes que venir a vernos —me propone el hombre.

Su mujer escribe torpemente una dirección en un papel. Termino mi filete de ternera. Ellos comen sus helados. La dueña, colombiana, les trae un chupito, un Baileys con una pajita para la señora. Mala idea. Ella se ahoga, tose, escupe, vomita un poco sobre su blusa; se levanta, se limpia como puede. Una gran mancha de color café con leche se extiende sobre su pechera. Su compañero, acostumbrado, la mira sin alarmarse. El niño, pese a estar familiarizado con las indisposiciones de su madre, se queda boquiabierto, sin parpadear, mudo. Hablamos hasta que me acabo la tisana Taille de Guêpe. Ella se interesa mucho por mi historia.

—Y cuando se muera, ¿vas a caminar para alguna otra persona?

39

Cruzo un oquedal de grandes hayas y de robles, un bosque magnífico para el que imagino una lectura de Rabelais en honor al viejo.

—¡Oh, los árboles! ¡Un pasaje del Cuarto Libro! ¡Escuche! «Señor, no os asustéis de nada. Estamos en el confín del mar glacial, donde al principio del invierno pasado se libró una grande y cruel batalla entre los arismapianos y los nefelibatos. Entonces se helaron en el aire las palabras...»

¡Es genial! Descubro que el auditorio vegetal puede dar a la voz un temblor imposible de encontrar en ningún otro sitio. Incluso las palabras de Rabelais, pese a que no entiendo su significado, me ponen los pelos de punta, como bajo la tierra el micelio conecta entre sí las setas de una misma especie. Toda lectura debe encontrar su público; eso dice mi maestro. Excitado con mi hallazgo, tecleo:

«Dialika, pásale el mensaje a Sr P. Toda lectura debe encontrar su espacio. ¡El Cuarto Libro en un bosque es grandioso! G».

«Sr P muy cansado pero encantado con tu descubrimiento. Beso fuerte, baobab adorable. D.»

En el colmo de la euforia, ya no camino; hago piruetas. A los cuatro puntos cardinales, oralizo, vocalizo, verbalizo, cuando de pronto el bosque se convierte en un campo de tiro. A veinte metros de mí, unas ramas bajas crepitan bajo una lluvia de perdigones. Una ducha fría. Me interrumpo para ponerme a salvo. No sé desde dónde disparan. Con el viento y el eco tengo la impresión de que viene de todas partes.

—¡Eh, tíos! ¡No disparéis, soy Grégoire!

Es completamente ridículo chillar mi nombre. A esos vaqueros les importa un bledo. Rectifico:

—¡Eh, tíos! ¡Estoy aquí! ¡No disparéis!

¡Increíble! ¿Qué estarán cazando para disparar así? ¿O será que a falta de caza se dedican a hacer el idiota? Las detonaciones se van acercando, y con ellas un concierto de ladridos y trompas. De esta no me libro.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Me rindo!

De repente, a menos de diez metros de la zanja donde me he tumbado, empujada por una jauría de cazadores y perros que ahuyenta a todo bicho viviente que se les ponga por delante, una manada de corzos, machos, hembras y crías, cruza el camino. Sorprendidos por verme ahí y tomando mi voz por la de un ojeador, se detienen, vuelven la cabeza asustados en todos los sentidos, vacilan; yo hago un aspaviento y ellos reanudan su huida.

Detrás, la jauría.

Un perro. Cinco. Diez. Veinte perros pasan por encima de mí. Ni uno solo se digna a husmearme; su hocico persigue el olor para el que los adiestran. El olor a pluma y a pelo.

Con las escopetas partidas en el antebrazo, agazapados entre los matorrales, igual de excitados, sus amos van detrás, rojos, sofocados. Con el rabillo del ojo, uno de ellos se da cuenta de que no soy un elfo. Deja que le adelanten sus colegas, que lo llaman:

—Mickaël, ¿qué coño haces?

—¡Voooooy!

El tipo se para a mi altura.

¡Mierda! Todavía estoy temblando. Me levanto; tengo la ropa llena de barro.

—¿Qué cojones haces tú ahí?

—Pues...

He perdido el uso de la palabra. Farfullo:

—Es... estoy paseando.

—¿Estás de coña? ¿No has visto los letreros a la entrada del bosque?

—Pues no.

El hombre cavila.

—No importa. Estás vivo. Coge la mochila. Te invito a un trago. Tenemos los bugas aparcados cerca de aquí.

En el aparcamiento encontramos a todo el equipo. Una veintena de cazadores. Los perros se agolpan alrededor de sus gamellas. Más allá, la pequeña manada de mirada asustada que he visto hace poco yace en el suelo, abatida por los cazadores apostados en el lindero. Los que disparaban como posesos solo eran ojeadores. El olor muy fuerte a almizcle mezclado con el de la sangre, más tenue, me da náuseas. El famoso Mickaël que me ha traído hasta aquí se da cuenta de mi malestar.

—La primera vez se hace raro; luego se acostumbra uno y acaba gustando. Ven a echar un trago, eso te va a entonar. Si tienes hambre no te preocupes, siempre llevamos de más.

En el portón de un todoterreno, a la altura de la cintura, está preparada la merienda. Pâté de campagne, un jamón en su jamonero, salchichón, unas hogazas de pan enormes con la corteza bien tostada, botellas de vino tinto, packs de cerveza, termos de café y una botella de calvados. Con todo eso podré atiborrarme y reponerme del susto.

El más joven de la banda se me acerca. Levanta su vaso.

—¡A tu salud! ¿Adónde vas así?

—A la abadía de Fontevraud.

—¡Pues no te queda nada!

Ya puedo explicarles que camino para un viejo a punto de morir en un asilo a cien kilómetros de aquí; nadie me cree. El que parece mayor de todos tampoco se lo traga:

—Déjate de bobadas, no somos de la brigada. ¿Qué edad tienes?

—...

—Apuesto a que eres menor.

El famoso Mickaël le interrumpe:

—¡Déjale en paz! Su historia es simpática. A mí me gustaría que alguien caminara por mí si

supiera que la iba a palmar. ¿Cómo te llamas?

—Grégoire.

Me tiende la mano.

—Yo soy Mickaël. Así que eres lector. He oído hablar de eso. ¿Te pagan bien?

—Me pagan el salario mínimo, pero estoy empezando, es normal.

—No creas, tampoco nosotros ganamos mucho más. Yo no leo. No me gusta.

—Yo decía lo mismo hace dos años, cuando salí del instituto. Incluso suspendí el bachillerato...

—¿Que levanten la mano los que tienen el bachillerato! ¿Nadie? Ya ves, no eres el único. Eh, cabrones, ¿qué os parece si nuestro lector nos lee un poco? ¿Qué llevas en la mochila?

Me lo dice como quien le pregunta a un tío: «¿Qué tienes en los pantalones?».

Desde el principio de su interrogatorio no sé a qué atenerme, si me está vacilando o me toma en serio, y ahora que he bebido demasiado preferiría que me dejara en paz.

Él, también achispado, insiste:

—¡Cerrad el pico, coño! Grégoire va a leer porno.

—¿j!?

Salva de carcajadas. Los perros, sorprendidos, se ponen a ladrar. En mi cabeza empiezo a darle vueltas. Tengo todas mis perlas en PDF. ¿Quieres porno? Yo te daré porno, como en Les Bleuets, el Bukowski del domingo por la noche. ¡Aquí el Infierno!

—Para calentarme me vendría bien un poco de calvados, dicen que aclara la voz.

Empiezo a caerles bien. La botella pasa la ronda, cada cual se sirve. Cuando llega a Mickaël la agarra con las dos manos, la mira lleno de ternura y la besa en el culo gritando:

—¡Por la jodienda! ¡Bebe!

Me sirve hasta arriba, su vaso también. Y bebemos.

—¡Por Bukowski!

He calculado lo que tarda el alcohol en subirme a la cabeza: tengo quince minutos, menos los cinco de lectura, eso me deja un margen de diez minutos, luego ya no respondo. ¡El Infierno!

A medida que leo, la tropa se va reagrupando. Cuando a un perro le da por ladrar se lleva una buena hostia. Bukowski es el rey del cipote, el emperador de la almeja. No podía haberles servido nada más sabroso que su relato. Mickaël no me pierde de vista, me mira fijamente, como se mira a un alambique a punto de reventar. Tengo el cuerpo invadido por el alcohol y el texto. «¡Pluga a Dios que aquí, sin ir más adelante, tenga la palabra de la Diosa Botella!»; es Rabelais quien lo dice, no yo.

Justo antes de que termine el cuento comprendo lo que es el poder de tener un público. Son como los perdigones hambrientos al principio del invierno, cuando los campos han sido tratados y vienen a comer lo que sea al patio de la granja. Enternecedor. Terminada la lectura saludo a la concurrencia, que me desea un buen viaje.

—¡Dale un abrazo a Leonor de mi parte! —me dice el famoso Mickaël.

Pasados los quinientos metros más allá de los cuales ya no pueden verme, me caigo en un hoyo. Negro. Profundo. Un erizo en su madriguera de hojas muertas.

40

Otra vez en la niebla, hecho un trapo, sucio, pringoso, deambulo por un mundo paralelo donde nadie me habla ya de Les Bleuets ni del viejo, ni de la mujer que tanto echo de menos. En mi cabeza, sometida a un cuerpo que avanza, imágenes y más imágenes.

Un centelleo, una maravilla: el dorso de un martín pescador.

Aquí, sobre el pilar de este puente, una garza hierática; con el fuselaje aumentado por la espuma, la mirada en el sentido de la corriente, vigila el reino de su pesca con un silencio señorial.

Recorrer durante horas la orilla de un río poblado por aves te da habilidades de controlador aéreo. Al acercarte, cada uno de tus pasos levanta vuelos. Blancos. Grises. Negros. Garcetas. Garzas. Cormoranes. A veces, una becerra salida de su cercado huye ante ti. Hay que pensar en cómo lograr que se reúna con la manada para que no llegue a la yacente Leonor antes que tú. El alambre de la cerca es bajo. Paso al prado. Cruzo el lindero. Vuelvo al camino de sirga. Él se encara. Ella se asusta. La audaz se decide a reunirse con la manada. Yo, por mi parte, no pienso volver a la fila. Derrengado, me obstino.

Encogido. Compacto. Bastón cruzado entre las dos correas de la mochila y el pecho, a la altura de las tetillas. Pulgares trabados en las cinchas. Brazos apoyados en la madera. Dos alerones con un coeficiente de penetración óptimo en el binomio espacio-tiempo de mi plan. Objetivo: caminar. Caminar para un viejo a punto de morir. Me paseo por su cabeza. El viejo se ha colado en mis piernas.

¿Cuánto hace, cinco días, que he salido? He perdido la cuenta. Tampoco sé dónde estoy. Puede que él haya muerto. Dialika, ¿dónde estás? MMS. Le mando una foto de una torre de agua, un fuste inmenso de cuarenta metros:

«Envidia mortal. G».

Ella contesta:

«¡Yo también! D».

—¡Señor Picquier, mire la torre de agua!

—¡Oh! ¡Parece una gran polla!

—¡Ah! ¿Usted también?

—A ver, monada, ¿me tomas por un viejo idiota? Eso no lo ha mandado para mí.

Les Bleuets-la abadía, el GPS señala doscientos kilómetros. Sin contar los desvíos, he hecho las dos terceras partes. Tengo la cabeza como un yoyó; a veces en la misma hora paso de la euforia al abatimiento más profundo. Como mi último SMS:

«ROTO. HST LS HVS! G».

—Señor Picquier, Grégoire me dice que está roto y hasta los huevos.

—¡Lámale!

Mi móvil suena. Hasta ahora dejaba que sonara. Esta vez contesto. Dialika está muy sorprendida.

—¿Grégoire? ¡Por fin, Grégoire! ¡Me tenías preocupada! Bueno, el señor Picquier quiere hablar contigo, te lo paso.

—Hola, Grégoire.

Un largo silencio. No reconozco su voz. Una voz muy débil. Un estremecimiento de ultratumba. Sus frecuencias me dan a entender lo esencial. El señor Picquier no está bien. Vuelvo a la realidad.

—¡Hello, señor Picquier! Qué extraño oír su voz. ¿Cómo estamos?

Fórmula usual que no parece muy de circunstancias.

—Así, así. Dialika me dice que estás hasta los huevos. Debes saber que yo también.

No contesto nada. Me trago la vergüenza.

—Es normal —continúa—, tu cuerpo se resiente. Si hace falta, coge una habitación de hotel. Dúchate. Duerme en una cama. Págate un buen restaurante y bébete un buen trago.

Me descojono.

—¿Por qué te ríes?

—Por lo del trago, ya me lo bebí.

—Veo que las cosas tampoco están tan mal como dices. Haz lo que quieras, Grégoire, pero sería una bobada haber recorrido todo ese trecho para detenerse ahora.

Mi amor propio se rebela.

—¡Nunca dije que me fuera a detener!

—También creo que deberías hablar más con nosotros. Estar solo te está perturbando. Haz un esfuerzo para decirnos más a menudo dónde estás, lo que ves. Recuerda que ese era nuestro acuerdo recuerda.

—Sí, sí, claro que lo recuerdo.

Sentado bajo este tilo que pierde las hojas una a una en silencio, a dos pasos de ese monumento a los muertos que tiene grabados en las cuatro caras los apellidos y los nombres de quince soldados muertos por Francia entre 1914 y 1917 y otros tres entre 1939 y 1944, no logro ver la relación entre esta escena y mi contrato con el Viejo Librero. La confusión mental que tengo en medio de este pueblo me impide formular en qué consiste exactamente este bajón que me quita las ganas de poner un pie delante de otro. No obstante, con voz falsamente alegre, tranquilizo al Viejo Librero:

—¡No tema, señor Picquier, no me olvido de su noviecita!

—Sí, claro, Leonor, pero ten presente que el objetivo que uno se marca en el momento de partir no vale nada comparado con el camino por recorrer para alcanzarlo. Por ese motivo la señora Masson quiere colgar tu recorrido en el vestíbulo.

—¿Qué?

La información me pilla tan desprevenido que me levanto del banco donde estoy sentado como propulsado por un muelle y, sin tener en cuenta su estado de salud ni su edad, ni su fatiga, ni nada de nada, me pongo a gritar:

—¡De eso nada! Es algo entre nosotros, señor Picquier, entre usted y yo.

—¡No grites, Grégoire! Me hace daño en los oídos. ¿Dialika? ¿Puedes bajar el volumen de tu chisme? ¡Grégoire, escucha, sabía que eso te iba a sacar de tus casillas!

—¡Pues claro que me saca de mis casillas!

Dando vueltas alrededor de un monumento a los muertos, en un pueblo desierto, vocifera a placer:

—¡No ha querido soltar un puto céntimo para los diez días, señor Picquier, usted lo paga todo, y ahora quiere petarla!

—¿Quiere qué?

—Petarla, señor Picquier. Grégoire se refiere a que ella quiere darse bombo.

Con un gesto, Dialika da a entender al Viejo Librero que quizá sería mejor para todos que ella se hiciera con el control. Demasiado débil para contradecirla, el señor Picquier le devuelve el teléfono.

—¿Grégoire? Soy Dialika. Escúchame, no te enfades. Masson es como es, no va a cambiar. Se apropia de tu historia, ¿y qué? Lo que debes saber es que aquí todos nos preguntan constantemente dónde estás. Ya conoces Les Bleuets, nunca pasa nada. Y de repente hay un sueño. ¡Es genial! El pequeño Grégoire caminando para el Viejo Librero. Hasta las familias de visita: «¿Dónde está?». Te has convertido en una estrella. La hija del señor Roubaud, ¿la conoces? Es periodista de La République du Centre. Quiere escribir un artículo.

Eso ya es el colmo. Gesticulo como un condenado sin dejar de dar vueltas sobre mí mismo.

—¡Primero me tendrá que encontrar! Señor Picquier, ¿me oye?

Una voz lejana:

—Sí, sí, te oigo.

—¡Es usted un farsante, señor Picquier! Quiere ser el rey del mambo hasta el final.

—¡Grégoire, haz el favor! No le hables así al señor Picquier.

—¡Me la suda!

Cuelgo.

41

Furioso, salgo de la plaza del pueblo y llego al campo, a doscientos metros de allí. Para dar rienda suelta a mi cabreo, atizo con el palo. Mato. Descabezo. Siego. Ortigas. Saúco y decenas de umbelíferas. Todo lo que supera metro y medio se la carga. Hablo a gritos. No hay nadie; hago lo que quiero.

¡Ayer yo no era nada! ¡Un miserable lector! Si el Viejo Librero no hubiera deslizado un sobre en el despacho de la directora, hace mucho que me habrían despedido. Hoy en cambio no hay problema; soy rentable, hago que se hable de Les Bleuets. Cuando se armó el jaleo de Buzzati, ¿dónde estaba Masson? No movió un dedo por mí. Todos se me echaron encima.

Vale, me pasé varios pueblos leyéndoles ese cuento. Esos jóvenes de las afueras que ajustan cuentas con todos los tíos que tienen más de cuarenta tacos. ¿Superviolento? Un poco, pero lo flipante es que Buzzati hace que uno de los jóvenes se enfrente a su propio viejo y por supuesto la historia acaba mal; al amanecer, acaban por trincarle. Y es entonces cuando la cosa se pone interesante, porque en el momento de separarse, la pequeña banda comprueba con sorpresa que su propio jefe acaba de cumplir cuarenta años. En una noche se esfuma su juventud. Y la persecución se reanuda con saña, pero esta vez contra él. La moraleja es grandiosa.

El caso es que nadie, en Les Bleuets, la entendió. Solo se fijaron en el título, Cazadores de viejos. Error fatal. Anuncias eso a las tres de la tarde en el silencio del salón. Estás muerto. Ni siquiera creo que fueran los residentes quienes se quejaron. Les falta voluntad para eso. Son amorfos. No, debió de ser un familiar visitante cabrón que, en el despacho de la directora, se pondría gallito:

—¡Señora Masson! Los textos que escoge su joven lector no son del mejor gusto. Cazadores de viejos en un asilo de ancianos. ¡Qué atrevimiento! ¡Es una vergüenza!

Lo sé, señora Masson, lo sé. ¡La pasta! ¡La pasta! ¡La pasta! Un pariente descontento. Diez clientes que se las piran. Tengo que metérmelo en la cabeza. OK. Perfil bajo. Le prometo que a partir de ahora tendré más cuidado. Sí, sí, señora Masson. Daudet. Pagnol. Maupassant. Clásicos, todo superconsensuado y nada que moleste, se lo prometo.

Ya con la lectura en los retretes estaba medio despedido. Como Picquier andaba en el ajo, ella hizo la vista gorda. Pero con Cazadores de viejos creí que me daba puerta por atentado contra la dignidad de personas en situación de debilidad mental. Nadie salió en mi defensa. Hasta el Viejo Librero me falló:

—Que te sirva de lección. Nada te impedía leer esa historia sin decir el título. Es el título lo que les contrarió. ¡Ten más cuidado! Algunas de las palabras que usamos tienen una fuerza que no podemos ni siquiera imaginar.

Y hoy que todo es bonito, todo limpio, ¿quiere hacer publicidad a mi costa? ¡Ah, no, ni lo sueñes! Niet!

En medio de la nada, grito:

—Niet! Niet! Niet!

Desde la cabina de su tractor, un campesino me hace señas. Debe de pensar que le estoy dando los buenos días.

De todo esto solo saco en claro una cosa: necesito descansar. Cueste lo que cueste, encontrar un hotel. No es tan sencillo.

42

He llegado a las once de la noche. Ojeroso. Embarrado hasta las orejas. El recepcionista no ha dicho nada. Mientras rellenaba la ficha me miraba como si hubiera matado a mi madre, pero el funcionamiento impecable de mi tarjeta de crédito lo ha calmado de inmediato. Pagas. Tranquilo. En paz. Aquí estoy seguro de que nadie va a venir a buscarme. Ya puede la hija de Roubaud patearse el GR; el pelirrojo se ha escondido en un antro de turistas cuatro estrellas.

La decoración da grima. Bajo a desayunar. Lleno de viejos. Extranjeros. Un asilo de ancianos viajeros. Tengo la negra. Ni siquiera puedo acercarme al bufé. Una situación como para hacerme añorar Les Bleuets. Cuando los veo recorrer los dos metros de moqueta roja que separan el cancel de la puerta de los tres escalones de su autocar, al que suben arrastrándose como larvas, esos diez segundos que dura su salida al aire libre, me entran ganas de vomitar. Señor Picquier, ¿en qué punto estamos?

Cuando vuelvo a encender el móvil, los SMS de Dialika apagan todos mis furores:

«¡Llama! ¡Contesta! ¡Reacciona! Sr P en coma. D». Una oleada de angustia y de profunda culpabilidad me cae encima. Mi violencia, mis palabras, esas últimas que proferí: «¡Es usted un farsante, señor Picquier! Quiere ser el rey del mambo hasta el final», ¿lo habrán herido tanto que ha echado el telón? Me digo de todo. ¡Idiota! ¡Cazador de viejos! ¡Matalibrerros! Aunque con eso me da la risa. ¿Matalibrerros? No se mata a un viejo zorro como él. Picquier es mucho Picquier; él decide su última hora. Mi tarea consiste en llegar hasta el final de su delirio.

Cruzo toda la ciudad al revés. Anoche lo mandaba todo al carajo. Hoy, ni hablar. ¡Señor Picquier, resista! Solo cincuenta kilómetros, ¿me ha oído? ¡Ni siquiera un par de días! Nerviosamente, tecleo: «Dia, háblale. Leonor, 50 km. Estoy mejor. G. Smileys tristes y corazones».

Envío texto sin foto. Nada debe delatar mi posición. La hija de Roubaud es lo bastante astuta como para liar a Dialika y sonsacarle la información. Este plan solo nos incumbe a mí y al Viejo Librero. La señora Masson estaría encantadísima con esa publicidad. Que se meta por donde le quepa su forma de hablarme, su forma de mirarme como si yo fuera su perrito faldero que lee donde le dicen sin levantar marejadas, solo plácidas olas para surfearlas como a ella le gusta:

—Sí, siempre he creído en los beneficios de la lectura para nuestros residentes. Además de que el vínculo afectivo entre el lector y sus oyentes es muy fuerte, el propio momento de lectura crea una comunidad de escucha que une a las familias con sus ancianos, y el personal de la casa se implica en este diálogo, ¿me comprende usted?

Cierra el pico, Masson. Todo eso es verdad; pero dicho por ti apesta demasiado a marketing. ¡Déjanos en paz! El señor Picquier y yo nos merecemos algo mejor. La hija de Roubaud no

obtendrá nada.

No sé si voy a mantener por mucho tiempo este ritmo. Avanzo. Suplico. No la diñe tan pronto, señor Picquier. No me deje solo con este curro. Estas desoladoras entradas-salidas de la ciudad con su lote de terrenos indefinidos. Cocheras. Almacenes. Ni ciudad. Ni campo. Sus basureros piratas. Por suerte, el río es magnífico.

Es normal en Touraine. Ya ancho y agrandado por múltiples arroyos, sigue una leve pendiente, justo lo necesario para ponerse nervioso de vez en cuando sobre un fondo más rocoso, como una princesa núbil se pondría nerviosa al aproximarse la fecha de su boda, porque he creído ver en mi aplicación que tres kilómetros más allá desemboca en otro río. Lecho común y peces compartidos, pero sus aguas, una al lado de la otra, durante cinco kilómetros aguardarán antes de mezclar sus dos flujos distintos en todo —temperatura, turbiedad, memoria de las fuentes y paisajes atravesados—. Al final de esta nivelación, por el mismo curso, río y afluente llegarán al mar.

Justo donde se juntan, descubro con gran emoción cómo la tierra y el agua dibujan ante mí con sencillez una geografía que me aburría soberanamente cuando la estudiaba. Oigo al señor Picquier citando a Confucio: «Le dices, olvida; le enseñas, escucha; le haces vivir, aprende».

A diez metros del afluente que está a punto de dejar de serlo, en la orilla izquierda del río, frente a las arcadas de un puente de ferrocarril que lo salva aguas arriba, entre el agua y los fresnos, en medio del arenal en declive, veo los restos de una hoguera. La habrá hecho un pescador para pasar el rato. Al ver la mancha negra de repente me entran ganas de encender un gran fuego. Un fuego de naufrago que nadie verá. La ensancho un poco, hago un hoyo en la arena mezclada con grava, cantos rodados, ceniza y tizones, y coloco piedras grandes alrededor. Busco papel. Una bolsa que contiene mis frutos secos. La arrugo y la pongo en el fondo.

Ahora rebusco en la grava. Recojo leña menuda, hojas secas, ramas de sauce y troncos del grosor de un brazo que arranco de las zarzas. Me afano por obtener una provisión que me dure varias horas. Todo está listo. Me pongo a cuatro patas y enciendo el mechero inclinándolo lo suficiente para prender el papel de envolver, que tarda un poco, y mientras tanto es mi pulgar el que se quema sobre la rueda del mechero. Ya está, ha prendido. Se eleva un humo delgado y recto. Ni un soplo de viento. Una llama pionera, corta y azul, luego amarilla anaranjada y más larga, pasa del papel a las hojas secas, que crepitan, se retuercen, enrojecen y se hunden. Un palito, unas ramitas se prenden a su vez. Las llamas se propagan. Se multiplican. Ahora restallan. Crujen. Arden. Me tranquilizo. Mi deseo atávico se ha cumplido. No tengo calor, pero me chispean los ojos. Por mucho jaleo que armen las pollas de agua, los patos y las ratas, ningún ruido en la noche que se instala me da miedo. El sol se ha apagado en el agua. A lo lejos, en el puente, veo pasar los trenes Corail, los TER, los TGV, como espectador de un ritmo diario que ahora ya no es el mío, preguntándome si entre todas las vidas sentadas al calorcito en esas luciérnagas habrá una que vea temblar el fuego en la orilla.

En las brasas que se desmoronan, una imagen de hoguera funeraria me cruza la mente. Bajo Venus en el cenit, mi oración es poema. Saco de la tienda el libro Veinte poemas de amor, de Pablo Neruda. Creía que los había traído para leérselos a Dialika, pero el hilo se ha roto. Con el murmullo sibilante del agua alrededor de los arcos del puente ferroviario, a dos pasos del agua negra chispeante y oscura, leo la poesía de Neruda para mi amigo, el Viejo Librero. Acurrucado, arropado con el forro polar, la espalda helada y los brazos alrededor de las rodillas, sostengo el libro a unos centímetros de un montón de brasas que parpadean entre el blanco, el rojo y el negro. Le murmuro al fuego moribundo en medio de la niebla que poco a poco lo va invadiendo todo.

Es tan corto el amor y es tan largo el olvido.

Hay gestos que no se explican. Basta un segundo, y en cuanto lo has hecho te asalta la pregunta: ¿no habría sido mejor no hacerlo?

El libro se quema.

Durante unos segundos se forman ampollas en la película de la cubierta. Se carameliza. Casi es apetecible. Luego se ennegrece. Natural. Según la maqueta que conocen bien los amantes de la colección Poésie/Gallimard, la fotografía de Neruda, de pequeño tamaño, se repite cinco veces a dos tercios de la cubierta. Dos de las cinco cabezas, las dos del lado izquierdo, todavía resisten el avance de las llamas. La parte del lomo es más compacta que la de las hojas. Pero poco a poco, superada la cubierta, el borde de las páginas deja que el fuego avance hacia las palabras refugiadas en el centro. Yo miro, fascinado, justo antes de que mueran, las letras impresas que se imprimen en mis ojos:

Quiero hacer contigo

lo que la primavera hace con los cerezos.

Estos versos de belleza incomparable desaparecen inexorablemente. ¿A qué se debe mi gesto? No hago nada por salvarlos. Solo la memoria los retiene de esa pequeña nada que me inflijo como una respuesta alegórica a mi pena de saber que mi amigo está definitivamente muerto. Estoy confundido por haber ofrecido a las llamas unas estrofas que estaban destinadas a Dialika y ahora arden como un homenaje vacilante a la última voluntad del viejo: desaparecer él mismo en compañía de los tres mil títulos de su biblioteca. Y como la carbonilla y las pavesas que se elevan de las brasas de las páginas que he arrojado a este imprevisible auto de fe, una retahíla de preguntas enrojece, chispea, desafía durante unos segundos la oscuridad que nos rodea y luego se apaga sin más.

He desfigurado mi voz y he llamado a la residencia.

—¡Por favor, desearía hablar con el señor Picquier!

Fórmula clásica:

—¿De parte de quién?

—Un pariente.

—Lamento decirle que su pariente nos dejó anoche. ¿Desea que le pase con la directora?

He colgado.

¿A qué hora ha muerto, señor Picquier? ¿Y por qué Dialika me habla de coma si ya ha acabado todo? ¿Le pidió usted darme una prórroga de veinticuatro horas? ¿Para ahorrarme el disgusto? ¿Para protegerme? ¿De qué? ¿Dudaba de mí? ¡Señor Picquier! La pena está ahí; no aumente el dolor, mi tristeza, con una sospecha de desánimo. ¡Dentro de unas horas, tal como habíamos acordado, estaré en la abadía!

43

En la habitación 28, Dialika estará llorando. Yo lloro en medio de los cultivos. En medio de las viñas. En medio de Anjou. Señor Picquier. Anjou es superbonito. Un hombre en un café me pregunta:

—Entonces, ¿vas muy lejos?

Sin mirarlo, le contesto con la voz empañada:

—A la abadía de Fontevraud.

En vista del tono poco cordial de mi respuesta, el pobre se corta y vuelve a meter la nariz en la barra. Bebe su café. Yo trago mi chocolate. Estoy helado. Ya no tengo ánimos para entonar la cantinela del joven lector que camina para un viejo moribundo en un asilo. El Viejo Librero, mi jefe, ha muerto. Entre su habitación y la abadía, mi jefe se ha esfumado. El Viejo Librero ha incumplido nuestro contrato. Pero el contrato, para mí, permanece. Tercamente, camino sin poder desentrañar los verdaderos motivos por los que sigo haciéndolo. Por mi palabra dada al Viejo Librero, a su pléyade de indefectibles —a Jean Genet, a Neruda, a Calvino, a todo Rabelais y todo Céline—, a todos los libros que amaba, a los tres mil que guardaba a su lado, a quien me ha hecho descubrir, a fuerza de piernas, esta red de canales, de ríos, libro abierto que inerva el trayecto entre su habitación y la yacente Leonor. Por este viaje de palabras liberadas en un tramo de canal cuando tiró el libro de Bachelard, por los dos años transcurridos entre ayer, cuando yo nadaba, y mis lágrimas de hoy, que no pueden parar. Por esos motivos, camino. Inspiro. Espiro. Hasta el fin de mi contrato.

44

En el hotel han respetado las instrucciones del Viejo Librero; perfecto. Como no sabía qué día iba a llegar, se hizo una reserva de mi habitación abierta para los últimos quince días de noviembre. En temporada baja, fuera de las vacaciones y el fin de semana de Todos los Santos, está tranquilo. Mi pinta de caminante extenuado no parece sorprender al personal de este hotel de lujo high-tech, que, con el grosor de los muros y las piedras del antiguo priorato, mantiene el espíritu peregrino que fundó la abadía hace casi mil años. A los clientes los miman, los agasajan. Me doy aires de cliente habitual, aunque me llevo una gran sorpresa cuando me comunican el código de acceso a la abadía y a todo su conjunto, claustro y jardines, accesibles para los clientes happy few del hotel fuera del horario de apertura al público. Ya me lo había dicho el señor Picquier, pero lo había olvidado.

Dentro de muy poco cruzaré la verja y en mi cabeza se disipa poco a poco la confusión de las últimas veinticuatro horas. A pesar de la excitación por encontrarme tan cerca de la meta, estoy sereno. Ahora la última voluntad del Viejo Librero es la mía. Voy a leerle a la yacente Leonor.

Código 0802A. Tit tit tit tit tit. Se desbloquea el mecanismo de la puerta. Empujo la cancela, que rechina sobre sus goznes emitiendo dos notas bajas seguidas de un chillido agudo. Vuelve a cerrarse detrás de mí con un clonc muy sonoro, al menos a estas horas de la madrugada (la campana del claustro acaba de dar las tres). Regresa el silencio. Delicadamente, destaca la presencia de ruidos más tenues. Un coche a lo lejos. Un mochuelo, luego un perro. Yo no me muevo. Respiro el momento. Me impregno del lugar.

Delante de mí está la casa del guardia con su fachada de cuento de hadas, sus ventanas enmarcadas por una parra y un ojo de buey en el hastial que proyecta sobre las calles del jardín una luz espolvoreada de niebla. Tengo el pelo mojado. Las gotitas suspendidas se depositan al azar sobre las piedras, la hierba; mi cara levantada hacia las agujas de la iglesia que se elevan en la noche cuajada de estrellas por encima de la niebla. Me siento minúsculo. Tirito.

Me levanto el cuello del forro polar y echo a andar. El trazado de la iluminación en el suelo proyecta mi sombra de un modo grandilocuente sobre este Lego de piedra monumental. El hombre que camina, de Giacometti, se estira mucho delante de mí, se encoge, se confunde con mi tamaño real y vuelve a crecer a mi espalda cuando mi cuerpo penetra en el haz del siguiente foco que tengo delante. Bordeo el muro exterior de la nave hasta llegar a una puerta lateral, que tiene la hoja abierta por la noche. Dos pasos más. Un tramo de escalera. Me quedo pasmado un buen rato en el umbral.

El volumen de la nave es inmenso, completamente despojado de la decoración religiosa que antaño debió de ocultar el esplendor de los pilares que sostienen sus cúpulas. El eco de mis dos

últimos pasos explora el barco de toba invertido y, después de atenuar su volumen, vuelve a mí incrementado por el número áureo de los edificios medievales. La leyenda es tenaz. Mi auricular interior parpadea procedente de Les Bleuets. El señor Picquier está a mi lado. En mi cabeza, cuchicheo:

«Señor Picquier, estoy en la abadía. ¡Ya está! Veo los que yacen».

Desde donde estoy no diviso a Leonor. Me acerco y, en el rincón suroeste del rectángulo formado por las cuatro esculturas, descubro a la dama yacente por la que he partido de Les Bleuets, por la que, siguiendo las órdenes del viejo, he caminado día y noche. Ante mí, Leonor yacente. Estoy mudo de emoción.

«¡Señor Picquier! ¿Qué hago?»

El Viejo Librero me ha aconsejado ser yo mismo, como me lo recomendó con la señora Morel. «Háblale, simplemente. Dile por qué has venido.» Una vocecita en mi cabeza:

«Verá, señor Picquier, es imposible, no puedo. Todo está en silencio. ¡En cuanto me muevo se arma la de Dios! Mis zapatos en el suelo, el roce de mi ropa, el menor ruido repercute mil veces más fuerte. Aquí, de pie, en la nave, a dos pasos de los cuerpos yacentes; ¿lo ve, este silencio? ¿Este volumen de aire húmedo que se ciñe a mis palabras?».

Esta opresión me hace creer que estoy en una trampa, a merced de un mirón que me observa sin ser visto en una pantalla. Escudriño todos los rincones de la nave: la piedra está limpia, no hay ningún aparato de vigilancia. Mi paranoia se calma. Tengo que moverme. Mientras me digo esto, me siento en los escalones, los que suben hacia el coro. La piedra está fría. Me pongo las manos bajo las nalgas. No adelanto nada, se me hielan. La campana del claustro toca una vez. La media de las tres. ¿Es una señal? Sin pensarlo, abro la boca:

—¡Qué frío, coño!

Solo tres palabras. Tres palabritas, pero tan indecorosas en un sitio como este que me echo a reír. No puedo contenerme. Una risa nerviosa, la risa del que se cuenta un buen chiste. En el suelo, alrededor, allá arriba, en los recovecos donde anida la vanidad del edificio, mi voz golpea, rebota, se amplía y al final se reduce a una sola sílaba, la última, como una polvareda que gira sobre sí misma dejando a su paso la arenilla de las consonantes —cñcñcñ—..., ¡qué frío, coño!

Se ha roto el hielo. ¡Aquí Grégoire! El pelirrojo habla a las piedras. ¿De qué iba? ¡Ah, sí! El señor Picquier ha muerto. Era un tío legal, el Viejo Librero. Era un colega. No estaba bien del tarro, pero era un verdadero colega.

—¡Leonor de Aquitania! ¡Majestad! ¡Escuchad! El señor Picquier era librero. El señor Picquier os admiraba. Vos le fascinabais. La verdad es que, con un libro abierto así, mirando al cielo, impresionáis. Todo el mundo escribe sobre vuestra forma de ver, sus hipótesis. Que si Leonor quizá, que si Leonor seguramente. El señor Picquier solo veía una cosa: amabais la lectura; vuestro mensaje es claro. Con lo que no estoy de acuerdo es con el tipo de libro que quería que os leyera. Para él solo podía ser la novela de Jean Genet, Milagro de la rosa. No lo entiendo. Yo estoy más por el género fantástico. Juego de tronos, de Martin, eso seguro que os habría gustado. El poder, su conquista, sus horrores y sus pompas. Os había seleccionado varios fragmentos, pero el otro día, a la orilla del río, al enterarme de su muerte, en vez de llorar quemé todos los libros que llevaba en la mochila. El río corría y yo, con mi palo, revolvía las páginas para que ardieran más deprisa. Al Viejo Librero no le disgustaba destruir así los libros. El miércoles, pasado mañana (yo no podré asistir), va a ser incinerado con los libros que le quedaban. Tres mil. Los conté. Él es así, al señor Picquier, le gusta hacer las cosas a lo grande. Le

gustaba, quiero decir. Hoy recojo el testigo, mirad mi smartphone, está todo ahí. Dejad que consulte mi playlist. Doscientos poemas de amor para elegir, de autores franceses y extranjeros. Estoy aquí para leéroslos. ¡Los doscientos no, no temáis! A pesar de que el señor Picquier me aseguró que la eternidad está llena de horas ociosas. Os voy a leer lo más de lo más. Pero antes de eso, majestad, permitid que me acerque, porque quisiera arrodillarme a vuestra derecha, a la altura de vuestra oreja, pues el velo de vuestra toca la cubre y podría impediros que apreciarais como es debido la belleza de estos versos del poeta Aragon:

Voy a decirte un gran secreto El tiempo eres tú
El tiempo es mujer Es
Preciso cortejarlo y sentarse
A sus pies el tiempo como un vestido por deshacer...

... O estos otros de Pablo Neruda:

Tengo hambre de tu boca, de tu voz, de tu pelo
y por las calles voy sin nutrirme, callado,
no me sostiene el pan, el alba me desquicia,
busco el sonido líquido de tus pies en el día.

Por último, estas palabras de Louise Labé, hermana vuestra, vuestra hermana menor:

Bésame más y bésame sin tasa.
Un beso dame y de los más sabrosos.
Un beso, sí, de los más amorosos.
Cuatro he de darte que ardan como brasa.

Suenan las cinco en la torre. Impasible y soberana, Leonor no se mueve. Me inclino sobre su libro. Está mudo.

Señor Picquier, su hipótesis se confirma: los ojos de la yacente Leonor están abiertos a la espera del juicio final. Eso sugiere, me decía usted, una fe ciega en la resurrección de la carne. Sé que Dialika ha cerrado los suyos con toda la ternura que sentía por usted. También sé que Les Bleuets va a retirar de su puerta el letrero en latín *Pauca meæ*. «Lo poco que me queda» debería bastarle, sin embargo, si puedo sumarle mi vida de acuerdo con sus palabras: «Viene de lejos, no debe parar. La literatura se rehace continuamente y es su aventura la que debe acabar embarcándote».

45

—¡Papelera Perrot, buenos días! ¡Carole a su servicio!

—Buenos días, señora. Grégoire Gélin, desearía hablar con Pascal Perrot.

—¿El señor Perrot? ¡Huy! El señor Perrot se jubiló hace mucho. ¿Para qué era?

—Un conocido suyo me dijo que le llamara. El señor Picquier. Era para solicitar un contrato en prácticas en la sección de pulpa de papel.

—No cuelgue, señor, le paso con el jefe de personal.

El lunes empiezan mis prácticas. Tres meses. He alquilado un cuarto. En la estantería he colocado mi foto preferida de Dialika, radiante y soberbia la noche que cumplió treinta años, y unos libros, varios sobre árboles y una antología de poesía senegalesa. Me he propuesto leerlos. Justo al lado, la urna funeraria del Viejo Librero se encuentra a buen recaudo. Cuando esté vacía, ya veré lo que hago con ella.

Dos semanas después de mi llegada, me muevo a mis anchas por la fábrica. Lo que me interesa es el acceso a los tanques mezcladores de pulpa en la última fase de su blanqueo, justo antes de que se convierta en la hoja madre inicial en la cadena del papel. No me resultará difícil burlar la vigilancia del personal ni calcular los ángulos muertos de las cámaras; las máquinas son enormes y es imposible vigilarlo todo. Ya sé desde qué pasarela puedo vaciar sin ser visto los treinta paquetes de cien gramos correspondientes a los tres kilos de cenizas del Viejo Librero en la pulpa de papel de la Papelera Perrot, proveedor de las imprentas del grupo Hachette para imprimir los libros de bolsillo de los próximos dos años.

Lo sé, señor Picquier, usted me lo dijo en broma. Mire qué divertido, el pequeño reguero de polvo gris sobre el blanco brillante de la pulpa. El contraste solo dura un segundo y, ¡hala!, se cuela usted en las historias a las que está destinado el papel que se fabrica ante mí.

Mi jefe de prácticas es formidable; con él aprendo todos los días. El liber, me dice; en latín significa a la vez la película que está entre la madera y la corteza, y el libro. ¿Tengo que convencerle una vez más, señor Picquier? Mis héroes son los árboles.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar un caluroso agradecimiento a Françoise Baudin, Françoise Dessery, Jacques Griffault, Cyril Lallement, Karen Letourneau, Jean-Marie Ozanne, Yves Parigi, Valérie Petit, Lina Pinto e Isabelle Reverdy; cada uno, cada una, sabrá reconocerse en su valiosa contribución; a mis amigos, lectoras y lectores, por su aliento y por la precisión de sus observaciones; al bosquecillo de Ussy donde he cogido tantas setas... y al canal de l'Ourcq, por brindarme su orilla para caminar cuando la escritura se atascaba y donde cada vez se reanudó el hilo.

Por último, a los escritores, sin los cuales este libro no existiría.

¡Muchas gracias a todas y a todos!

NOTAS

- [1] Perro azul, de Nadja.
- [2] ¡Caca de vaca!, de Stephanie Blake.
- [3] Dans la gueule du monstre, de Colette Barbé y Jean-Luc Bénazet.
- [4] Presentadores de la televisión francesa. (N. del T.)
- [5] Traducción de María Teresa Gallego Urrutia.
- [6] Personaje mítico de la Francia rural que en la novela de Marcel Aymé homónima es una muchacha salvaje. (N. del T.)
- [7] René Monory, ministro de Educación Nacional. Incidentes estudiantiles. (N. del T.)